

The background of the cover is a painting of a woman with reddish-brown hair, wearing a blue dress and a brown shawl, standing in a cobblestone street of a village. In the background, there are stone buildings and a church tower. At the top, there are decorative golden patterns resembling stylized leaves or feathers.

Arnold Bennett

Anna De Las
Cinco Villas

E LEJANDRIA

The background of the cover is a painting of a woman with reddish-brown hair, wearing a blue dress and a brown shawl, standing in a cobblestone street of a village. In the background, there are stone buildings and a church tower. At the top, there are decorative golden flourishes.

Arnold Bennett

Anna De Las
Cinco Villas

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

ANNA DE LAS CINCO VILLAS

ARNOLD BENNETT

PUBLICADO: 1902
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: METHUEN & CO. LTD. 36 ESSEX STREET
W.C. LONDON

CAPÍTULO I: EL DESPERTAR DEL AMOR

El patio estaba silencioso y vacío bajo el ardiente calor de la tarde, que había vuelto su asfalto elástico como el césped, cuando de repente los niños se precipitaron por las grandes puertas a ambos extremos de la escuela dominical —los niños por la derecha, las niñas por la izquierda— en dos torrentes vociferantes e impetuosos, que se ensancharon, formaron remolinos, se entremezclaron y crearon remansos hasta que todo el cuadrángulo se llenó de clamor y movimiento. Muchos de los escolares llevaban libros de premio encuadernados en tonos vivos, y exhibían orgullosamente estos volúmenes a sus compañeros y a los maestros, quienes, altos, lánguidos y condescendientes, pronto comenzaron a aparecer en medio de la inquieta multitud. Cerca de la puerta de la izquierda, una niña de doce años, vestida con un traje de color crema y un ancho y pesado sombrero de paja, estaba de pie, pateando suavemente la pared con sus piernas de potrilla. Era una de las que había ganado un premio, y de vez en cuando sacaba el tesoro de debajo del brazo para echar un vistazo a su frontispicio con una vaga sonrisa de satisfacción. Por un tiempo, sus ojos brillantes se fijaron expectantes en la puerta; luego se desviaban, y se ponía a contar las ventanas de los diversos edificios de la Conexión que rodeaban el patio por tres lados: capilla, escuela, sala de conferencias y la casa del guardián de la capilla. La mayoría de los niños ya se habían escurrido por la estrecha verja de hierro hacia la calle de más allá, donde un tranvía de vapor subía retumbando y traqueteando por Duck Bank, acompañado de su inmensa sombra. Los maestros se

quedaron un poco atrás. Abandonando gradualmente la pose pedagógica y felices con la virtuosa sensación del deber cumplido, olvidaron las inquietudes y fatigas del día y se volvieron amablemente vivaces entre ellos. Con una instintiva y mutua complacencia, los dos sexos volvieron a mezclarse tras la separación. Se intercambiaron saludos y bromas, y se iniciaron conversaciones íntimas; y luego, dividiéndose en pequeños grupos familiares, los jóvenes y las jóvenes siguieron lentamente a sus alumnos fuera de la verja. El guardián de la capilla, que siempre tenía una expresión ofendida, dejó el escalón blanco de su residencia y, caminando con dignidad oficial a través del patio, fue bajando una tras otra las ventanas laterales de la capilla. Al acercarse en su recorrido a la pequeña niña solitaria, le dedicó un renuente y ácido saludo; luego regresó a su hogar. Agnes estaba sola.

—¿Y bien, jovencita?

Ella se giró de un salto y se sonrojó, sonriendo y encogiendo sus pequeños hombros, al reconocer a los dos hombres que se acercaban a ella desde la puerta de la sala de conferencias. El que había hablado era Henry Mynors, superintendente matutino de la escuela dominical y director de la clase bíblica para hombres que se celebraba en la sala de conferencias los domingos por la tarde. El otro era William Price, generalmente llamado Willie Price, secretario de la misma clase bíblica e hijo de Titus Price, el superintendente de la tarde.

—Estoy seguro de que no te mereces ese premio. Déjame ver si no es demasiado bueno para ti. —Mynors sonrió juguetonamente a Agnes Tellwright mientras ojeaba ociosamente las hojas del libro que ella le entregó —. Ahora, ¿te lo mereces? Dímelo honestamente.

Ella escrutó aquellos ojos negros, centelleantes y vehementes, con la calma intrépida de la infancia.

—Sí, me lo merezco —respondió con su voz aguda y fina, habiendo decidido finalmente que el señor Mynors estaba bromeando.

—Entonces, supongo que debes quedártelo —admitió él, con un aire refinado de ceder.

Mientras Agnes le quitaba el volumen, pensó en lo perfecto que era el señor Mynors. Sus ojos, tan amables y sinceros, y ese algo misterioso, deli-

cioso e inexpresable que moraba tras ellos: todo ello constituía un ideal para ella.

Willie Price se mantenía algo apartado, sonriendo y tirando de un fino bigote color miel. Estaba en la edad desgarrada e inconexa, veintiún años, y era nueve años menor que Henry Mynors. A pesar de un continuo esfuerzo por mostrarse desenvuelto, a menudo se sentía tímido y cohibido, incluso ahora, cuando no podía encontrar razón para tal estado de ánimo. Pero a Agnes también le caía bien. Sus sencillos ojos de un azul pálido tenían una melancolía que le hacía sentir por él lo mismo que sentía por su muñeca cuando la encontraba tirada y abandonada en el suelo.

—¿Tu hermana mayor todavía no ha salido de la escuela? —observó Mynors.

Agnes negó con la cabeza.

—Llevo esperando un montón de tiempo —dijo quejumbrosamente.

En ese momento, una mujer de cabello cano con un rostro benévolo pero algo demacrado salió con gran vivacidad por la puerta de las niñas. Era la señora Sutton, una pariente lejana de Mynors; su madre había sido prima segunda suya. Los hombres se quitaron el sombrero.

—Acabo de bajar para asegurarme de que algunas de vosotras, gente escurridiza, vinierais a la reunión de costura —dijo ella, estrechando la mano de Mynors e incluyendo tanto a él como a Willie Price en una sonrisa maternal y abarcadora. Era miope y no vio a Agnes, que se había quedado atrás.

—¿Tuviste una buena clase esta tarde, Henry? —la respiración de la señora Sutton era corta y rápida.

—Oh, sí —dijo él—, muy buena, la verdad.

—Estás haciendo una gran obra.

—Tuvimos más de setenta presentes —añadió él.

—¡Bah! —dijo ella—. No le doy importancia a los números, Henry. Me refería a una buena clase. ¿No dice la Escritura: «Donde dos o tres están reunidos...»? Pero tengo que irme. El caballo se pondrá inquieto. Tengo que subir a Hillport antes del té. La señora Clayton Vernon está enferma.

Sin apenas detenerse en su activo curso, la señora Sutton arrastró a los hombres con ella por el patio, ella y Mynors en rápida conversación; Willie Price se quedó un poco rezagado, con sus grandes manos a medio meter en los bolsillos y sus ojos vagando tímidamente. Parecía como si no pudiera encontrar el valor para participar en la conversación, pero anhelaba vencerse de su derecho a hacerlo.

Mynors ayudó a la señora Sutton a subir a su carruaje, que esperaba fuera de la verja del patio de la escuela. Solo dos familias de los metodistas wesleyanos de Bursley tenían carruaje, los Sutton y los Clayton Vernon. Estos últimos, que presumían de linaje y de una gran casa en el aristocrático suburbio de Hillport, proporcionaban a la sociedad ayuda monetaria y una amable condescendencia. Pero aunque indudablemente estaban por encima de la aplicación de cualquier ley suntuaria no escrita, incluso los Clayton Vernon solo se aventuraban a llevar su carruaje a la capilla en tiempo de lluvia. Sin embargo, la señora Sutton, que era una mujer sencilla, podía usar su carruaje los domingos con impunidad. Esta licencia, concedida por la opinión de la Conexión, se debía a que ella consideraba su carruaje, de manera muy obvia, no como un carruaje, sino como un artilugio de cuatro ruedas que permitía a una criatura enferma moverse rápidamente de un lugar a otro. Cuando subía a él, tenía exactamente el aire de un médico en sus rondas. El cuerpo de la señora Sutton hacía tiempo que se había vuelto inadecuado para las incesantes demandas de un espíritu infatigablemente altruista, y la continuación de su actividad era una notable ilustración del dominio de la mente sobre la materia. Su marido, un tasador y comisionista de cerámica, ganaba dinero con facilidad en esa lucrativa vocación, y las obras de caridad de su esposa eran famosas, a pesar de sus intentos por ocultarlas. Ni el marido ni la mujer habían permitido que las riquezas dieran un brillo artificial a su simplicidad original. Eran como eran, salvo que el señor Sutton se había unido al Club de Campo de las Cinco Villas y había adquirido algunos de los hábitos de un arqueólogo. La influencia de la riqueza en las maneras solo se observaba en su hija Beatrice, quien, aunque se parecía a su madre, vestía con considerable gasto y, a intervalos, dedicaba mucho tiempo a las artes de la música y la pintura. Agnes observó cómo se alejaba el carruaje y luego se volvió para mirar hacia las escaleras, dentro del portal de la escuela. Suspiró, frunció el ceño, y suspiró de nuevo, murmuró algo para sí misma y finalmente comenzó a leer su libro.

—¿Todavía no ha salido? —Mynors estaba a su lado una vez más, solo esta vez.

—No, todavía no —dijo Agnes, cansada—. Sí. Aquí está. ¡Anna, cuánto has tardado!

Anna Tellwright se quedó inmóvil por un segundo en la sombra del portal. Era alta, pero no de forma inusual, y de complexión robusta. Su figura, aunque el busto era un poco plano, tenía las suaves curvas de la madurez absoluta. Anna había sido una mujer desde los diecisiete años, y ahora estaba en la víspera de su vigesimoprimer cumpleaños. Llevaba un sencillo vestido claro hecho en casa, a cuadros marrones y con ribetes de terciopelo marrón, finos guantes de algodón de color crema y un amplio sombrero de paja como el de su hermana. Su rostro serio, debido a la prominencia de los pómulos y la anchura de la mandíbula, tenía una ligera angulosidad; los labios eran finos, los ojos marrones bastante grandes, las cejas rectas, la nariz fina y delicada; las orejas apenas se veían por el cabello castaño oscuro que estaba cepillado en diagonal sobre las sienes, dejando de la frente solo un pálido triángulo. Parecía un rostro para el claustro, de contornos austeros y expresión ferviente, cuya severidad era suavizada por esa melancolía resignada y espiritual peculiar de las mujeres que, por error del destino, han nacido en un entorno equivocado.

Como si los ojos apremiantes de Mynors la hubieran atraído hacia adelante, Anna salió a la luz del sol, abriendo al mismo tiempo su sombrilla. «Qué tranquila y majestuosa es», pensó él, mientras ella le daba su mano fresca y murmuraba una respuesta a su saludo. Pero ni siquiera su mirada aquilina pudo sorprender los secretos de aquel pecho impenetrable: este era uno de los tres grandes momentos tumultuosos de su vida; por primera vez se daba cuenta de que era amada.

—Llega usted tarde esta tarde, señorita Tellwright —comenzó Mynors, con las inflexiones desenvueltas de un hombre bien acostumbrado a destacar en compañía de mujeres. La pequeña Agnes agarró el brazo izquierdo de Anna, mostrándole en silencio el premio, y Anna asintió en señal de aprecio.

—Sí —dijo mientras cruzaban el patio—, una de mis niñas se ha portado mal. Le robó una Biblia a otra niña, así que, por supuesto, tuve que mencionárselo al superintendente. El señor Price le dio un largo sermón, y ahora

está esperando arriba hasta que él esté listo para ir con ella a su casa y hablar con sus padres. Dice que debe ser expulsada.

— ¡Expulsada!

La mirada de Anna le lanzó una respuesta de gratitud. Con el más mínimo énfasis posible, él había expresado un completo desacuerdo con su colega de mayor rango, que la etiqueta le prohibía expresar con palabras.

— Creo que es una verdadera lástima — dijo Anna con firmeza —. La niña me cae bastante bien — se aventuró a decir a toda prisa —; podría hablar con el señor Price sobre ello.

— Si él me lo menciona.

— Sí, eso quería decir. El señor Price dijo: «Si hubiera sido cualquier otra cosa que no fuera una Biblia...».

— ¡Hum! — murmuró él muy bajo, pero ella captó el significado de su entonación. No se miraron: era innecesario. Anna sintió esa cómoda serenidad de espíritu que surge del reconocimiento de otro espíritu capaz de comprender sin explicaciones y de simpatizar sin una frase. Bajo esa máscara de calma, una extraña y dulce satisfacción la estremeció cuando su precioso instinto de sentido común — la más rara de las buenas cualidades, y siempre anhelando compañía — encontró un compañero en el de él. Había temido las insinuaciones que durante las últimas dos semanas había previsto que inevitablemente vendrían de Mynors: era un extraño, a quien simplemente respetaba. Ahora, en una súbita revelación, lo conocía y le gustaba. La terrible aprensión de aquellos «acercamientos» formales que había visto hacer a otros hombres con otras mujeres se desvaneció. Fue a la vez una liberación y un consuelo.

Estaban pasando por la verja, con Agnes dando saltitos alrededor de las faldas de su hermana, cuando Willie Price reapareció desde la dirección de la capilla.

— ¿Has olvidado algo? — le preguntó Mynors con amabilidad.

— Sí-í — tartamudeó él, quitándose torpemente el sombrero ante Anna. Ella pensó en él exactamente como lo había hecho Agnes. Dudó por una fracción de segundo y luego subió por el patio hacia la sala de conferencias.

— Agnes me ha estado enseñando su premio — dijo Mynors, mientras los tres estaban juntos fuera de la verja—. Le pregunto si cree que realmente se lo merece, y dice que sí. ¿Qué piensas tú, Hermana Mayor?

Anna le dedicó a la pequeña una afectuosa sonrisa de comprensión.

— ¿Cómo se llama, cariño?

— «El sacrificio de Janey o el carrete de algodón, y otras historias para niños» — leyó Agnes en un tono monótono; luego agarró el codo de Anna y le susurró algo al oído.

— Muy bien, cariño — respondió Anna en voz alta —, pero tenemos que estar de vuelta a las cuatro y cuarto. — Y volviéndose hacia Mynors —: Agnes quiere ir al parque a oír tocar a la banda.

— Yo también voy para allá — dijo él—. Vamos, Agnes, tómame del brazo y enséñame el camino. — Tímidamente, Agnes se separó de su hermana y puso un dedo rosado en la mano de Mynors.

Moor Road, que sube por la cresta hasta el pueblo minero de Moorthorne y pasa por el nuevo parque en su camino, estaba abarrotada de gente que subía a criticar y disfrutar de este último resultado de la empresa municipal en Bursley: ancianos serios del municipio que sonreían con severidad al verse los unos a los otros el domingo por la tarde en esa multitud indigna y ociosamente curiosa; alfareros de piel blanca y mineros con la palidez oscura del trabajo subterráneo; holgazanes de domingo desaliñados a quienes ni la iglesia ni la capilla podían atraer, y los respetables de vestimenta pulcra que no solo tenían ropas, sino también un comportamiento distinto para el séptimo día; amas de casa cuyos rostros pálidos, como de prisioneros libres solo por un tiempo, mostraban un placer ingenuo y tímido en la inusual diversión; mujeres jóvenes glorificadas por telas de colores ricos y que se comportaban con la desafiante independencia de los buenos salarios ganados en el almacén o en el taller de pintura; jóvenes oprimidos por ropas nuevas y rígidas compradas en Pentecostés, en las que la corbata brillante y el ramillete revelaban mil aspiraciones secretas; niños pequeños corriendo y gritando con la maravillosa energía de sus años; aquí y allá un pequeño grupo bien vestido cuyo estudioso repudio de la multitud delataba una consciente eminencia de rango; patanes, borrachos, idiotas, mendigos, desamparados, marginados y toda rareza del pueblo: todos estaban más o menos

bajo la influencia de una nueva excitación, y todos, con el mismo rostro de agradable expectación, miraban hacia el lugar donde, a mitad de la colina, una masa más densa de curiosos indicaba la gran entrada al parque.

—¡Qué montones de gente! —exclamó Agnes—. Es como ir a un partido de fútbol.

—¿Vas a los partidos de fútbol, Agnes? —preguntó Mynors. La niña soltó una risita.

Anna se sintió aliviada cuando estos dos comenzaron a charlar. Había dominado de inmediato, por un firme impulso natural, la agitación que la embargó cuando encontró a Mynors esperando con una intención tan obvia en la puerta de la escuela; había conversado con él en tonos de tranquila desenvoltura; la actitud de él incluso le había permitido en pocos momentos establecer una agradable familiaridad con él. Sin embargo, mientras se unían a la corriente de gente en Moor Road, anhelaba estar en casa, en su cocina, para examinarse a sí misma y la nueva situación creada por Mynors. Y, sin embargo, también se alegraba de tener que permanecer a su lado, pero era una alegría inquieta la que su presencia le daba, demasiado extraña para una apreciación inmediata. Mientras su ojo, sin mirarlo directamente, abarcaba a la suave y admirable criatura masculina dentro de su campo de visión, se dio cuenta de que él era completamente inescrutable para ella. ¿Cuáles eran sus pensamientos más íntimos, sus ideales, las historias de su corazón? ¡Seguramente era imposible que ella llegara a conocer esos secretos! Él y ella: eran completamente extraños el uno para el otro. Así vibraban dentro de ella las disonancias primarias del sexo, y sus propios sentimientos la desconcertaban. Aun así, había un placer instantáneo, delicioso, aunque perturbador e inexplicable. Y también había una sensación de triunfo que, aunque intentaba despreciar, no podía desterrar. Que un hombre y una mujer pasearan juntos por ese camino no era nada; pero la circunstancia adquiría una importancia tremenda cuando el hombre resultaba ser Henry Mynors y la mujer, Anna Tellwright. Mynors —guapo, moreno, consumado, ejemplar y próspero— había caminado durante diez años, circunspecto e indemne, entre las miradas de toda una legión de doncellas. En cuanto a Anna, la peculiaridad de su posición siempre la había señalado para una atención especial: desde que su padre se estableció en Bursley, se había sentido objeto de un interés en el que el asombro y la piedad se mezclaban por igual. Supuso que el hecho de que fuera al parque con Mynors esa tarde pasaría rápida-

mente de boca en boca como el rumor de un acontecimiento decisivo. No tenía amigos; su reserva innata había sido malinterpretada, y no era popular entre la comunidad wesleyana. Mucha gente diría, y más lo pensaría, que era su dinero lo que estaba apartando a Mynors del estrecho camino de su célibe discreción. Podía imaginar todas las insinuaciones, los gestos expresivos con la cabeza, el fruncir de labios, el encogimiento de hombros y el arqueado de cejas. «El dinero lo puede todo»: ese era el proverbio. Pero no le importaba. Poseía la justa e inquebrantable autoestima que es fundamental en todas las naturalezas fuertes y rectas; y sabía, más allá de toda posibilidad de duda, que, aunque Mynors no tuviera una aversión incurable a una fortuna, había sido ella misma, su espíritu y su cuerpo, la única que había despertado su deseo.

Por un instinto común, Mynors y Anna hicieron de la pequeña Agnes el centro de atención. Mynors continuó bromeando con ella, y Agnes, volviéndose valiente, comenzó a replicarle. Ahora caminaba entre ellos, y los otros dos se sonreían por encima de la cabeza de la niña ante sus ocurrencias, intercambiando así mensajes demasiado sutiles y delicados para el tosco medio de las palabras.

Al acercarse al parque, el quiosco de música apareció por encima del desmonte del ferrocarril, y pudieron oír la música del «Himno del Emperador». Los sonidos crudos y metálicos se atemperaban en su paso por el aire cálido y quieto, y caían suavemente en el oído en suaves ondas, acelerando cada corazón con emociones desacostumbradas. Los niños saltaban hacia adelante, y los ancianos asumían inconscientemente un vigor jovial.

El parque se elevaba en terrazas desde la estación de ferrocarril hasta una calle de pequeñas villas casi en la cresta de la colina. Desde sus puertas doradas hasta sus más pequeños esquejes de geranio, era completamente nuevo, y la mayor parte era de color rojo. La casa del guarda, el quiosco de música, los quioscos, las balaustradas, los refugios —todo ello asaltaba la vista con una uniformidad roja de ladrillo y teja que anulaba los verdes pálidos del césped y los frágiles árboles. La inmensa multitud, para poder circular, se movía en apretadas procesiones, inspeccionando una tras otra las diversas características de las que habían leído descripciones completas en el «Staffordshire Signal» —cascada, gruta, lago, cisnes, barca, asientos, loza, estatuas— y examinando con interés los nombres de los donantes tan claramente inscritos en aquellos objetos de arte y artesanía que, por diversos mo-

tivos, habían sido presentados a la ciudad por sus ciudadanos. Mynors, mientras abría paso a las dos muchachas a través de la avenida principal hasta la terraza más alta, juzgaba gravemente cada cosa según sus méritos, aprobando esto, condenando aquello. Al decidir que, dadas las circunstancias, el parque presentaba un aspecto muy meritorio, solo reflejaba la mejor opinión local. La ciudad estaba orgullosa de su logro, y tenía derecho a estarlo; pues, aunque este estrecho lugar de recreo era en sí mismo poco atractivo, simbolizaba el primer y débil renacimiento del anhelo de belleza en un distrito entregado durante mucho tiempo a una fealdad irredenta.

Finalmente, después de que Mynors se encontrara con muchos conocidos, pasaron el quiosco de música y se detuvieron en la terraza más alta, que estaba casi desierta. Debajo de ellos, al frente, se extendía un laberinto de tejados, dominado por el ángel dorado de la aguja del ayuntamiento. Bursley, el antiguo hogar del alfarero, tiene una antigüedad de mil años. Se encuentra hacia el extremo norte de un extenso valle, que debió de ser uno de los lugares más hermosos de la Inglaterra de Alfredo, pero que ahora está desfigurado por las actividades de un cuarto de millón de personas. Cinco ciudades contiguas —Turnhill, Bursley, Hanbridge, Knype y Longshaw—, unidas por una única vía sinuosa de unas ocho millas de longitud, han inundado el valle como una sucesión de grandes lagos. De estas cinco, Bursley es la madre, pero Hanbridge es la más grande. Son de aspecto mezquino y adusto —sombrias, de rasgos duros, toscas—; y el veneno vaporoso de sus hornos y chimeneas ha manchado y marchitado el campo circundante hasta que no hay un camino rural en una legua a la redonda que no ofrezca una demacrada y ridícula parodia de los encantos rurales. Nada podría ser más prosaico que las calles apiñadas de color pardo rojizo; nada más aparentemente alejado del romance. Sin embargo, hay que decir que el romance está incluso aquí: el romance que, para aquellos que tienen ojos para percibirlo, siempre mora en los centros de la manufactura industrial, suavizando la tosquedad, transfigurando la miseria de estas poderosas operaciones alquímicas. Mira hacia el valle desde esta altura de la terraza donde el amor está despertando, abarca todo el anfiteatro ceñido de humo en una sola mirada, y puede que de repente comprendas el secreto y soberbio significado de la vasta Actividad que se desarrolla abajo. Como rara vez piensan, los habitantes de la ciudad se avergüenzan cuando se les acusa de haber desfigurado medio condado para poder vivir. No han entendido que esta desfiguración es simplemente un episodio en la interminable guerra del

hombre y la naturaleza, y no exige contrición alguna. Aquí, de hecho, la naturaleza es recompensada por algunas de sus notorias crueldades. Ella ordena imperiosamente al hombre que se sostenga y se reproduzca, y este es uno de los lugares donde, en el mismo acto de obediencia, él la hiere y la maltrata. Más allá de los confines municipales, donde las industrias subsidiarias del carbón y el hierro prosperan en medio de un naufragio de verdor, la lucha es sombría, espantosa, heroica: tan despiadado es el estrago que él le causa, tan indomable la incesante recuperación de ella. Por un lado, hay un arrebatarse de las propias entrañas de la naturaleza los medios para devastarla; por el otro, una fortaleza impávida y perdurable. La hierba crece; aunque no es verde, crece. En el corazón mismo del valle, cercado de hornos, todavía se levanta una granja, y en tiempo de cosecha se recogen las gavillas tiznadas.

La banda dejó de tocar. Toda una población estaba ociosa en el parque, y parecía, en la feroz calma de la luz del sol, que de toda la extenuante vitalidad de los días de semana del distrito solo quedaba un murmullo silencioso. Pero por todas partes en el horizonte, y más cerca, los hornos arrojaban su pesado humo a través de los confines del cielo: la Actividad nunca se suspendía.

— Señor Mynors — dijo Agnes, aún sujetando su mano, después de haber estado en silencio un momento —, ¿cuándo se apagan esos hornos?

— No se apagan — respondió él —, a menos que haya una huelga. Cuesta cientos y cientos de libras volver a encenderlos.

— ¿De verdad? — dijo ella vagamente —. Padre dice que es el humo lo que impide que crezcan mis alhelíes.

Mynors se volvió hacia Anna.

— Su padre parece la viva imagen de la salud. Lo vi fuera esta mañana a las siete menos cuarto, tan vivaz como un muchacho. ¡Qué constitución!

— Sí — respondió Anna —, siempre se levanta a las seis.

— Pero usted no, ¿supongo?

— Sí, yo también.

— Y yo también — intervino Agnes.

—¿Y cómo se compara Bursley con Hanbridge? —continuó Mynors. Anna hizo una pausa antes de responder.

—Me gusta más —dijo—. Al principio, el año pasado, pensé que no me gustaría.

—Por cierto, su padre solía predicar en el circuito de Hanbridge...

—Eso fue hace años —dijo ella rápidamente.

—Pero, ¿por qué no predica aquí? Me atrevo a decir que sabe que andamos un poco escasos de predicadores laicos; buenos, quiero decir.

—No sabría decirle por qué mi padre no predica ahora. —Anna se sonrojó al hablar—. Será mejor que se lo pregunte a él.

—Bueno, lo haré —rió él—. Voy a ir a verle pronto, quizás una noche de la semana que viene.

Anna miró a Henry Mynors mientras pronunciaba las asombrosas palabras. Los Tellwright llevaban un año en Bursley, pero ningún visitante había cruzado su umbral, excepto el pastor, una vez, y aquellos pobres morosos que acudían, llenos de excusas y zalamerías, a pagar el alquiler atrasado.

—¿Asuntos de negocios, supongo? —dijo ella, y rezó para que no tuviera la intención de hacer una simple visita de cortesía.

—Sí, de negocios —respondió él a la ligera—. Pero, ¿estará usted?

—Siempre estoy —dijo ella. Se preguntó cuál podría ser el negocio y se sintió aliviada al saber que su visita tendría al menos algún pretexto asignado; pero ya su corazón latía con aprensiva perturbación al pensar en su presencia en su casa.

—¡Mira! —dijo Agnes, cuyos ojos estaban en todas partes—. Ahí está la señorita Sutton.

Tanto Mynors como Anna se giraron bruscamente. Beatrice Sutton se acercaba a ellos por la terraza. Elegantemente vestida con un traje de muselina rosa, con sombrero, guantes y sombrilla a juego, componía una imagen agradable y bastante efectista, a pesar de su rostro llano y redondo y su figura algo robusta. Tenía el aire de ser una líder. Injertada en la sencillez honesta y original de sus ojos, estaba la arrogancia inconscientemente adquirida

de quien siempre había estado acostumbrada a la deferencia. Socialmente, Beatrice no tenía igual entre las jóvenes activas en la escuela dominical wesleyana. Beatrice solía enseñar en la escuela de la tarde, pero recientemente había adelantado sus labores de la tarde a la mañana en respuesta a una insinuación de que, si lo hacía, la fuerza de su influencia y ejemplo podría disminuir la crónica escasez de maestros matutinos.

— Buenas tardes, señorita Tellwright — dijo Beatrice al acercarse—. Así que ha venido a ver el parque.

— Sí — dijo Anna, y luego se detuvo torpemente. En el tono de cada una había una oscura coacción, y algo en la sonrisa de saludo de Mynors a Beatrice mostraba que él también la compartía.

— Ya te había visto antes — le dijo Beatrice familiarmente, sin tomarle la mano; luego se inclinó y besó a Agnes.

— ¿Qué haces aquí, mademoiselle? — le preguntó Mynors.

— Mi padre está justo abajo, cerca del lago. Te ha visto y me ha mandado a decirte que no dejes de venir a cenar esta noche. Vendrás, ¿verdad?

— Sí, gracias. Tenía la intención.

Anna sabía que eran parientes, y también que Mynors estaba constantemente en casa de los Sutton, pero la estrecha intimidad entre ellos dos le llegó, no obstante, como una conmoción. No pudo vencer un cierto resentimiento hacia ello, por absurdo que tal sentimiento pudiera parecer a su inteligencia. Y esta actitud se extendía no solo a la intimidad, sino también a la hermosa ropa y la fácil urbanidad de Beatrice, que por contraste enfatizaban su propio pobre vestidito y su manera de quedarse sin habla. La mera existencia de Beatrice tan cerca de Mynors era como una afrenta para ella. Sin embargo, en el fondo, e incluso mientras admiraba a esta brillante hija del éxito, era consciente de una superioridad fundamental en sí misma. El alma de ella condescendía con el alma de la otra.

Comenzaron a hablar del parque.

— Papá dice que hará subir enormemente el valor de esos terrenos de allí — dijo Beatrice, señalando con su sombrilla de cintas unas parcelas para construir que se encontraban al norte, en lo alto de la colina—. El señor

Tellwright es el dueño de la mayor parte de eso, ¿no es así? —añadió dirigiéndose a Anna.

—Me imagino que sí —dijo Anna. Para ella era una tortura referirse a las posesiones de su padre.

—Por supuesto, en pocos meses estará cubierto de calles. ¿Construirá él mismo o lo venderá?

—No tengo la menor idea —respondió Anna, con un esfuerzo por sonar alegre, y luego se apartó para mirar a la multitud. Allí, justo al lado del quiosco de música, estaba su padre, un hombre bajo, robusto, rubicundo, de mediana edad, con un traje marrón raído. Él la reconoció, la miró fijamente y asintió con su grotesca y ambigua sonrisa. Luego se escabulló hacia la entrada del parque. Ninguno de los otros lo había visto.

—Agnes, cariño —dijo bruscamente—, tenemos que irnos ya, o llegaremos tarde para el té.

Mientras las dos mujeres se despedían, sus miradas se encontraron, y en el breve segundo de ese encuentro, cada una intentó arrancar de la otra la verdadera respuesta a una pregunta que yacía sin pronunciar en su corazón. Luego, habiéndose despedido de Mynors, cuya mirada de despedida le cantó su propia canción, Anna tomó a Agnes de la mano y lo dejó a él y a Beatrice juntos.

CAPÍTULO IV: UNA VISITA

La Reunión Especial de Maestros a la que Willie Price se había referido era uno de los preliminares finales para un Avivamiento —es decir, un avivamiento de la piedad y la gracia cristiana— que la Sociedad Metodista Wesleyana de Bursley estaba a punto de emprender. Su objetivo era organizar una visita personal a los padres de los alumnos de la escuela dominical en sus hogares. Hasta entonces, Anna había sentido poco interés en el Avivamiento: se le había presentado indirectamente en varias ocasiones, pero lo había considerado como un fenómeno que se repetía a intervalos en el ciclo de la actividad religiosa, y que no le afectaba de ninguna manera. Sin embargo, la gradual concentración del interés público —ese misterioso movimiento que, desafiando el análisis, cobra fuerza a medida que avanza y termina por coaccionar a los más indiferentes— ya había modificado su actitud hacia este próximo evento. Se corrió la voz de que el predicador contratado, un especialista en avivamientos, era un hombre de poderes milagrosos: se afirmaba con precisión el número de almas que había arrebatado del tormento eterno, y ascendía a decenas de miles. Tocaba la corneta para la gloria de Dios, y su corneta era de plata: su pasado más lejano había sido inefablemente malvado, y el vago rumor de esa maldad muerta se aferraba a su nombre como un olor picante. Mientras Anna subía por Trafalgar Road desde la fábrica de Price, observó que las vallas publicitarias se habían cubierto con grandes carteles que anunciaban el Avivamiento y al avivador, que comenzaría su obra el viernes por la noche.

Durante el té, el señor Tellwright interrumpió su lectura del «Signal» de la tarde para pronunciar un discurso bastante notable.

—¡Válgame Dios! —dijo—. ¡El viejo trompetero va a poner el pueblo patas arriba!

—¿Se refiere al avivador, padre? —preguntó Anna.

—¡Sí!

—Es un hombre precioso —exclamó Agnes con entusiasmo—. Nuestro maestro nos enseñó su retrato después de la escuela esta tarde. Nunca vi un hombre tan precioso.

Su padre miró fijamente a la niña por un instante, con la taza en la mano, y luego se volvió hacia Anna con un aire ligeramente sardónico.

—¿Qué haces tú en este Avivamiento, Anna?

—Nada —dijo ella—. Solo que hay una reunión de maestros al respecto mañana por la noche, y tengo que ir. El joven señor Price me lo mencionó especialmente hoy.

Siguió una pausa.

—¿Le sacaste algo a Price? —preguntó Tellwright.

—Sí; me dio diez libras. Quiere que vaya a ver la fábrica, dice que se está cayendo a pedazos.

—Un cheque, supongo.

Ella corrigió la suposición.

—Será mejor que me des esos billetes, Anna —dijo él después del té—. Voy al banco por la mañana y los ingresaré en tu cuenta.

No había ninguna razón por la que ella no hubiera podido sugerir la conveniencia de quedarse al menos con uno de los billetes para su uso personal. Pero no se atrevió. Nunca tenía dinero propio, ni un centavo; y la posesión efectiva de cinco libras le parecía un sueño demasiado audaz. Dudó en imaginar la respuesta de su padre a tal petición, incluso en formular la petición para sí misma. La cosa, vista de cerca, era absolutamente imposible. Y cuando entregó los billetes, también entregó, sin que se lo pidieran, su talonario de cheques, su libreta de depósitos y su libreta de ahorros. Hizo esto mientras deseaba ardientemente abstenerse de hacerlo, como bajo la

compulsión de un instinto invencible. Después se sintió más a gusto, como si una cuestión perturbadora se hubiera resuelto de una vez por todas.

Durante toda esa noche esperó tímidamente a Mynors, diciéndose a sí misma, sin embargo, que ciertamente no la visitaría antes del jueves. El martes por la noche salió temprano para la reunión de maestros. Su intención era llegar de las primeras y elegir un asiento en la oscuridad, ya que sabía bien que todos los ojos estarían puestos en ella. Estaba dividida entre el deseo de ver a Mynors y el deseo de evitar la prueba de ser vista por sus colegas en su presencia. Temblaba ante la posibilidad de no ser capaz de dominar su semblante para parecer inconsciente de esta inspección por ojos curiosos.

La reunión se celebró en un aula grande, amueblada con bancos de madera, una silla y una mesa pequeña. En las paredes grises y encaladas colgaban algunas viñetas bíblicas que representaban escenas de la vida de José y sus hermanos, pero sin referencia a la esposa de Putifar. Del techo encalado pendía un aplique de gas en forma de T, uno de cuyos quemadores mostraba un débil resplandor, aunque el sol aún no se había puesto. La tarde era opresivamente cálida, y por la ventana abierta de par en par llegaba el tenue efluvio de las populosas casitas y los gritos distantes pero estridentes de los niños jugando. Cuando Anna entró, un grupo de jóvenes hablaba con entusiasmo alrededor de la mesa; entre ellos estaba Willie Price, quien la saludó. Nadie más había llegado: se sentó en un rincón junto a la puerta, invisible excepto desde dentro de la sala. Poco a poco, el lugar comenzó a llenarse. Finalmente, entró Mynors: Anna reconoció su paso autoritario antes de verlo. Se dirigió rápidamente a la silla frente a la mesa y, abarcando a todos con una sonrisa amable y generosa, dijo que, en ausencia del señor Titus Price, le correspondía a él presidir; se alegraba de que tantos se hubieran esforzado por estar presentes. Todos se sentaron. Entonó un himno y dirigió el canto él mismo, atacando la primera nota con una seguridad nacida de la práctica. Luego oró, y mientras oraba, Anna lo miraba fijamente. Estaba de pie, con las yemas de los dedos apoyadas en la parte superior de la mesa. Muy cuidadosamente vestido como de costumbre, llevaba una brillante corbata roja nueva y una gardenia en el ojal. Parecía feliz, sano, serio y natural. Tenía la elasticidad de la juventud con la firme sabiduría de la edad. Y era como si nunca hubiera sido más joven y nunca fuera a envejecer, permaneciendo siempre en sus treinta años y en su pleni-

tud. Incomparable al resto, estaba claramente nacido para liderar. Cumplía sus funciones con tacto, gracia y dignidad. En un asunto como este, revelaba los atributos del obrero experto, cuyos movimientos fáciles y exactos son una alegría y una maravilla para el espectador. Y detrás de todo estaba el hombre, su excelente y fuerte naturaleza, su amabilidad, su sinceridad. Sí, para Anna, Mynors fue perfecto esa noche; la realidad de él superó sus ensañaciones. Temerosa al borde de una dicha extática, apenas podía creer que, de las seducciones de mil mujeres, este parangón se hubiera preservado para ella. Como la mayoría de nosotros, carecía del alto coraje para aferrar la felicidad audazmente y sin aprensión; no había aprendido que nada es demasiado bueno para ser verdad.

La oración de Mynors fue un llamamiento convincente por el éxito del Avivamiento. Sabía lo que quería y lo pedía con confianza, acercándose a Dios con humildad pero con respeto propio. La oración fue puntuada por «Amén» desde varias partes de la sala. La atmósfera se volvió de repente ferviente, emocional y devota. Aquí había un esfuerzo elevado, idealismo, una espiritualidad ardiente; y no todas las pequeñeces inevitables en una organización como una escuela dominical podían ocultar la diferencia entre este altruismo apasionado y el innoble egoísmo de los mundanos. Anna sintió, como había sentido a menudo antes, pero ahora con más agudeza, que existía solo en la periferia de la sociedad metodista. No se había convertido; técnicamente era una criatura perdida: los conversos lo sabían, y de alguna manera sutil su comportamiento hacia ella, y hacia otros en su caso, siempre mostraba que lo sabían. ¿Por qué enseñaba? No por el impulso del celo religioso. ¿Por qué se le permitía tener a su cargo una clase de almas inmortales? El ciego no podía guiar al ciego, ni el perdido salvar al perdido. Estas consideraciones la turbaban. La conciencia la punzaba, acusándola de una continua simulación. El papel de cristiana profesora, por falsa vergüenza, le había parecido desagradable: había dicho que nunca podría levantarse y decir: «Estoy por Cristo», sin sentirse incómoda. Pero ahora se avergonzaba de su incapacidad para profesar a Cristo. Podía concebirse a sí misma orgullosa y feliz en el mismo papel que antes había despreciado. Eran estos creyentes, trabajadores, exhortadores, luchadores con Satanás, quienes tenían derecho a desdeñar; no ella. En ese momento, como si adivinara sus pensamientos, Mynors oró por aquellos entre ellos que no estaban convertidos. Ella se sonrojó, y cuando la oración terminó, temió que todos los ojos buscaran los suyos con interrogación; pero nadie pareció notarla.

Mynors se sentó y, sentado, comenzó a explicar los preparativos para el Avivamiento. Dejó claro que las oraciones sin industria no lograrían el éxito. Sus comentarios revelaron que debajo de la amplia estructura religiosa de la empresa, y sosteniéndola, había una base de diplomacia y solicitud individual. La ciudad había sido dividida en distritos, y cada uno de ellos estaba siendo importunado, como en una elección: por la minuciosidad y la insistencia de esta campaña, tanto como por la intensidad del deseo en la oración, Cristo vencería. El asunto era una campaña antes de ser una prostración ante el Trono de la Gracia. Habló de los niños, diciendo que en relación con ellos, ellos, los maestros, tenían a la vez el más alto privilegio y la más sagrada responsabilidad. Habló de un servicio especial para los niños, y la necesidad de visitarlos en sus hogares e invitar también a los padres a esta fiesta de Dios. Deseaba que cada maestro, durante el día de mañana y el siguiente y el siguiente, repasara la lista de los nombres de sus alumnos y visitara, si era posible, cada casa. No debía haber elusión.

—¿Haréis eso, señoras? —exclamó con una sonrisa suplicante y seria—. ¿Lo hará usted, señorita Dickinson? ¿Lo hará usted, señorita Machin? ¿Lo hará usted, señora Salt? ¿Lo hará usted, señorita Sutton? ¿Lo hará us...

Hasta que finalmente llegó:

—¿Lo hará usted, señorita Tellwright?

—Lo haré —respondió ella, con los ojos desviados.

—Gracias. Gracias a todas.

Algunos otros hablaron, con esperanza, con entusiasmo, y uno o dos oraron. Luego Mynors se levantó:

—Que la bendición de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo repose sobre nosotros ahora y por siempre.

—Amén —eyaculó alguien. La reunión había terminado.

Anna salió rápidamente por la puerta, cruzó el cuadrángulo y se adentró en Trafalgar Road. Fue la primera en irse, sin atreverse a quedarse en la sala ni un momento. Lo había visto; no había cambiado desde el domingo; no hubo desilusión, sino una profundización de la impresión original. Arrastrado por el vuelo de su espíritu, su espíritu se elevó, y fue consciente de un anhelo vago pero intenso hacia el cielo. No podía razonar ni pensar en esa

hora vertiginosa, pero tomó resoluciones que no tenían forma verbal, cediendo ansiosamente a su influencia y su llamamiento. No fue hasta que llegó al final de Duck Bank y afrontaba la primera subida hacia Bleakridge que su paso se ralentizó. Entonces una voz la llamó desde atrás. La reconoció y se giró bruscamente bajo la conmoción. Mynors se quitó el sombrero y la saludó.

—Voy a ver a su padre —dijo.

—¿Sí? —dijo ella, y le dio la mano.

—Fue una reunión muy satisfactoria esta noche —comenzó, y en un momento estaban hablando seriamente del Avivamiento. Con la más oblicua delicadeza, la más perfecta asunción de igualdad entre ellos, le permitió percibir su genuina y profunda ansiedad por su bienestar espiritual. La atmósfera de la reunión todavía lo rodeaba, el fuego divino aún no se había enfriado.

—Espero que venga al primer servicio el viernes por la noche —suplicó.

—Debo hacerlo —respondió ella—. Oh, sí. Vendré.

—Eso está bien —dijo—. Deseaba particularmente su promesa.

Estaban en la puerta de la casa. Agnes, obviamente expectante y emocionada, respondió a la llamada. Con un esfuerzo, Anna y Mynors pasaron a un estado de ánimo más ligero.

—Padre dijo que vendría, señor Mynors —dijo Agnes, y, volviéndose hacia Anna—, he puesto la cena yo sola.

—¿Ah, sí? —rió Mynors—. ¡Estupendo! Debes dejar que te dé un beso por eso. —Se inclinó y la besó, ella levantando el rostro hacia él sin ninguna reticencia. Anna observaba, sonriendo.

El señor Tellwright estaba sentado cerca de la ventana del salón trasero, leyendo el periódico. El crepúsculo se acercaba. Bajó la cabeza cuando Mynors entró con Agnes a su zaga, para poder ver por encima de sus gafas, que estaban a medio camino de su nariz.

—¿Cómo está, señor Mynors? Iba a empezar a cenar. No espero, ya sabe —y miró la mesa.

—Muy bien —dijo Mynors—, siempre y cuando no se lo comiera todo. ¿Se lo habría comido todo, Agnes, cree usted? —Agnes apretó la cabeza contra el brazo de Mynors y rió tímidamente. El anciano rió sardónicamente.

Anna, que todavía estaba en el pasillo, se preguntó qué podría haber en la mesa. Si solo era el habitual trozo de queso, sintió que moriría de mortificación. Se asomó: el queso estaba en un extremo, y en el otro un trozo de ternera, apenas tocado.

—No, no —dijo Tellwright, como si llevara varios segundos con la broma—, le habría guardado el hueso.

Anna subió las escaleras para quitarse el sombrero, e inmediatamente Agnes voló tras ella. La niña estaba sin aliento por las noticias.

—¡Oh, Anna! En cuanto saliste, padre me dijo que el señor Mynors venía a cenar. ¿Lo sabías antes?

—No hasta que el señor Mynors me lo dijo, cariño. —Era característico de su padre no decir nada hasta el último momento.

—Sí, y me dijo que pusiera un plato extra, y le pregunté si era mejor poner la ternera en la mesa, y primero dijo «No», enfadado —¿sabes?— y luego dijo que podía hacer lo que quisiera, así que la puse. ¿Por qué ha venido el señor Mynors, Anna?

—¿Cómo voy a saberlo? Algún negocio entre él y padre, supongo.

—Es muy raro —dijo Agnes categóricamente, con la aptitud de un niño para mirar un hecho de frente.

—¿Por qué «raro»?

—Sabes que lo es, Anna —frunció el ceño, y luego estalló en una sonrisa alegre—: ¿Pero no es encantador? Creo que es adorable.

—Sí —asintió Anna fríamente.

—¿Pero de verdad? —insistió Agnes.

Anna se cepilló el pelo y decidió no ponerse el delantal que solía llevar en casa.

—¿Estoy presentable, Anna?

—Sí. Baja ahora. Yo voy enseguida.

—Quiero esperarte —hizo un puchero Agnes.

—Muy bien, cariño.

Entraron juntas en el salón, y Henry Mynors se levantó de un salto de su silla, y no se sentó a la mesa hasta que ellas estuvieron sentadas. Luego, el señor Tellwright cortó la ternera, dándoles a cada uno un trozo muy pequeño, y tomando solo queso para él. Agnes sirvió la jarra de agua y el pan. Mynors habló de nada en especial, pero habló y rió todo el tiempo; incluso hizo reír al anciano, con una frase cómica dirigida a la loca pasión de Agnes por los alhelíes. Parecía no haber detectado ninguna deficiencia en los enseres de la mesa —el mantel y los platos toscos, los vasos desportillados, la vinagrera de peltre y los cuchillos rechonchos— que causaban angustia en el corazón del ama de casa. Podría haberse sentado a una mesa así todas las noches de su vida.

—¿Me haría el favor de darme un poco más de ternera? —preguntó al poco tiempo, y Anna creyó percibir un matiz de malicia en su tono al forzar así al anciano a una hospitalidad tardía—. Gracias. Y un trocito de grasa.

Se preguntó si él adivinaría que ella valía cincuenta mil libras, y su padre quizás más.

Pero en general, Anna disfrutó de la comida. Sintió pena cuando terminaron y Agnes dio gracias a Dios por la ternera. No sin una considerable reticencia se levantó y se apartó del lado del hombre cuyo brazo podría haber tocado en cualquier momento durante los veinte minutos anteriores. Se había sentido feliz y perturbada por estar tan cerca de él, tan íntima y libre; ya se sabía su rostro de memoria. Las dos muchachas llevaron los platos y fuentes a la cocina, Agnes haciendo el último viaje con el mantel, que Mynors la había ayudado a doblar.

—Cierra la puerta, Agnes —dijo el anciano, levantándose para encender el gas. Era una orden de despido para sus dos hijas.

—Déjeme encenderlo a mí —exclamó Mynors, y el gas se encendió antes de que el señor Tellwright hubiera encendido una cerilla. Mynors encendió el gas al máximo. Luego, el señor Tellwright lo bajó cuidadosamente. La factura de gas del trimestre de verano en esa casa no superaba los cinco chelines.

A través de las ventanas abiertas de la cocina y el salón, Anna podía oír las voces de los dos hombres en conversación, la de Mynors vivaz y cambiante, la de su padre monótona, seca y pesada. Una vez captó la risa dura y seca del anciano. Habían terminado de fregar, Agnes había hecho sus deberes; el reloj de pie dio las nueve y media.

—Debes irte a la cama, Agnes.

—¿No puedo darle las buenas noches?

—No, yo le daré las buenas noches por ti.

—No te olvides. Te lo preguntaré por la mañana.

El sonido regular de la conversación todavía provenía del salón. Una luna llena cruzaba el cielo sin nubes. A su luz y la de un débil resplandor de gas, Anna se sentó a limpiar la plata, o más bien el níquel, en la mesa de la cocina. Las cucharas y los tenedores ya estaban limpios, pero se sentía obligada a ocuparse de algo. Finalmente, la conversación se detuvo y oyó el raspar de las patas de las sillas. ¿Debía volver al salón? ¿O debía...? Incluso mientras dudaba, la puerta de la cocina se abrió.

—Disculpe que entre aquí —dijo Mynors—. Quería darle las buenas noches.

Ella se levantó de un salto y él le tomó la mano. ¿Podría sentir él la agitación de esa mano?

—Buenas noches.

—Buenas noches —dijo él de nuevo.

—Y Agnes me pidió que le diera las buenas noches de su parte.

—¿Ah, sí? —sonrió él; hasta entonces su rostro había estado serio—. ¿No olvidará el viernes?

—¡Como si pudiera! —murmuró ella después de que él se hubiera ido.

CAPÍTULO V: EL AVIVAMIENTO

Anna pasó las dos tardes siguientes visitando las casas de sus alumnos. No tenía talento para ese trabajo, que exige un temperamento vocal más que meditativo, y la aparente futilidad de sus esfuerzos la habría disgustado y desanimado si no la hubieran sostenido e impulsado la influencia aún activa de Mynors y la reunión de maestros. Había quince nombres en su libro de clase, y fue a cada casa, excepto a cuatro cuyos inquilinos eran familias wesleyanas impecables y se habrían considerado insultados por una visita cuasi-didáctica de una advenediza como Anna. De los once, algunos padres fueron groseros con ella; otros mendigaron, y ella no tenía nada que dar; otros hicieron promesas superficiales; solo dos parecieron considerarla algo más que una impertinencia algo molesta. La culpa era sin duda suya. Sin embargo, encontró alegría en la tarea ingrata y mal realizada: la alegría fría y feroz de la monja en su penitencia. Cuando terminó, dijo: «Lo he hecho», como quien ha jurado hacerlo pasara lo que pasara, pero sin esperar del todo tener éxito.

El viernes por la tarde, durante el té, un muchacho trajo un gran paquete tamaño folio dirigido al señor Tellwright.

—De parte del señor Mynors —dijo el muchacho. Tellwright lo abrió sin prisa después de que el muchacho se fuera, y sacó unas hojas cubiertas de cifras que examinó cuidadosamente.

—Anna —dijo, mientras ella recogía las cosas del té—, entiendo que vas a la reunión del Avivamiento esta noche. Tendré un mensaje que deberás darle al señor Mynors.

Cuando subió a vestirse, vio el landó de los Sutton parado frente a su casa, al otro lado de la calle. La señora Sutton bajó los escalones de la entrada y subió al carruaje, seguida por un hombrecillo inquieto, nervioso y alerta que llevaba en la mano un estuche negro de forma peculiar. «¡El Avivador!», exclamó Anna, recordando que se alojaría con los Sutton durante la semana del Avivamiento. ¡Entonces este era el renombrado cruzado, y el estuche contenía su renombrada corneta! El carruaje partió por Trafalgar Road, y Anna pudo ver que el hombrecillo hablaba vehemente e incesantemente con la señora Sutton, quien escuchaba con evidente interés; al mismo tiempo, los ojos del hombre estaban en todas partes, absorbiendo todos los detalles de la calle y las casas con una curiosidad insaciable.

—¿Cuál es el mensaje para el señor Mynors, padre? —preguntó en el salón, poniéndose los guantes de algodón.

—¡Oh! —dijo él, y luego hizo una pausa—. Cierra la puerta, muchacha.

Ella la cerró, sin saber qué presagiaba esta cautela. Agnes estaba en la cocina.

—La cosa es así —comenzó Tellwright—. El joven Mynors necesita un socio con un par de miles de libras, y vino a mí. Ya entiendes; es lo que llaman un socio comanditario. Dará una tercera parte de su negocio por dos mil libras ahora. Lo he investigado y hay dinero en ello. No es tonto y se ha hecho con un buen negocio. Me envió su inventario y su balance hoy, y yo mismo he estado en el lugar. Te digo esto, muchacha, porque no tengo dos mil de mi propio dinero disponibles ahora mismo, y pensé que a ti podría gustarte la inversión.

—Pero padre...

—Escucha. Sé que solo tienes cuatrocientas en el banco ahora, pero la semana que viene comenzará julio y llegarán los dividendos. He calculado que tendrás cerca de mil cuatrocientas en dividendos e intereses, y puedo prestarte un par de cientos en caso de necesidad. Es una oportunidad única; será mejor que la aproveches.

—Por supuesto, si usted cree que está bien, padre, eso es suficiente — dijo sin animación.

—¿No te estoy diciendo que creo que está bien? —observó él brusca- mente—. Debes decirle a Mynors que digo que es satisfactorio. Dile eso, ¿entiendes? Digo que es satisfactorio. Necesitaré verlo más tarde. Me dijo que no podía venir ninguna noche de la semana que viene, así que pídele que sea la semana siguiente. No hay prisa. No lo olvides.

Lo que más sorprendió a Anna del asunto fue que Henry Mynors hubiera sido capaz de tentar a su padre a una especulación. Ephraim Tellwright, el inversor, solía ser tan tímido como una trucha bien alimentada, y esta captura suya por un joven con solo dos años de establecido en los negocios podía considerarse, con justicia, una hazaña prodigiosa. Era, de hecho, la mayor distinción de la carrera comercial de Mynors. Henry era tan prominentemente activo en la Sociedad Wesleyana que los miembros de esa sociedad, especialmente las mujeres, tendían a ignorar el otro lado de su individualidad. Lo conocían como un trabajador religioso supremo; no se daban cuenta de la probabilidad de que se convirtiera en supremo en la manufactura principal. Huérfano a los diecisiete años, Mynors pertenecía a una familia ahora extinta en las Cinco Villas, salvo por él; una de esas familias que, en virtud de su número, variedad y fuerza personal, parecen permear todo un distrito, ser un elemento calculable de él, una parte esencial de su identidad. Los mayores de la sangre Mynors habían ocupado una vez la casa roja frente a la de Tellwright, ahora utilizada como escuela, y allí habían criado a muchos hijos: el edificio de la escuela todavía era conocido como «el de Mynors» por la gente anticuada. Luego los padres murieron a mediana edad: una hija se casó en el Norte, otra en el Sur; una tercera fue a China como misionera y murió de fiebre; el hijo mayor murió; el segundo había desaparecido en Canadá y se decía que era un calavera; el tercero era capitán de barco. Solo quedaba Henry (el más joven), y de toda la familia, Henry era el único relacionado con el comercio de loza. No había dinero heredado, y durante diez años había trabajado para una gran empresa en Turnhill, como oficinista, como viajante y, finalmente, como gerente, viviendo siempre modestamente en pensiones. A su debido tiempo, avisó que se iba, le ofrecieron una sociedad y la rechazó. Tomando una fábrica recién construida en Bursley, cerca del canal, comenzó su propio negocio, y se supo que, a la edad de veintiocho años, había ahorrado mil quinientas li-

bras. Igualmente experto en los laberintos de la manufactura y en las sutilezas de los mercados (se le consideraba un viajante sin igual), Mynors prosperó inevitablemente. Sus libros de pedidos estaban llenos y rebosantes a precios remunerativos, y la insuficiencia de capital era el único peligro al que estaba expuesto. Con solo levantar un dedo podría haber tenido una docena de socios trabajadores y adinerados, pero no deseaba un socio trabajador. Lo que quería era un capitalista que tuviera confianza en él, Mynors. En Ephraim Tellwright encontró al hombre. Si fue por instinto, buena suerte o hábil diplomacia que Mynors se aseguró este premio invaluable, nadie podría decirlo con certeza, y quizás ni él mismo podría haber catalogado todos los oscuros motivos que lo habían guiado hasta el astuto avaro de Manor Terrace.

Anna había tenido la intención de llegar a la capilla antes del comienzo de la reunión, pero la entrevista con su padre la retrasó. Al entrar en el porche, un ujier le dijo que la nave de la capilla estaba completamente llena y que debía ir a la galería, donde quedaban algunos asientos cerca del coro. Obedeció: los dueños de bancos no tenían derechos en ese servicio. La escena en el auditorio la asombró, poniendo fin efectivamente a la preocupación mundana causada por las noticias de su padre. La histórica capilla estaba abarrotada en casi todas partes, y la congregación — impresionada, emocionada, ansiosa — cantaba el himno de apertura con un vigor y una sinceridad sin precedentes; por encima del resto se oían las voces entrenadas de un gran coro, e incluso el coro, generalmente superficial, parecía compartir el fervor general. En el vasto púlpito de caoba, el Reverendo Reginald Banks, el pastor superintendente, un hombre corpulento de rostro pálido con mejillas colgantes y fríos ojos grises, observaba impassiblemente a la asamblea, y a su lado estaba el avivador, un hombrecillo en comparación con su colega; sobre la ancha balaustrada del púlpito yacía la corneta. Los ojos ardientes e inquisitivos del avivador sondearon hasta los rincones más lejanos de la capilla; aparentemente ningún detalle de ningún rostro ni de la florida decoración se le escapaba, y mientras Anna se deslizaba en un pequeño banco vacío junto a la pared este, sintió que ella también había sido observada por separado. El señor Banks anunció la última estrofa del himno, y simultáneamente con el acorde inicial del órgano, el avivador tomó su corneta y se unió a la melodía. Masivos pero exultantes, los tonos se elevaron claros sobre el poderoso volumen de sonido vocal, una incitación al esfuerzo victorioso. El efecto fue instantáneo: un temblor extáti-

co pareció recorrer la congregación, como el viento a través del trigo maduro, y al final del himno, no fue hasta que el avivador hubo bajado su corneta que la gente volvió a sus asientos. En medio del frufrú de los vestidos y el carraspeo apagado, el señor Banks se retiró suavemente al fondo del púlpito, y el avivador, subido a un taburete, dominó de repente a la congregación. Su mirada recorrió magistralmente la capilla y la galería. Levantó una mano con el gesto tranquilizador de un hipnotizador, y la gente, ya sea arrodillada o inclinada contra el frente de los bancos, ocultó sus rostros de aquellos ojos. Era como si el hombre hubiera medido en un momento sus iniquidades y hubiera resuelto valientemente interceder por ellos ante Dios, pero no estuviera muy esperanzado en cuanto al resultado. Todos, excepto el organista, que buscaba en su libro la siguiente melodía, parecían sentirse humillados, amargamente avergonzados, como si los hubieran sorprendido en el acto de pecar. Hubo una pausa solemne y terrible.

Entonces el avivador comenzó:

—Henos aquí, oh, temible Dios, suplicantes de Tu misericordia...

Su voz era rica y plena, pero al mismo tiempo aguda y decidida. Los ojos ardientes estaban cerrados con fuerza, y Anna, que tenía una vista de perfil de su rostro, vio que cada músculo de él estaba tenso. El hombre poseía un extraordinario don histriónico, y lo usaba con imaginación. Tenía dos audiencias, Dios y la congregación. Dios no estaba más distante de él que la congregación, ni era menos real para él, ni un corazón menos susceptible de ser influenciado. Declamatorio y lleno de efectos cuidadosamente calculados —una obra de arte, de hecho—, su ruego no mostró ningún error de discreción en su acercamiento al Eterno. No hubo minimización del pecado cometido, ni tampoco una autoacusación insincera y rastrera. Un tirano no podría haberse ofendido por su tono, que parecía pacificar a Dios mientras hacía a la audiencia humana aún más contrita. La conclusión del catálogo de la maldad y el giro rápido y confiado hacia la Cruz de Cristo fue maravillosamente impresionante. La congregación estalló en suspiros, gemidos, bendiciones y «Amén»; y los pilares de los lejanos conventículos rurales que habían viajado desde los confines del circuito hasta su centro para participar de esta excitación espiritual comenzaron a sentir que no serían decepcionados.

—Que el Espíritu Santo descienda sobre nosotros ahora —suplicó el avivador con pasión contenida; y luego, abriendo los ojos y mirando el reloj frente a la galería, repitió—: Ahora, ahora, a las siete y veintiún minutos. —Entonces sus ojos, sin moverse, parecieron ignorar el reloj, mirar a través de él hacia alguna dimensión no mundana, y murmuró en un suave susurro dramático—: ¡Veo la Divina Paloma...!

Las puertas, cerradas durante la oración, se abrieron y entró más gente. Un joven entró en el banco de Anna.

El pastor superintendente anunció otro himno, y cuando este terminó, el avivador, que había estado descansando en una silla, se adelantó de nuevo.

—Amigos y compañeros pecadores —dijo—, muchos de vosotros, necios como sois, habéis venido esta noche a oírme tocar la corneta. Bueno, ya me habéis oído. He tocado la corneta, y la volveré a tocar. La tocaría sobre mi cabeza si con ello pudiera llevar pecadores a Cristo. Me han llamado charlatán. Lo soy. Me glorío en ello. Soy el charlatán de Dios, haciendo el precioso negocio de Dios a mi manera. Pero el precioso negocio de Dios no puede llevarse a cabo, ni siquiera por un charlatán, sin dinero, y habrá una colecta para los gastos del Avivamiento. Durante la colecta cantaremos «Roca de la Eternidad», y volveréis a oír mi corneta. Si os sentís dispuestos a darnos vuestros seis peniques, dadlos; pero si os molesta una colecta —aquí adoptó un tono de feroz sarcasmo—, guardaos vuestros miserables seis peniques y conseguid un miserable disfrute de seis peniques con ellos en otro lugar.

A medida que avanzaba la reunión, sometiéndose cada vez más al hipnotismo imperioso del avivador, Anna se sintió gradualmente oprimida por una vaga sensación que era en parte pena y en parte una inexplicable y sorda ira: ira por su propio arrepentimiento. Sentía como si todo estuviera mal y nunca, por ninguna posibilidad, pudiera arreglarse. Después de dos exhortaciones, del pastor y del avivador, y otro himno, el avivador oró una vez más, y mientras lo hacía, Anna miró furtivamente a su alrededor de una manera enfermiza y preocupada. El joven a su lado miraba sombríamente al frente. En la orquesta, Henry Mynors susurraba al organista. Abajo, en la nave de la capilla, la atmósfera era eléctrica, peligrosa, sobrecargada de emoción espiritual. Se alegró de no estar allí abajo. La voz del avivador cesó, pero mantuvo la actitud de súplica. Se oyeron sollozos en varios lu-

gares, y aquí y allá se podía ver a un anciano de la capilla hablando en voz baja con algún pecador convicto. El avivador comenzó a cantar suavemente «Jesús, amante de mi alma», y la mayor parte de la congregación, de pie, se unió a él; pero los pecadores golpeados por el Espíritu permanecieron abyectamente inclinados, torturados por la conciencia, tirados de un lado por Cristo y del otro por Satanás. Unos pocos se levantaron y fueron a la barandilla de la Comunión, para arrodillarse a la vista de todos. El señor Banks descendió del púlpito y, abriendo el portillo que conducía a la mesa de la Comunión, habló con ellos por encima de la barandilla, tranquilizadamente, como una enfermera a un niño. Otros pecadores, deseosos de una guía más completa e íntima, pasaron por los pasillos y entraron así en la sacristía del predicador en el extremo este de la capilla, y fueron seguidos hasta allí por líderes de clase y otros siervos probados de Dios: entre estos últimos estaban Titus Price y el señor Sutton.

—La sangre de Cristo expía —dijo solemnemente el avivador al final del himno—. El espíritu de Cristo está obrando entre nosotros. Dedicuémonos a la oración privada. Echemos al diablo de esta capilla.

Siguieron más suspiros y gemidos. Luego alguien gritó en tonos agudos y estridentes: «¡Alabadle!»; y otro gritó: «¡Alabadle!»; y la voz temblorosa de una anciana cantó las palabras: «Yo sé que mi Redentor vive». Anna estaba desesperada por su propia situación, y el sentimiento de pecado no era más fuerte que el sentimiento de estar confundida y públicamente avergonzada. Un hombre abrió la puerta del banco y, sentándose al lado del joven, comenzó a hablar con él. Era Henry Mynors. Anna miró fijamente hacia otro lado, a la pared, temerosa de que también se dirigiera a ella. Al poco tiempo, el joven se levantó con un gesto frenético y salió de la galería, seguido por Mynors. En un momento vio al joven caminar torpemente por el pasillo de abajo, hacia la sala de consulta, con la cabeza hacia adelante y el labio inferior colgando como si estuviera malhumorado.

Anna se encontraba ahora en la más profunda miseria. El peso de sus pecados, de su ingratitud a Dios, yacía sobre ella como una carga física e intolerable, y perdió todo sentimiento de vergüenza, como un viajero mareado pierde la vergüenza después de una hora de náuseas. Supo entonces que ya no podría seguir viviendo como antes. Se estremeció al pensar en su tremenda responsabilidad hacia Agnes, Agnes que la consideraba la perfección. Recordó todos sus pecados individualmente: mentiras,

pereza, envidia, vanidad, incluso robos en su infancia. Amontonó toda la maldad de una vida, la aumentó históricamente y encontró un horrible placer en la exageración. Sus actos virtuosos se encogieron hasta la nada.

Un hombre, y luego otro, emergieron de la puerta de la sacristía con rostros radiantes y felices. Estos estaban salvados; se habían rendido a la persuasiva invitación de Cristo. Anna trató de imaginarse a sí misma convertida, o en proceso de conversión. No pudo. Solo podía sentarse inmóvil, apagada y abyecta. No se movió, ni siquiera cuando la congregación se levantó para otro himno. ¿En qué consistía la conversión? ¿Era decir las palabras: «Creo»? Se repitió a sí misma en voz baja: «Creo; creo». Pero no pasó nada. Por supuesto que creía. Nunca había dudado, ni soñado con dudar, que Jesús murió en la Cruz para salvar su alma —su alma— de la condenación eterna. Probablemente no era consciente de que alguna persona en la cristiandad hubiera dudado de ese hecho tan fundamental para ella. ¿Qué faltaba, entonces? ¿Qué era la creencia? ¿Qué era la fe?

Un venerable líder de clase salió de la sacristía y, subiendo lentamente las escaleras del púlpito, susurró al oído del avivador. Este último se enfrentó a la congregación con un grito de alegría.

— ¡Señor —exclamó—, te bendecimos porque diecisiete almas te han encontrado! Señor, que se recoja la cosecha completa, porque los campos están blancos para la siega. —Hubo un exuberante coro de alabanzas a Dios.

La puerta del banco se abrió suavemente, y Anna se sobresaltó al ver a la señora Sutton a su lado. Adivinó de inmediato que Mynors le había enviado a este ángel de consolación.

—¿Estás cerca de la luz, querida Anna? —comenzó la señora Sutton.

Anna buscó una respuesta. Ahora estaba acurrucada en el rincón del banco, con el rostro parcialmente vuelto hacia la señora Sutton, que la miraba suavemente a los ojos.

—No lo sé —tartamudeó Anna, sintiéndose como una colegiala traviesa. Una duda sobre si todo el asunto no era, después de todo, absurdo, la atravesó y desapareció.

—Pero es muy sencillo —dijo la señora Sutton—. No puedo decirte nada que no sepas. Desecha el orgullo. Desecha el orgullo, eso es. Nada más que el orgullo terrenal te impide darte cuenta del poder salvador de Cristo.

Tienes miedo, Anna, miedo de ser humilde. Sé valiente. Es tan sencillo, tan fácil. Si uno tan solo se somete.

Anna no dijo nada, no tenía nada que decir, no era consciente de nada salvo de una excesiva incomodidad.

—¿Dónde sientes que está tu dificultad? —preguntó la señora Sutton.

—No lo sé —respondió con cansancio.

—La felicidad que te espera es inefable. He seguido a Cristo durante casi cincuenta años, y mi felicidad aumenta a diario. A veces no sé cómo contenerla toda. Se eleva por encima de todas las pruebas y decepciones de este mundo. ¡Oh, Anna, si tan solo creyeras!

El rostro delgado y distinguido de la mujer envejecida, coronado por un abundante cabello gris, brillaba de amor y compasión, y mientras los ojos de Anna descansaban en él, Anna sintió que aquí había algo tangible, algo a lo que aferrarse.

—Creo que sí creo —dijo débilmente.

—¿«Crees»? ¿Estás segura? ¿No te estás engañando a ti misma? La creencia no está en los labios: está en el corazón.

Hubo una pausa. Se oía al señor Banks orando.

—Iré a casa —susurró Anna finalmente—, y lo pensaré por mí misma.

—Hazlo, mi querida niña, y Dios te ayudará.

La señora Sutton se inclinó y besó a Anna afectuosamente, y luego se apresuró a ofrecer sus servicios en otro lugar. Al salir de la capilla, Anna se encontró con el guardián de la capilla paseando regularmente de un lado a otro a lo largo de los anchos escalones. En el porche había un aviso de que se podían comprar fotografías de gabinete del avivador, a un chelín cada una.

CAPÍTULO VI: WILLIE

Anna cerró suavemente la puerta del dormitorio; a través de la ventana abierta llegaban los tonos del reloj de la iglesia de Cauldon, famosos por su sonoridad y riqueza, anunciando las once. Agnes dormía bajo la colcha azul y blanca, en el lado de la cama junto a la pared, con la ropa de cama bajada y dejando al descubierto la mitad superior de su figura en camisón. Dormía en absoluto reposo, con la mejilla sonrojada y cada músculo laxo, su cabello, por alguna casualidad, trazando una línea recta perfecta en diagonal sobre la almohada. Anna miró a su hermana, la imagen de la inocencia física y la seguridad infantil, y luego, dejando la vela, fue a la ventana y miró hacia afuera.

El dormitorio estaba sobre la cocina y daba al sur. La luna estaba oculta por las nubes, pero claros tramos de cielo mostraban densos racimos de estrellas que parpadeaban brillantemente. A la extrema derecha, a través de los campos, apenas se discernía la silueta de la iglesia de Hillport en la cresta. Al frente, a varias millas de distancia, los altos hornos de las fundiciones de Cauldon Bar lanzaban vastas coronas de llamas amarillas con doseles de humo teñido. Aún más distantes había otras mil luces coronando chimeneas y hornos, y más cerca, en los terrenos baldíos al oeste de Bleakridge, largos campos de mineral de hierro en combustión brillaban con todos los extraños colores de la decadencia. Todo el paisaje estaba iluminado y transformado por esta pirotecnia única del trabajo que expiaba su suciedad, y sonidos apagados y extraños, como las respiraciones y suspiros de gigantescas criaturas nocturnas, llenaban el aire encantado. Era una escena romántica, una noche de verano romántica, balsámica, delicada y envuelta en meditación. Pero

Anna no veía allí nada salvo las repulsivas evidencias de la manufactura, nunca había visto nada más.

Todavía se sentía horrible y agudamente miserable, agotada por la búsqueda infructuosa de alguna solución al enigma del pecado —su pecado en particular— y de la redención. Había cavilado en un círculo vano hasta que ya no era capaz de tener ideas razonadas. Contempló las estrellas y los espacios ilimitados más allá de ellas, y pensó en la vida y su inconcebible pequeñez, como millones lo habían hecho antes en presencia de ese mismo firmamento. Luego, después de un tiempo, su cerebro reanudó su tarea de pesadilla. Comenzó a sondearse de nuevo. ¿Habría servido de algo si hubiera caminado públicamente hasta el banco de los penitentes en la barandilla de la Comunión y, situándose junto a los obreros y obreras, hubiera demostrado con ese acto manifiesto la sinceridad de su contrición? Deseaba ardientemente haberlo hecho, pero sabía bien que tal acto siempre sería imposible para ella, incluso si evitarlo significara la tortura eterna. Sin duda, como había insinuado la señora Sutton, era orgullosa, testaruda, obstinada en la iniquidad.

Agnes se movió ligeramente en su sueño, y Anna, despertada, bajó la persiana, se volvió hacia la habitación y comenzó a desvestirse, lentamente, con pausas reflexivas. Su melancolía se volvió sombría, sardónica; si estaba condenada a la destrucción, que así fuera. De repente, medio contenta, se arrodilló y oró, oró para que el orgullo fuera expulsado, hundiendo el rostro en la colcha y enjaulando la apasionada efusión en un susurro para no molestar a Agnes. Después de orar, permaneció arrodillada y quieta; sus ojos estaban secos y ardientes. El último tranvía subió estruendosamente por la calle, sacudiendo la casa, y ella se levantó, terminó de desvestirse, apagó la vela y se metió en la cama al lado de Agnes.

No podía dormir, no intentó dormir, sino que se abandonó mansamente a la desesperación. Sus pensamientos recorrieron de nuevo el círculo interminable, y de nuevo, y una vez más. En el crepúsculo de la breve noche de verano, sus ojos acostumbrados podían distinguir cada objeto en la habitación, todos los muebles que habían sido comprados en Hanbridge y con los que había estado familiarizada desde que tenía memoria: todo parecía mezquino, despreciable, lúgubre; no había nada que inspirara. Soñaba imposiblemente con una alta espiritualidad que lo metamorfoseara todo, que cambiara su vida, que diera glamour a los entornos más lamentables,

que ennobleciera las cargas más ignominiosas: una espiritualidad que nunca sería suya.

En cualquier caso, le diría a su padre por la mañana que estaba convicta de pecado y que, por desesperada que fuera, buscaba la salvación; se lo diría tanto a su padre como a Agnes en el desayuno. La tarea sería difícil, pero juró hacerlo. Lo resolvió, intentó dormir y durmió inquieta durante un corto período. Cuando despertó, el gran negocio del amanecer había comenzado. Salió de la cama y, subiendo la persiana, miró hacia afuera. Los fuegos de los hornos palidecían; unas pocas nubes lechosas navegaban en el vasto y pálido azul. Hacía frío en ese momento, y se estremeció. Fue al espejo y examinó su rostro cuidadosamente, pero no mostraba ninguna señal de la guerra interior. Vio su camión sencillo y remendado. ¡Supongamos que estuviera casada con Mynors! ¡Supongamos que él durmiera en la cama donde dormía Agnes! Involuntariamente miró a Agnes para cerciorarse de que la niña y nadie más estaba realmente allí, y se metió en la cama apresuradamente y se escondió porque se avergonzaba de haber tenido tal fantasía. Pero continuó pensando en Mynors. Lo envidiaba por su alegría, su gozo, su bondad, su dignidad, su tacto, su sexo. Envidiaba a todos los hombres. Incluso en la esfera de la religión, los hombres no estaban encadenados como las mujeres. Ningún hombre, pensó, consentiría en la futilidad a la que ella ya estaba medio resignada; un hombre o arrancarían la salvación de los poderes celestiales o correría gloriosamente hacia el infierno. ¡Mynors... Mynors era un dios!

Recordó su resolución de hablar con su padre y con Agnes en el desayuno, y la confirmó estremeciéndose, pero con menos firmeza que antes. Entonces, un anuncio hecho por el señor Banks en la capilla la noche anterior se le presentó, como si lo escuchara por primera vez. Era el anuncio de una reunión de oración para los trabajadores del Avivamiento, que se celebraría esa mañana (sábado) a las siete en punto. Decidió instantáneamente ir a la reunión, y la decisión pareció darle una nueva esperanza. Quizás allí podría encontrar la paz. Con esa débil expectativa, se durmió de nuevo y no despertó hasta las seis y media, después de su hora habitual. Oyó ruidos en el patio; era su padre que iba hacia el jardín con una carretilla. Se vistió rápidamente, y cuando se había puesto el sombrero, despertó a Agnes.

—¿Vas a salir, Sis? —preguntó la niña adormilada, viendo su atuendo.

—Sí, cariño. Voy a la reunión de oración de las siete. Y tú tienes que preparar el desayuno. Puedes, ¿verdad?

La niña asintió, contenta con la oportunidad.

—Pero, ¿a qué vas a la reunión de oración?

Anna dudó. ¿Por qué no confesar? No.

—Debo ir —dijo finalmente en voz baja—. Volveré antes de las ocho.

—¿Lo sabe padre? —preguntó Agnes con aprensión.

—No, cariño.

Anna cerró la puerta rápidamente, bajó las escaleras en silencio, recorrió el pasillo y se deslizó a la calle como un ladrón.

Hombres y mujeres, niños y niñas, se dirigían al trabajo, con pasos apresurados y ruidosos, algunos masticando gruesos trozos de pan mientras caminaban, todos ensimismados, aparentemente malhumorados y no del todo despiertos. El polvo yacía espeso en las áridas cunetas y en montones sobre la acera; como el viento de la noche lo había soplado. El tráfico de vehículos no había comenzado, y las persianas todavía estaban bajadas; y aunque las aceras estaban concurridas, la calle tenía un aspecto desierto y desolado. Anna caminó apresuradamente por la calle, evitando las miradas de los que la miraban, pero escudriñando furtivamente los rostros de los que la ignoraban. Todos parecían insensibles, groseramente despreocupados de las verdades eternas. Al principio le pareció extraño que el potente avivamiento en la capilla wesleyana no hubiera producido ningún efecto en estas personas preocupadas. Bursley, entonces, continuaba su curso monótono y uniforme. Se preguntó si alguno de ellos adivinaría que iba a la reunión de oración y se burlaría secretamente de ella por ello.

Cuando subió Duck Bank, descubrió con sorpresa que las puertas de la capilla estaban cerradas a cal y canto, aunque pasaban diez minutos de las siete. ¿No iba a haber reunión de oración? Una momentánea sensación de alivio la atravesó, y luego vio que la verja del patio de la escuela estaba abierta. Debería haber sabido que las oraciones matutinas nunca se ofrecían en la capilla, sino en la sala de conferencias. Cruzó el cuadrángulo con el corazón palpitante, sintiendo ahora que se había embarcado en una empresa espantosa. La puerta de la sala de conferencias estaba entornada; la empujó

y entró. Al otro extremo de la sala se reunía un escaso puñado de fieles, y en la plataforma elevada estaba el señor Banks, insípido, superficial y fatigado. Anunció una estrofa y entonó la melodía, demasiado alta, pero los cantantes, con un efecto heroico, completaron la estrofa sin desafinar. El canto era débil y endeble, y el afán de una o dos voces parecía forzado, como con la determinación de sacar el mejor partido posible de la situación. Mynors no estaba presente, y Anna no sabía si lamentarlo o alegrarse. Reconoció que, salvo ella misma, todos los presentes eran viejos creyentes, guerreros probados del Señor. Solo había otra mujer, la señorita Sarah Vordrey, una solterona anciana que llevaba la casa de Titus Price y su hijo, y encontraba su única diversión en la variedad de sus experiencias religiosas. Antes de que terminara el himno, un joven se unió a la asamblea; era el joven que se había sentado cerca de Anna la noche anterior, una dicha extática e ingenua brillaba en su rostro. En su oración, el pastor llamó la atención de la Deidad sobre el hecho de que, aunque una veintena de almas se habían congregado en el primer servicio, los metodistas de Bursley no estaban ni mucho menos satisfechos. Querían más; querían todo Bursley; y no se contentarían con menos. Rogó que su arduo trabajo no fuera avergonzado ante el mundo por un éxito parcial. En conclusión, buscó la bendición de Dios sobre el avivador y pidió que este incansable entusiasta fuera guiado a administrar sus fuerzas: ante lo cual hubo un ferviente «Amén».

Varios hombres oraron y siguió una pausa, todos todavía arrodillados.

Entonces el pastor dijo en un tono de cortesía untuosa:

—¿Orará una hermana?

Siguió otra pausa.

—¿Hermana Tellwright?

Anna habría acogido la muerte y la condenación. Apretó las manos con fuerza y anheló que el momento interminable pasara. Finalmente, Sarah Vordrey tosió preliminarmente. La señorita Vordrey siempre estaba feliz de orar en voz alta, y sus invocaciones generalmente comenzaban con la misma frase: «Señor, te damos gracias porque este día nos encuentra con nuestros cuerpos fuera de la tumba y nuestras almas fuera del infierno».

Después, el pastor anunció otro himno, y tan pronto como comenzó el canto, Anna se escabulló. Una vez en el patio, suspiró aliviada. ¿Paz en la

reunión de oración? Era como salir de la cárcel. La paz estaba más lejos que nunca. Es más, se había olvidado por completo de su alma en las sensaciones de vergüenza e incomodidad. Solo había conseguido ponerse en ridículo, y quizás los piadosos, en sus mesas de desayuno, hablarían de ella y de su padre, y de su dinero, y de la extraña vida que llevaban.

¡Si tan solo Mynors hubiera estado presente!

Salió a la calle. Eran las ocho menos veinte según el reloj del ayuntamiento. El último tranvía de trabajadores de la mañana estaba a punto de salir de Bursley: estaba abarrotado por dentro y por fuera, y el cobrador colgaba inseguramente del estribo. A las puertas de la fábrica frente a la capilla, un hombre con una bata blanca fumaba plácidamente una pipa. Una reunión de oración era una cosa pequeña, una nimiedad en la inmensa y regular actividad de la ciudad: este pensamiento se le ocurrió necesariamente a Anna. Se apresuró a casa, preguntándose qué diría su padre sobre la inusual excursión de esa mañana. A un par de cientos de metros de casa vio, para su asombro, a Agnes saliendo por la puerta principal de la casa. La niña corrió rápidamente calle abajo, sin observar a Anna hasta que estuvieron cerca la una de la otra.

— ¡Oh, Anna! Olvidaste comprar el beicon ayer. No hay ni una pizca, y padre está terriblemente enfadado. Me ha dado seis peniques y voy a bajar a Leal's a comprar un poco lo más rápido que pueda.

Fue un mazazo para Anna, este percance aparentemente insignificante. Al entrar en la casa, sintió una lágrima en la mejilla. Se avergonzaba de llorar, pero lloró. Esto, después del fiasco de la reunión de oración, era el clímax de la desdicha; lo superaba y extinguía todo lo demás; su alma no era nada para ella ahora. Se quitó rápidamente el sombrero y corrió a la cocina. Agnes había puesto los cacharros del desayuno en la bandeja, listos para poner la mesa; el pan estaba cortado, el café dosificado en la jarra; el fuego ardía brillante y la tetera cantaba. Anna sacó el mantel del cajón de la alacena de roble y fue al salón a poner la mesa. El señor Tellwright estaba al final del jardín, rejuntando el muro, de espaldas a la casa. Con la mesa puesta, Anna observó que la habitación solo estaba parcialmente desempolvada: había un plumero en la repisa de la chimenea; lo agarró para terminar, y en ese momento el reloj de la cocina dio las ocho. Simultáneamente, el señor Tellwright dejó caer su paleta y se dirigió hacia la casa. Ella desempolvó

tozudamente una silla y luego, volviéndose cobarde, huyó escaleras arriba; la cocina le estaba vedada, ya que su padre entraría por la puerta de la cocina.

¡Había olvidado comprar beicon y el desayuno se retrasaría: era una calamidad única en su experiencia! Se quedó en la puerta de su dormitorio y esperó, vehementemente, el regreso de Agnes. Finalmente, la niña entró corriendo sin aliento; Anna voló a su encuentro. Con increíble velocidad, el beicon fue sacado de su envoltorio y Anna cogió el cuchillo. Al primer golpe se cortó, y Agnes tuvo que vendarle el dedo con un trapo. El reloj dio la media hora como una sentencia de muerte. Eran las nueve menos veinte, cuarenta minutos de retraso, cuando las dos muchachas entraron apresuradamente en el salón, Anna llevando el beicon y los platos calientes, Agnes el pan y el café. El señor Tellwright estaba sentado erguido y feroz en su silla, la imagen de la ofensa y la ira. En lugar de leer sus cartas, se había hartado de este inefable agravio. La comida comenzó en un silencio desolador. El terrible disgusto de la criatura masculina impregnaba toda la habitación como un éter, invisible pero que transmitía vibraciones al corazón. Luego, cuando hubo comido un trozo de beicon y cortado sus sobres, el avaro comenzó a vaciar parte de su ira en tonos tormentosos que podrían haber arrancado árboles. Anna debería sentirse completamente avergonzada. No podía imaginar en qué había estado pensando. ¿Por qué no le dijo que iba a la reunión de oración? ¿Por qué fue a la reunión de oración, desorganizando toda la casa? ¿Cómo se le ocurrió olvidar el beicon? Era una negligencia grave. ¡Un bonito ejemplo para su hermana pequeña! El hecho era que desde su cumpleaños se le habían subido los humos. Era descuidada y extravagante. Mirad qué grueso estaba cortado el beicon. No lo soportaría mucho más tiempo. Y su dedo todo rojo, y la sangre goteando en el mantel: ¡una bonita vista en una comida! Ve y véndatelo de nuevo.

Sin una palabra, salió de la habitación para obedecer. Por supuesto, no tenía defensa. Agnes, con las lágrimas cayendo, picoteaba su comida tímidamente como un pájaro, sin atreverse a moverse de su silla, ni siquiera para ayudar con el dedo.

—¿Qué dijo el señor Mynors? —inquirió Tellwright ferozmente cuando Anna volvió a la habitación.

—¿El señor Mynors? —murmuró ella, perpleja, pero presintiendo vagamente más problemas.

—¿Lo viste?

—Sí, padre.

—¿Le diste mi mensaje?

—Lo olvidé. —¡Dios del cielo! ¡Había olvidado el mensaje!

Con un gruñido devastador, el señor Tellwright salió de la habitación sin decir palabra. Las muchachas recogieron la mesa, intercambiando simpatía con una sola mirada muda. La única satisfacción de Anna era que, incluso si hubiera recordado el mensaje, no habría podido entregarlo.

Ephraim Tellwright permaneció en el salón principal hasta las diez y media, invisible pero sentido, como un dios enojado detrás de una nube. La conciencia de que estaba allí, implacable y peligroso, permaneció en la mente de las dos muchachas durante la mañana. A las diez y media abrió la puerta.

—¡Agnes! —ordenó, y Agnes corrió hacia él desde la cocina con la velocidad de la propiciación.

—Sí, padre.

—Lleva esta nota a casa de los Price, y no esperes respuesta.

—Sí, padre.

Regresó en veinte minutos. Anna estaba barriendo el vestíbulo.

—Si el señor Mynors llama mientras estoy fuera, tienes que decirle que espere —dijo el señor Tellwright a Agnes, ignorando deliberadamente la presencia de Anna. Luego, después de cepillar su sombrero verdoso en la manga, se fue hacia la ciudad a comprar carne y verduras. Siempre hacía él mismo las compras del sábado. En la carnicería y en el mercado cubierto de San Lucas era una figura familiar y temible. Entre los vendedores que atendían el mercado había una anciana vendedora de patatas, arrugada y robusta, del otro lado de Moorthorne: cada sábado el avaro la superaba en su regateo, y casi cada sábado ella le lanzaba con desdén la misma broma: «Vete a la oficina de correos, amo Terrick[1]: a lo mejor te dan sellos por

seis peniques por cinco peniques y medio». Rara vez dejaba de reírse a carcajadas de esto.

En el almuerzo, las muchachas pudieron percibir que la sombra de su disgusto se había levantado ligeramente, aunque mantenía un silencio ceñudo. Expertas en todos los síntomas de sus estados de ánimo, sabían que en pocas horas comenzaría a hablar de nuevo, primero en monosílabos y luego en frases cortas y sueltas. Una insinuación de alivio se difundió por la casa como un indicio de primavera en febrero.

Estos trastornos domésticos seguían siempre el mismo curso, y Anna había aprendido a sufrir las últimas etapas de ellos con calma e incluso con impasibilidad. Henry Mynors no había llamado. Supuso que su padre había esperado que llamara para recibir la respuesta que ella había olvidado darle, y tenía la esperanza de que viniera por la tarde: una vez más tenía la idea de que algo definido y satisfactorio podría resultar si tan solo pudiera verlo, que podría, por así decirlo, obtener inspiración de la mera visión de su rostro. Después del almuerzo, mientras las muchachas lavaban los platos en el fregadero, el agudo oído de Agnes captó el sonido de voces en el salón. Escucharon. Mynors había llegado. El señor Tellwright debía haberlo visto desde la ventana delantera y le había abierto la puerta antes de que pudiera llamar.

—Es él —dijo Agnes, emocionada.

—¿Quién? —preguntó Anna, cohibida.

—El señor Mynors, por supuesto —dijo la niña bruscamente, dejando bien claro que esta afectación no podía engañarla ni un solo instante.

—¡Anna! —Era la llamada del señor Tellwright, a través de la ventana del salón. Se secó las manos, se quitó el delantal y fue al salón, animada por mil temores y expectativas. ¿Por qué iba a ser incluida en la conversación?

Mynors se levantó a su entrada y la saludó con una deferencia conspicua, una deferencia que la hizo sentir avergonzada.

—¡Hum! —gruñó el anciano, pero obviamente estaba contento—. Le di a Anna un mensaje para usted ayer, señor Mynors, pero lo olvidó, como buena muchacha. Podría haberse ahorrado la molestia de llamar. Ahora que está aquí, tengo algo que decirle. Será el dinero de Anna el que irá a ese negocio suyo. No tengo nada a mano; de hecho, estoy casi sin un céntimo, pero ella

tendrá casi dos mil en un mes, y dice que entrará con usted por recomendación mía.

Este discurso fue evidentemente una completa sorpresa para Henry Mynors. Por un momento pareció desconcertado; luego su rostro expresó cándidamente un sentimiento de intenso placer.

—¿Sabe todo sobre este negocio entonces, señorita Tellwright?

Ella se sonrojó.

—Padre me ha contado algo al respecto.

—¿Y está dispuesta a ser mi socia?

—No, no dije eso —interrumpió Tellwright—. Será el dinero de Anna, pero a mi nombre.

—Ya veo —dijo Mynors gravemente—. Pero si es el dinero de la señorita Anna, ¿por qué no debería ser ella la socia? —Ofreció una de sus corteses sonrisas diplomáticas.

—Oh... pero... —comenzó Anna en señal de desaprobación.

Tellwright se rió.

—¡Vaya! —dijo—, ¿por qué no? Será una experiencia para la muchacha.

—Exactamente —dijo Mynors.

Anna permaneció en silencio, como una niña de la que se está hablando. Hubo una pausa.

—¿Le gustaría ese arreglo, señorita Tellwright?

—Oh, sí —dijo ella.

—Intentaré justificar su confianza. No necesito decir que creo que usted y su padre no tendrán motivos para decepcionarse. Dos mil libras son, por supuesto, solo una nimiedad para usted, pero es mucho para mí, y... y... —dudó. Anna no supuso que estaba demasiado conmovido por la visión de ella, y la situación, para continuar, pero ese era el hecho.

—Solo hay un punto, señor Mynors —dijo Tellwright sin rodeos—, y es el interés sobre el capital, que debe deducirse antes de calcular las ganancias. Debemos tener un seis por ciento.

—Pero creí que lo habíamos acordado en un cinco —dijo Mynors con repentina firmeza.

—Hemos acordado que usted tendrá un cinco sobre sus mil quinientas —replicó el avaro con imperturbable audacia—, pero nosotros debemos tener nuestro seis.

—Ciertamente creí que habíamos discutido eso a fondo y acordado que el interés sería el mismo por cada lado. —Mynors estaba alerta y a la defensiva.

—No, joven. Debemos tener nuestro seis. Estamos asumiendo un riesgo.

Mynors apretó los labios. Lo habían tomado en desventaja. El señor Tellwright, con una astucia sin escrúpulos, había utilizado el efecto de la presencia de su hija en Mynors para recuperar una posición de la que el hombre más joven lo había desbancado definitivamente unos días antes. Mynors estaba molesto, pero no dio señales de su molestia.

—Muy bien —dijo finalmente, con una sonrisa privada a Anna para indicar que era por consideración a ella que cedía.

El señor Tellwright no hizo ningún esfuerzo por ocultar su satisfacción. Él también sonrió a Anna, sardónicamente: el último vestigio de la irritación de la mañana se desvaneció en un resplandor de triunfo.

—Me temo que debo irme —dijo Mynors, mirando su reloj—. Hay un servicio en la capilla a las tres. Nuestro Avivador vino con la señora Sutton a ver la fábrica esta mañana, y le dije que estaría en el servicio. Así que debo ir. ¿Viene usted, señor Tellwright?

—No, muchacho. Soy lo suficientemente viejo para dejárselo a los jóvenes.

Anna forzó su coraje hasta el borde de la temeridad, movida por un rápido impulso.

—¿Puede esperar un minuto? —le dijo a Mynors—. Voy al servicio. Si vuelvo tarde, padre, Agnes se encargará del té. No me esperéis. —Lo miró directamente a la cara. Fue uno de los actos más valientes de su vida. Después del episodio del desayuno, sugerir un procedimiento que pudiera entrañar algún riesgo para otra comida era absolutamente heroico. Tellwright

apartó la mirada de su hija y miró a Mynors. Anna subió apresuradamente las escaleras.

—¿Quién es su abogado, señor Mynors? —preguntó Tellwright.

—Dane —dijo Mynors.

—Eso será conveniente. Dane también me hace mis pequeños asuntos. Lo veré y haré un trato con él para la escritura de sociedad. Siempre trabaja por contrato para mí. No tengo paciencia con los seis y ocho peniques.

Mynors asintió.

—Debe venir una tarde a ver la fábrica —le dijo a Anna mientras caminaban por Trafalgar Road hacia la capilla.

—Me gustaría —respondió Anna—. Nunca he estado en una fábrica en mi vida.

—¿No? Va a ser socia de la mejor fábrica de su tamaño en Bursley —dijo Mynors con entusiasmo.

—Me alegro de eso —sonrió ella—, porque creo que soy dueña de la peor.

—¿Qué... la de Price, quiere decir?

Ella asintió.

—¡Ah! —exclamó él, y pareció quedarse pensando—. No estaba seguro de si eso le pertenecía a usted o a su padre. Me temo que no es precisamente la mejor de las propiedades. Pero quizás sea mejor que no diga nada al respecto. Tuvimos una gran reunión anoche. Nuestro pequeño cornetista estuvo a la altura de su reputación, ¿no cree?

—Totalmente —dijo ella débilmente.

—¿Disfrutó de la reunión?

—No —soltó ella, consternada pero resuelta a ser honesta.

Hubo un silencio.

—Pero estuvo en la reunión de oración de esta mañana, según he oído.

Ella no dijo nada mientras daban una docena de pasos, y luego murmuró:

—Sí.

Sus miradas se encontraron por un segundo, la de ella llena de turbación.

—Quizás —dijo él finalmente—, quizás... disculpe que le diga esto... pero puede que esté esperando demasiado...

—¿Y bien? —lo animó ella, preparada ahora para terminar lo que se había comenzado.

—Quiero decir —dijo él, seriamente—, que yo... nosotros... no podemos prometerle ningún cambio repentino de sentimiento, ningún alivio y certeza repentinos, como experimentan algunas personas. Al menos, yo nunca lo tuve. Lo que se llama conversión puede ocurrir de varias maneras. Es una cuestión de vivir, de esfuerzo constante, con el ejemplo de Cristo siempre ante nosotros. No tiene por qué ser siempre una ruptura violenta, ya sabe, con el mundo. Quizás ha estado esperando demasiado —repitió, como si ofreciera un bálsamo con esa frase.

Ella le agradeció sinceramente, pero no con los labios, solo con el corazón. Le había revelado una vía de escape de una situación que parecía fatalmente cerrada por todos lados. Saltó ansiosamente hacia ella. Se dio cuenta de nuevo de lo espantoso que era el dilema del que ahora había una esperanza de escapar, y se sintió agradecida en consecuencia. Antes, no se había atrevido a enfrentar firmemente sus terrores. Se preguntó cómo incluso el disgusto de su padre o el proyecto de la sociedad habían podido desviarla de la difícil situación de su alma. Dejando firmemente atrás estas cosas mundanas, concentró las actividades de su cerebro en esa idea de vivir como Cristo, día a día, hora a hora, de una aspiración gradual hacia Cristo y, por lo tanto, una llegada final al estado de salvación. Esto creía que podría lograrlo; esto le daba la oportunidad de un esfuerzo inmediato, prescindiendo de la necesidad de una metamorfosis espiritual violenta e imposible. No volvieron a hablar hasta que llegaron a las puertas de la capilla, cuando Mynors, que tenía que entrar al coro por detrás, le dio un tranquilo adiós. Anna disfrutó del servicio, que transcurrió sin problemas y sin incidentes. En un Avivamiento, la noche es el tiempo del éxtasis, el fervor y la salvación; por la tarde, uno debe contentarse con la alabanza y la oración preparatorias.

Esa noche, mientras padre e hijas estaban sentados en el salón después de la cena, sonó el timbre. Agnes corrió a abrir y se encontró con Willie Price. Había empezado a llover, y el visitante, con el cuello de la chaqueta levantado, estaba mojado y desaliñado. Agnes lo dejó en el felpudo y volvió corriendo al salón.

—El joven señor Price quiere verle, padre.

Tellwright le hizo un gesto para que cerrara la puerta.

—Será mejor que lo veas tú, Anna —dijo—. No es asunto mío.

—Pero, ¿a qué ha venido, padre?

—A esa nota que envié esta mañana. Le dije al viejo Titus que debía pagarnos veinte libras el lunes por la mañana sin falta, o embargaríamos. Los que pueden pagar diez libras, especialmente en billetes de banco, pueden pagar veinte y treinta.

—¿Y si dice que no puede?

—Dile que debe hacerlo. Lo he calculado y he cambiado de opinión sobre esa fábrica. El viejo Titus aún no está acabado, aunque va por ese camino. Podemos sacarle otras cincuenta; eso solo dejará seis meses de alquiler pendientes; luego podemos echarlo. Irá a la quiebra; podemos reclamar nuestro alquiler antes que los otros acreedores, y tendremos cien o ciento veinte a mano para arreglar un poco el viejo lugar para un nuevo inquilino.

—¿Hacerlo quebrar, padre? —exclamó Anna. Era la única parte del ingenioso plan que había entendido.

—¡Sí! —dijo él lacónicamente.

—Pero... —(¿Habría Cristo llevado a Titus Price a la quiebra?)

—Si paga, bien está.

—¿No sería mejor que viera usted al señor William, padre?

—¿De quién es la propiedad, mía o tuya? —gruñó Tellwright. Su buen humor todavía era precario, inseguramente restablecido, y Anna salió obedientemente de la habitación. Después de todo, se dijo a sí misma, una deuda es una deuda, y la gente honesta paga lo que debe.

Fue en un tono poco complaciente que Anna invitó a Willie Price al salón principal: el nerviosismo siempre la hacía parecer dura y, además, no tenía el truco de ocultar la firmeza bajo la suavidad.

—¿Quiere pasar por aquí, señor Price?

—Sí —dijo él con una obsequiosidad ansiosa y complaciente. Caía el anochecer, y la habitación estaba en sombras. Se olvidó de invitarlo a sentarse, así que ambos permanecieron de pie durante la entrevista.

—Qué gran reunión tuvimos anoche —comenzó él, retorciendo su sombrero—. La vi allí, señorita Tellwright.

—Sí.

—Sí. Hubo una espléndida asistencia de maestros. Quería estar en la reunión de oración de esta mañana, pero no pude escaparme. ¿Fue usted, por casualidad, señorita Tellwright?

Vio que él sabía que ella había estado presente, y le dio otro seco monosílabo. Le habría gustado ser amable con él, tranquilizarlo, hacerlo sentir feliz y cómodo, tan ridículos y conmovedores eran sus esfuerzos por lograr una urbanidad social que lo apaciguara; pero, tanto como él, ella era inexperta en las sutiles artes de la conversación.

—Sí —continuó él—, y estaba ansioso por estar en la reunión de esta noche, pero el papá me pidió que viniera aquí. Dijo que era mejor. —Ese término, «el papá», pronunciado con la voz lenta y arrastrada de William, pareció mostrar a Titus Price bajo una nueva luz para Anna, como una criatura humana amada, no como un mero organismo físico grosero: el efecto fue bastante sorprendente. William continuó—: ¿Puedo ver a su padre, señorita Tellwright?

—¿Es por el alquiler?

—Sí —dijo.

—Bueno, si quiere decirme...

—¡Oh! Disculpe —dijo rápidamente—. Por supuesto, sé que es su propiedad, pero pensé que el señor Tellwright siempre se ocupaba de ella por usted. Fue él quien escribió esa carta esta mañana, ¿no es así?

—Sí —respondió Anna. No explicó la situación.

—¿Insisten en otras veinte libras el lunes?

—Sí —dijo ella.

—Pagamos diez el lunes pasado.

—Pero todavía se deben más de cien.

—Lo sé, pero... oh, señorita Tellwright, no debe ser dura con nosotros. El negocio va mal.

—Dice en el «Signal» que el negocio está mejorando —interrumpió ella bruscamente.

—¿Ah, sí? —dijo él—. Pero mire los precios; están tan rebajados que no queda beneficio. Le aseguro, señorita Tellwright, que mi padre y yo estamos luchando mucho. Todo está en nuestra contra, y la fábrica en particular, como usted sabe.

Su tono era tan serio, tan patético, que las lágrimas de compasión casi asomaron a sus ojos mientras miraba aquellos sencillos e ingenuos ojos azules suyos. Su figura larguirucha y su ropa mal ajustada, su débil sonrisa suplicante, los movimientos nerviosos de sus largas manos rojas, todo contribuía al efecto de su indefensión. Pensó en la prueba: «Bienaventurados los mansos», y vio en un instante la profunda verdad de ella. Aquí estaban ella y su padre, ricos, poderosos, autocráticos; y allí estaban Willie Price y su padre, liebres comerciales cazadas por jaurías de acreedores, liebres que se volvían en suplicante llamada a esas fauces codiciosas pidiendo misericordia. Y sin embargo, ella, un sabueso, envidiaba en ese momento a las liebres. Bienaventurados los mansos, bienaventurados los fracasados, bienaventurados los estúpidos, porque ellos, sin saberlo, tienen una gracia que se les niega a los soberbios, a los exitosos y a los sabios. La misma repulsión del viejo Titus, sus métodos solapados, sus insinceridades, solo servían para aumentar su simpatía por la pareja. ¿Cómo podía Titus evitar ser él mismo más de lo que Henry Mynors podía evitar ser él mismo? Y esa idea la llevó a pensar en la futura sociedad, destinada por todas las señales favorables a un éxito brillante, y a contrastarla con la empresa innoble y desamparada de Edward Street.

Intentó descubrir algún método para calmar los temores del joven, para ser considerada con él sin perjudicar el plan de su padre.

—Si paga lo que debe —dijo—, lo gastaremos todo, cada céntimo, en mejorar la fábrica.

—Señorita Tellwright —respondió él con énfasis fatal—, no podemos pagar.

¡Ah! Deseaba seguir a Cristo día a día, hora a hora, esforzarse constantemente por la santidad. ¿Qué debía hacer ahora? Dejada a su suerte, podría haber dicho en un arrebató de generosidad impulsiva: «Le perdono todos los atrasos. Empiece de nuevo». Pero había que contar con su padre...

—¿Cuánto cree que puede pagar el lunes? —preguntó fríamente.

En ese momento, su padre entró en la habitación. Su primer acto fue encender el gas. Los ojos de Willie Price parpadearon ante el resplandor, como si temblara ante el decreto anticipado de este anciano implacable. El corazón de Anna latía con aprensión simpática. Tellwright estrechó la mano sombríamente al joven, quien repitió apresuradamente lo que le había dicho a Anna.

—La cosa es así —comenzó el anciano con tono definitivo, y se detuvo. Anna captó una mirada de él que la despedía. Salió en silencio. El lunes, Titus Price pagó otras veinte libras.

[1] Terrick: una deformación de Tellwright.

CAPÍTULO VII: LA REUNIÓN DE COSTURA

Una tarde, diez días después, el cochero del señor Sutton, de nombre Barrett, llegó a la puerta trasera de Ephraim Tellwright con una nota. Los Tellwright estaban tomando el té. La nota se veía en su enorme mano, y Agnes salió.

—Una respuesta, si me hace el favor, señorita —le dijo, tocándose el sombrero y dando un tirón al cinturón de cuero que, rodeándole la cintura, parecía lo único que mantenía unido su cuerpo. Agnes, muy impresionada, tomó la nota. Nunca antes había visto a aquel resplandeciente autómeta separado del carruaje que dirigía. Siempre después, Barrett la saludaba formalmente en las calles, proporcionándole así, cada vez, un emocionante momento de deliciosa alegría.

—Una carta, y hay que responder, y está esperando —gritó, entrando corriendo en el salón.

—¡Menos jaleo! —dijo su padre—. Toma, dámela.

—Es para la señorita Tellwright... esa es Anna, ¿no? ¡Oh! ¡Perfume! —Se llevó el sobre gris a la nariz como si fuera una flor.

Anna, secretamente tan emocionada como su hermana, abrió la nota y leyó: «Lansdowne House, miércoles. Querida señorita Tellwright: Mamá ofrece el té a la Reunión de Costura de la Escuela Dominical aquí mañana. ¿Nos concederá el placer de su compañía? No creo que haya asistido aún a

ninguna de las reuniones de la R.C.E.D., pero todas estaríamos encantadas de verla y contar con su ayuda. Todo el mundo está trabajando muy duro para el Bazar de Otoño, y mamá se ha propuesto que el puesto de la Escuela Dominical sea el mejor. Venga, por favor, ¿sí? Disculpe este breve aviso. Atentamente, BEATRICE SUTTON. P.D.: Empezamos a las 3:30».

— Quieren que vaya a su reunión de costura mañana — exclamó tímidamente a su padre, deslizando la nota hacia él sobre la mesa—. ¿Tengo que ir, padre?

— ¿Por qué me preguntas a mí? Haz lo que quieras. Yo no tengo nada que ver.

— No quiero ir...

— ¡Oh, Sis, sí que tienes que ir! — suplicó Agnes.

— Quizás sea mejor que vaya — asintió ella, pero con los recelos de la timidez—. No tengo ni un trapo que ponerme. Realmente necesito un vestido nuevo, padre, ahora mismo.

— ¿Has olvidado que ese cochero está esperando? — observó él bruscamente.

— ¿Corro y le digo que irás? — sugirió Agnes—. Será espléndido para ti.

— No seas tonta, cariño. Debo escribir.

— Bueno, escribe entonces — dijo la niña enérgicamente—. Te traeré la tinta y el papel. — Revoloteó y se cernió sobre Anna mientras escribía la respuesta a la invitación. Anna hizo su respuesta lo más corta y sencilla posible, y luego se la presentó a su padre para su inspección.

— ¿Servirá esto?

Él fingió indiferencia, pero en realidad estaba algo interesado.

— Has olvidado poner la fecha — fue todo su comentario, y le devolvió la nota.

— He puesto miércoles.

— Esa no es la fecha.

— ¿Importa? Beatrice Sutton solo pone miércoles.

Su respuesta fue salir de la habitación.

—¿Está enfadado? —preguntó Agnes ansiosamente. Había habido una semana entera de amabilidad casi perfecta.

Al día siguiente, a las tres y media, Anna, habiéndose puesto su mejor ropa, estaba lista para salir. Apenas había visto nada de la vida social, y la perspectiva de participar en esta recepción de los Sutton la llenaba de trepidación. ¿Debía llegar temprano, en cuyo caso tendría que hablar más, o tarde, en cuyo caso tendría que pasar por la prueba de entrar en una habitación abarrotada? No podía decidirse. Entró en el dormitorio de su padre, cuya ventana daba a Trafalgar Road, y vio desde detrás de una cortina que pequeños grupos de damas subían continuamente por la calle para desaparecer en la casa del concejal Sutton. Reconoció a la mayoría de las mujeres; a otras las conocía solo vagamente de vista. Luego, el torrente cesó, y de repente oyó el reloj de la cocina dar las cuatro. Bajó corriendo — Agnes, henchida de importancia, llevaba el té de su padre al salón — y salió apresuradamente por la puerta trasera. Un momento después estaba en la puerta principal de los Sutton. Una criada de alpaca negra, con puños blancos, cofia, cintas y delantal bordado (cada artículo un dernier cri de la gran tienda de Bostock en Hanbridge), le pidió en un tono apagado y respetuoso que entrara. Exteriormente no había habido ninguna señal de lo inusual, pero una vez dentro de la casa, Anna la encontró como una colmena zumbante de actividad. Mujeres cargadas con telas e implementos cruzaban el vestíbulo colgado de cuadros, sus pasos silenciosos sobre las gruesas alfombras que yacían en rica confusión. A cada lado había una puerta abierta, y de cada puerta llegaba el sonido de muchas voces ansiosas. Más allá de estas puertas, una ancha escalera se elevaba majestuosamente hacia alturas invisibles, cerrando la vista del vestíbulo. Mientras la criada preguntaba el nombre de Anna, Beatrice Sutton, radiante y espléndida, salió corriendo de la habitación de la izquierda, el comedor, y, tomándola de ambas manos, la besó.

—Querida, pensábamos que nunca vendrías. Están todas aquí, excepto los hombres, por supuesto. Sube y quítate las cosas. Me alegro mucho de que hayas cumplido tu promesa.

—¿Pensabas que la rompería? —dijo Anna, mientras subían la suave pendiente de las escaleras.

—Oh, no, querida. Pero eres un pajarillo tan tímido.

La concepción de sí misma como un pajarillo tímido divirtió a Anna. Por una curiosa cadena de ideas, se preguntó quién podría limpiar mejor esas escaleras, si ella o esta mariposa alegre y revoloteante con un vestido de té verde pálido. Beatrice la condujo a un gran dormitorio, atiborrado de muebles y chucherías. Había tres espejos en esta espaciosa estancia: uno en el armario, un espejo de cuerpo entero y un tercero sobre la repisa de la chimenea; el marco de este último estaba bordeado de fotografías.

—Esta es mi habitación —dijo Beatrice—. ¿Quieres poner tus cosas en la cama? —La cama ya estaba cargada de sombreros, gorros, chaquetas y abrigos.

—Espero que tu madre no me dé nada complicado que hacer —dijo Anna—. No soy buena para nada excepto para la costura sencilla.

—Oh, no te preocupes —respondió Beatrice despreocupadamente—. Todo es costura sencilla. —Sacó una caja de cartón del bolsillo y se la ofreció a Anna—. Toma, coge uno. —Eran bombones de chocolate.

—Gracias —dijo Anna, tomando uno—. ¿No son muy caros? Nunca había visto unos como estos.

—¡Oh! Normales. Cuatro chelines la libra. Papá me los compra: simplemente me encantan. Me encanta comerlos en la cama, si no puedo dormir. —Beatrice hizo estas afirmaciones con la boca llena—. ¿No adoras los bombones? —añadió.

—No sé —respondió Anna débilmente—. Sí, me gustan. —Solo adoraba a su hermana, y quizás a Dios; y esta era la primera vez que probaba el chocolate.

—No podría vivir sin ellos —dijo Beatrice—. Tu pelo es precioso. Nunca vi un castaño así. ¿Qué loción usas?

—¿Loción? —repitió Anna.

—Sí, ¿no te pones nada?

—No, nunca.

—¡Bueno! Ten cuidado de no perderlo, eso es todo. Ahora, ¿quieres venir a echar un vistazo a mi estudio, donde pinto, ya sabes? Me gustaría que lo

vieras antes de bajar.

Se dirigieron a una pequeña habitación en el segundo piso, con un techo inclinado y una ventana abuhardillada.

—Me veo obligada a tener esta habitación —explicó Beatrice—, porque es la única en la casa con luz del norte, y por supuesto no puedes prescindir de eso. ¿Qué te parece?

Anna dijo que le gustaba mucho.

Las paredes de la habitación estaban cubiertas con varias cortinas extrañas de diseño oriental. Sujetas de alguna manera a estas cortinas, algunos platos de colores, trozos de peltre y unos pocos abanicos colgaban en lo alto en una suspensión aparentemente precaria. Más abajo en las paredes había cuadros y bocetos, la mayoría sin enmarcar, de flores, peces, hogazas de pan, candelabros, jarras, naranjas y bandejas de té. En un inmenso caballete en medio de la habitación había un retrato inacabado de un hombre.

—¿Quién es? —preguntó Anna, ignorante de esas reglas de cautela que observa el visitante experimentado de estudios.

—¿No lo sabes? —exclamó Beatrice, sorprendida—. Es papá; estoy haciendo su retrato; se sienta en esa silla de ahí. El tonto del maestro de la escuela no me deja dibujar del natural todavía —me mantiene con lo antiguo—, así que me dije que estudiaría el modelo vivo en casa. Me lo tomo muy en serio, ¿sabes? De verdad. Mamá dice que trabajo demasiado tiempo aquí arriba.

Anna no pudo percibir que el cuadro tuviera ningún parecido con el concejal Sutton, excepto en lo que respecta a la toga de concejal, que ahora podía distinguir bajo el cuello del retrato. Los estudios de las paredes le gustaron mucho más. Su realismo la asombró. Se podía distinguir no solo que aquí, por ejemplo, había un pez —no había duda de que era un fletán—; la sólida redondez de las naranjas y el brillo de las bandejas de té parecían milagrosamente logrados.

—¿Realmente has hecho todo esto? —preguntó, con genuina admiración—. Creo que son espléndidos.

—Oh, sí, todos son míos; son solo estudios de naturaleza muerta —dijo Beatrice despectivamente de ellos, pero no obstante se sintió halagada.

— Ahora veo que es el señor Sutton — dijo Anna, señalando el cuadro del caballete.

— Sí, es papá, desde luego. Pero seguro que te estoy aburriendo. Bajemos ya, o quizás nos la ganemos con mamá.

Cuando Anna, a la zaga de Beatrice, entró en el salón, una docena o más de mujeres la miraron con viva curiosidad, y el flujo uniforme de la conversación cesó por un momento, para reanudarse inmediatamente. En el centro de la habitación, de espaldas a la chimenea, la señora Sutton estaba sentada a una mesa cuadrada, cortando tela. Aunque la tarde era cálida, llevaba un chal de lana blanca sobre los hombros; por lo demás, iba vestida de seda negra lisa, con un gran delantal de tela que contenía un bolsillo para tijeras y tiza. Se levantó de un salto con la actividad de la que Beatrice había heredado una parte, y saludó a Anna, besándola efusivamente.

— ¿Cómo estás, querida? Me alegro mucho de que hayas venido. — Las frases manidas salían de sus delgados y nerviosos labios llenas de una bienvenida sincera y amable. Su rostro arrugado se abrió en una sonrisa cálida y vivificante —. Beatrice, busca una silla para la señorita Anna. — Había dos sillas en el mirador, y una de ellas estaba ocupada por la señorita Dickinson, a quien Anna conocía ligeramente. La otra, al estar vacía, fue asignada a la recién llegada.

— Ahora querrás algo que hacer, supongo — dijo Beatrice.

— Por favor.

— Madre, dale a la señorita Tellwright algo con lo que ponerse manos a la obra enseguida. Tiene mucho tiempo que recuperar.

La señora Sutton, que se había vuelto a sentar, sonrió a Anna desde el otro lado.

— A ver, ¿qué podemos darle?

— Hay varios de esos camiones de niño listos para hilvanar — dijo la señorita Dickinson, que estaba cosiendo un camisón de niño —. Aquí hay uno a medio terminar — y recogió una prenda incipiente del suelo —. Quizás a la señorita Tellwright no le importaría terminarlo.

— Sí, haré lo que pueda — dijo Anna.

La chica despistada había llegado a la reunión de costura sin agujas, dedal ni tijeras, pero una dama u otra suplieron estas deficiencias, y pronto estaba trabajando. Cosió lo mejor y más fuerte que pudo, con la cabeza inclinada y toda su atención concentrada en la tarea. La mayoría de las demás parecían estar haciendo lo mismo, aunque no en detrimento de la conversación. Beatrice se dejó caer en un taburete cerca de su madre y, enhebrando una aguja con seda de colores, tomó un largo trozo de un bordado elaborado.

Los temas generales de conversación eran el Avivamiento, ya terminado, con un soberbio récord de setenta almas salvadas, la fiesta escolar que pronto tendría lugar, las vacaciones de verano, las modas y el cambio de pastores que se produciría en agosto. Las conversadoras eran las esposas e hijas de comerciantes y pequeños fabricantes, junto con algunas muchachas de un estatus algo inferior, empleadas en tiendas: era por el bien de estas últimas que la reunión de costura siempre se fijaba para el medio día festivo semanal. El esplendor del salón de la señora Sutton era un poco deslumbrante para la mayoría de las invitadas, y la propia señora Sutton parecía apenas encajar en él. El hecho era que el lujo de la morada se debía principalmente a la incapacidad del concejal Sutton para negarle nada a su hija, cuyos gustos se inclinaban por ricas cortinas, sillas grandes o pintorescas, mesas auxiliares, biombos enanos, espejos pintados a mano y una opulencia de cachivaches. La mano de Beatrice se percibía por todas partes, incluso en la posición del piano, cuya parte trasera, adornada con sedas y fotografías descuidadamente arrojadas, estaba vuelta hacia la pared. Los cuadros de las paredes habían sido adquiridos gradualmente por el señor Sutton en subastas: se sostenía comúnmente que tenía un excelente gusto para los cuadros, y que la aptitud de su hija para las artes provenía de él, y no de su madre. El reloj dorado y las guarniciones de la repisa de la chimenea también eran peculiarmente del señor Sutton, habiéndole sido presentados públicamente por los directores de una sociedad de construcción local de la que había sido presidente durante muchos años.

Menos intimidada por todo este lujo sin parangón de lo que la tranquilizaba la atmósfera de esfuerzo combinado y hogareño, la humildad de varias de sus compañeras y el rostro amable y sencillo de la señora Sutton, Anna comenzó rápidamente a sentirse a gusto. Hizo una pausa en su trabajo y, mirando a su alrededor, se encontró con la mirada de la señorita Dickinson,

quien le hizo un comentario sobre el tiempo. La señorita Dickinson era la jefa de dependientas de una mercería en la plaza de San Lucas y un pilar de la escuela dominical, que domingo tras domingo y año tras año la había visto evolucionar de una muchacha de mejillas sonrosadas a una solterona confirmada de rostro amarillento y verrugoso. La señorita Dickinson mantenía a su madre y era un modelo para su sexo. Era adorable, pero nunca había sido amada. Habría sido una esposa y madre admirable, pero el destino había decidido que este material se desperdiciara. La señorita Dickinson encontraba compensación al rigor del destino en el chismorreo, tan inocente como indiscreto. Se decía que tenía una lengua afilada.

—He oído —dijo la señorita Dickinson, bajando su voz de contralto a un tono confidencial— que va a asociarse con el señor Mynors, señorita Tellwright.

La brusquedad del ataque tomó a Anna por sorpresa. Su primer impulso defensivo fue negar audazmente la afirmación, o al menos decir que era prematura. Hacía quince días, en circunstancias similares, no habría dudado en hacerlo. Pero durante más de una semana, Anna había estado «llevando una nueva vida», lo que significaba principalmente una evitación meticulosa de los pecados del habla. Nunca desviarse de la verdad, nunca pronunciar una palabra descortés o irreflexiva, bajo ninguna provocación: estas eran dos de sus reglas autoimpuestas.

—Sí —respondió a la señorita Dickinson—, así es.

—Es algo novedoso, ¿no? —sonrió amablemente la señorita Dickinson.

—No lo sé —dijo Anna—. Es solo un acuerdo de negocios; mi padre lo arregló. En realidad, no tengo nada que ver, y no tenía idea de que la gente estuviera hablando de ello.

—¡Oh! Por supuesto, yo nunca diría una sílaba —dijo la señorita Dickinson con énfasis—. Tengo por costumbre no hablar nunca de los asuntos de los demás. Siempre me parece lo mejor, ¿no cree? Pero resultó que lo oí mencionar en la tienda.

—Es muy curioso cómo se corren las voces, ¿verdad? —dijo Anna.

—Sí, desde luego —convino la señorita Dickinson—. El señor Mynors no ha venido a nuestras reuniones de costura desde hace bastante tiempo, pero supongo que hoy aparecerá.

Anna reflexionó.

—¿Es esta una especie de reunión especial, entonces?

—Oh, en absoluto. Pero todas dijimos hace un rato, mientras estabas arriba, que seguro que vendría. —Los rasgos de la señorita Dickinson, expertos en la insinuación, transmitían aquello que era demasiado delicado para ser expresado. Anna no dijo nada.

—Lo ve usted mucho por su casa, ¿no? —continuó la señorita Dickinson.

—Viene a veces a ver a mi padre por negocios —replicó Anna bruscamente, rompiendo una de sus reglas.

—¡Oh! Por supuesto que me refería a eso. No habrá supuesto que me refería a otra cosa, ¿verdad? —La señorita Dickinson sonrió agradablemente. Tenía treinta y cinco años. Veinte de esos años los había pasado en una rutina desoladora; había existido en medio de la vida y nunca había vivido; no conocía mayor alegría que la que experimentaba en ese momento.

De nuevo Anna no ofreció respuesta. La puerta se abrió, y todos los ojos se centraron en la majestuosa señora Clayton Vernon, quien, con la señora Banks, la esposa del pastor, estaba a cargo de la otra mitad del grupo de costura en el comedor. La señora Clayton Vernon tenía proporciones heroicas, una nariz que todos admitían como aristocrática, un tacto exquisito y la tranquila conciencia de su superioridad social. En Bursley era una gran dama: sus instintos eran los de una gran dama; y habría sido una gran dama sin importar a qué esfera la hubiera llamado su Dios. Tenía abundante cabello blanco y llevaba un vestido de seda púrpura con flores, de gusto antiguo.

—Beatrice, querida —comenzó—, nos has abandonado.

—¿Lo he hecho, señora Vernon? —respondió la joven con involuntaria deferencia—. Justo iba a entrar.

—Bueno, he sido enviada como una delegación de la otra habitación para pedirte que cantes algo.

—Estoy muy ocupada, señora Vernon. Nunca terminaré este tapete de chimenea a tiempo.

—Todas trabajaremos mejor con un poco de música —instó la señora Clayton Vernon—. Tu voz es un don precioso y debe usarse en beneficio de todos. Te lo suplicamos, querida niña.

Beatrice se levantó del taburete y dejó caer su bordado.

—Gracias —dijo la señora Clayton Vernon—. Si ambas puertas se dejan abiertas, oiremos bien.

—¿Qué le gustaría? —preguntó Beatrice.

—Una vez te oí cantar «Nazaret» y nunca lo olvidaré. Canta esa. Nos hará bien a todas.

La señora Clayton Vernon partió con el gran movimiento de una carraca, y Beatrice se sentó al piano y se quitó las pulseras.

—El acompañamiento es simplemente espantoso hacia el final —dijo, mirando a Anna con una mueca—. Disculpad los errores.

Durante la canción, la señora Sutton le hizo señas con el dedo a Anna para que viniera y ocupara el taburete desocupado por Beatrice. Contenta de dejar la vecindad de la señorita Dickinson, Anna obedeció, cruzando de puntillas el espacio intermedio.

—Pensé que me gustaría tenerte cerca, querida —susurró maternalmente. Cuando Beatrice hubo cantado la canción y ejecutado de alguna manera aquel acompañamiento que ha aterrorizado a multitudes enteras de pianistas de salón, hubo un gran aplauso de ambas habitaciones. La señora Sutton se inclinó y susurró al oído de Anna:

—Su voz ha sido muy bien entrenada, ¿no es así?

—Sí, mucho —respondió Anna. Pero, aunque «Nazaret» le había parecido maravillosa, no la había entendido ni disfrutado. Intentó que le gustara, pero el efecto en ella fue más extraño que agradable.

Poco después de las cinco y media sonó el gong para el té, y las damas, invitadas por la señora Sutton, se congregaron unánimemente en el vestíbulo y hacia una habitación en la parte trasera de la casa. Beatrice se acercó y tomó a Anna del brazo. Mientras cruzaban el vestíbulo, sonó un timbre en la puerta.

— Ahí está papá... y el señor Banks también — exclamó Beatrice, abriéndoles. Todos en las cercanías, animados de repente por esta aparición del sexo masculino, se volvieron con sonrisas de bienvenida.

— Un saludo a todas — eyaculó el pastor con una suavidad formal mientras se quitaba su sombrero bajo. El concejal irradió una buena voluntad algo distraída sobre toda la compañía y dijo:

— ¡Bueno! Veo que llegamos justo a tiempo para el té. — Luego besó a su hija, y ella aceptó de él su sombrero y su bastón—. La señorita Tellwright, papá — dijo Beatrice, haciendo avanzar a Anna; él le estrechó la mano efusivamente, saliendo por un momento del sueño benévolo en el que parecía existir habitualmente.

Ese aire de estar absorto en alguna visión interior, común en hombres muy ancianos, probablemente no significaba nada en el caso de William Sutton: era una pose habitual en la que quizás había caído inconscientemente. Pero la gente lo relacionaba con sus humildes aficiones arqueológicas, geológicas y zoológicas, que habían surgido de su membresía en el Club de Campo de las Cinco Villas, y que la mayoría de sus conocidos consideraban con un amable desdén secreto. En una fiesta escolar, celebrada en un popular lugar de recreo rural, había llevado a algunos de los maestros a una cueva y, señalando la formación ondulada de su techo, les había dicho que este peculiar fenómeno había sido causado en realidad por las olas del mar. El descubrimiento, bastante válido y perfectamente corroborado por una investigación de los niveles, era extremadamente meritorio para el geólogo aficionado, pero perjudicó seriamente su reputación entre la comunidad wesleyana como hombre de mundo astuto. Pocos creyeron la afirmación, o siquiera intentaron creerla, y casi todos a partir de entonces lo consideraron un hombre al que había que seguirle la corriente en sus inofensivas alucinaciones y curiosidades inexplicables. Por otro lado, la colección de puntas de flecha, cerámica romana, fósiles y huevos de ave que había donado al Museo de la Institución Wedgwood siempre era vista con orgullo municipal.

El salón de té se abría por una gran puerta francesa a un invernadero, y una mesa estaba dispuesta a lo largo de toda la habitación y del invernadero. El señor Sutton se sentó en un extremo y el pastor en el otro, pero ni la señora Sutton ni Beatrice ocuparon un lugar distinguido. La antigua y torpe costumbre de tener las urnas de té en la propia mesa había sido abolida por

Beatrice, que había leído en un periódico que ahora nunca se trincha en la mesa, sino que lo hace una doncella pulcramente vestida en el aparador. En consecuencia, las urnas de té fueron exiliadas al aparador, y el té servido por un par de criadas. Así, como Beatrice había explicado a su madre, la anfitriona quedaba libre para dedicarse a las artes sociales. La mesa estaba ricamente dispuesta con panes y pasteles de fantasía, mermeladas de la célebre conserva de la señora Sutton, diversos sándwiches preparados por Beatrice y uno o dos grandes ejemplos del famoso pastel de cerdo de Bursley. A pesar de lo numerosa que era la compañía, varias sillas quedaron vacías después de que todos se sentaron. Anna se encontró de nuevo junto a la señorita Dickinson, y a cinco puestos del pastor, en el invernadero. Beatrice y su madre estaban más arriba, en la habitación. Se cantó una oración de gracias, a petición de la señora Sutton. Al principio, reinó el silencio entre los invitados, y las preguntas de las criadas sobre la leche y el azúcar eran casi dolorosamente audibles. Entonces el señor Banks, mirando hacia la larga perspectiva de la mesa y fingiendo divisar algún objeto en la distancia, exclamó:

—Digno anfitrión, no dudo de que está ahí, pero solo puedo verlo con los ojos de la fe.

Ante esto, todos rieron y se estableció una naturalidad desenvuelta. El pastor y la señora Clayton Vernon, que se sentaba a su derecha, intercambiaron bromas sobre los méritos y deméritos de los pasteles de cerdo, y sus vecinos formaron una audiencia apreciativa. Entonces sonó un agudo timbre en la puerta principal, y una de las criadas salió.

—¿No te lo dije? —susurró la señorita Dickinson a Anna.

—¿El qué? —preguntó Anna.

—Que vendría hoy... el señor Mynors, quiero decir.

—¿Quién podrá ser? —se oyó la voz de la señora Sutton desde la habitación.

—Me atrevo a decir que es Henry, madre —respondió Beatrice.

Mynors entró, alegre y sereno, con una rosa blanca en el abrigo: estrechó la mano del señor y la señora Sutton, envió un saludo por la mesa al señor Banks y a la señora Clayton Vernon, y ofreció una disculpa general por llegar tarde.

—Siéntate aquí —le dijo Beatrice bruscamente, indicando una silla entre la señora Banks y ella—. La señora Banks tiene algo que decirte sobre el canto de ese himno del domingo pasado.

Mynors hizo una réplica entre risas, y las voces bajaron tanto que Anna no pudo entender lo que se decía.

—Ese es un vestido nuevo que lleva la señorita Sutton hoy —comentó la señorita Dickinson en voz baja.

—Parece nuevo —convino Anna.

—¿Te gusta?

—Sí. ¿A ti no?

—¡Hum! Sí. Se lo hicieron en Brunt's, en Hanbridge. Ahora está muy de moda ir allí —dijo la señorita Dickinson, y añadió, casi inaudiblemente—: Se lo ha puesto por el señor Mynors. Ya viste cómo le guardó esa silla.

Anna no respondió.

—¿Sabías que una vez estuvieron prometidos? —reanudó la señorita Dickinson.

—No —dijo Anna.

—Al menos, la gente lo decía. Estaba por toda la ciudad... ¡oh!, déjame ver, hace tres años.

—No lo había oído —dijo Anna.

Durante el resto de la comida, dijo poco. En algunas naturalezas, los chismes de la señorita Dickinson tenían el efecto de llevarlas al silencio. Anna no había visto a Mynors desde el domingo anterior, y ahora, aparentemente, él no la percibía. Hablaba alegremente con Beatrice y la señora Banks: ese grupo era un centro de animación. Anna envidiaba su desenvoltura, su flujo suave y chispeante de conversación. Tenía la sensación de sentirse vulgar, torpe, sin palabras; Mynors y Beatrice poseían algo que ella nunca poseería. ¡Así que habían estado prometidos! ¿Pero lo habían estado? ¿O era un rumor ocioso, fabricado por alguien que pasaba su vida en tales creaciones? Anna sintió recelos. Una vez había despreciado a Beatrice, pero ahora parecía que, después de todo, Beatrice era la igual natural de Henry Mynors. ¿Era más probable que Mynors o ella, Anna, se equivocaran con

Beatrice? Estaba segura de que Beatrice tenía instintos generosos. Anna perdió la confianza en sí misma; se sintió humillada, fuera de lugar y avergonzada.

— Si nuestra anfitriona y la compañía tienen la amabilidad de disculparme — dijo el pastor con aire pomposo, mirando su reloj —, debo irme. Tengo una cita importante, o una cita que algunas personas creen que es importante.

Se levantó e hizo varias despedidas. La elaborada comida, compleja con cincuenta manjares, cada uno de los cuales debía ser saboreado, no estaba ni mucho menos terminada. El párroco se detuvo en su camino por la habitación para hablar con la señora Sutton. Después de haberle estrechado la mano, captó los admirados ojos violetas de su esbelta esposa, una dama de fortuna independiente a quien las esposas de los mayordomos del circuito encontraban difícil de complacer en materia de muebles, y que, a pesar de sus cuarenta años, aún conservaba algo de la pose de una belleza mimada. Como esposa de pastor, esta dama lánguida pero impecable e invariablemente correcta era única incluso en la experiencia de la señora Clayton Vernon.

— ¿No volverás pronto a casa, Rex? — preguntó en el tono de una joven esposa holgazaneando entre los delicados olores de un tocador.

— Amor mío — respondió él con la severa fijeza de un mártir histriónico —, ¿alguna vez me has conocido con una tarde libre?

El concejal acompañó a su pastor a la puerta.

Después del té, Mynors fue uno de los primeros en abandonar la habitación, y Anna una de las últimas, pero él la abordó en el vestíbulo, de camino de vuelta al salón, y le preguntó cómo estaba, y cómo estaba Agnes, con tal deferencia y sinceridad de consideración por ella y por todo lo que era suyo, que no pudo por menos que impresionarla. Su sensación de humillación y de incertidumbre fue borrada por una sola palabra, una sola mirada. Elevada por una deliciosa seguridad, pasó al salón, esperando que él la siguiera: extrañamente, no lo hizo. Se reanudó el trabajo, pero con menos ardor que antes. De hecho, era imposible ser diligentemente laborioso después de uno de los tés de la señora Sutton, y en cada corazón, salvo en aquellos que latían sobre los órganos digestivos más perfectos y vigorosos,

había un sentimiento de arrepentimiento. El reloj de la sociedad de construcción en la repisa de la chimenea entonó las siete: todos expresaron sorpresa por lo tardío de la hora, y la señora Clayton Vernon, alegando fatiga después de su reciente indisposición, se marchó silenciosamente. Tan pronto como ella se fue, Anna le dijo a la señora Sutton que ella también debía irse.

—¿Por qué, querida? —preguntó la señora Sutton.

—Me necesitarán en casa —respondió Anna.

—¡Ah! En ese caso... Subiré contigo, querida —dijo la señora Sutton.

Cuando estaban en el dormitorio, la señora Sutton le tomó la mano de repente.

—¿Cómo te va, querida Anna? —dijo, mirando ansiosamente a los ojos de la muchacha. Anna sabía a qué se refería, pero no respondió.

—¿Está todo bien? —preguntó la anciana mujer con seriedad.

—Eso espero —dijo Anna, desviando la mirada—, lo estoy intentando.

La señora Sutton la besó casi apasionadamente.

—¡Ah, querida! —exclamó con un gesto impulsivo—, me alegro, me alegro tanto. Tenía tantas ganas de hablar contigo. Debes «apoyarte con fuerza», como dice la señorita Havergal. «Apóyate con fuerza» en Él. No tengas miedo. —Y luego, cambiando de tono—: Estás pálida, Anna. Necesitas unas vacaciones. Iremos a la Isla de Man en agosto o septiembre. ¿Te dejaría venir tu padre con nosotros?

—No lo sé —dijo Anna. Sabía, sin embargo, que no lo haría. No obstante, la sugerencia le causó mucho placer.

—Ya veremos eso más tarde —dijo la señora Sutton, y bajaron.

—Debo despedirme de Beatrice. ¿Dónde está? —dijo Anna en el vestíbulo. Una de las criadas las dirigió al comedor. El concejal y Henry Mynors miraban juntos una gran fotograbado del «Despertar del Alma» de Sant, que el señor Sutton había comprado recientemente, y Beatrice exhibía su bordado a un grupo de damas: varias costureras estaban esparcidas por allí, incluida la señorita Dickinson.

—Es un gran cuadro, un cuadro que te hace pensar —decía Henry seriamente, y el concejal, sintiéndose como podría haberse sentido el artista, estaba obviamente halagado por este sagaz elogio.

Anna se despidió de la señorita Dickinson y luego de Beatrice. Mynors, al oír las palabras, se dio la vuelta.

—Bueno, debo irme. Buenas noches —dijo de repente al asombrado concejal.

—¿Qué? ¿Ahora? —inquirió este último, apenas complacido de descubrir que Mynors podía apartarse del cuadro con tan poca dificultad.

—Sí.

—Buenas noches, señor Mynors —dijo Anna.

—Si me lo permite, la acompañaré —respondió Mynors imperturbablemente.

Fue uno de esos momentos dramáticos que llegan sin el menor aviso. El brillo de satisfacción gozosa en los ojos de la señorita Dickinson demostró que solo ella había previsto esta declaración. Porque una declaración era, y una declaración formal. Mynors estaba allí, tranquilo, seguro de su superioridad masculina, y su mirada pareció decir a aquellas mujeres rápidamente alertas, cuyos rostros no podían ocultar una emocionante excitación: «Sí. Que todos sepan que yo, Henry Mynors, el deseado por todas, soy honorablemente cautivo de esta criatura tímida y perfecta que se sonroja porque he dicho lo que he dicho». Incluso el concejal olvidó su fotograbado. Beatrice reanudó apresuradamente su explicación del bordado.

—¿Qué tal le pareció la reunión de costura? —preguntó Mynors a Anna cuando estaban en la acera.

Anna hizo una pausa.

—Creo que la señora Sutton es simplemente una mujer espléndida —dijo con entusiasmo.

Cuando, en un momento demasiado corto, llegaron a la casa de Tellwright, Mynors, obedeciendo un deseo mutuo al que ninguno de los dos había dado expresión, siguió a Anna por el callejón lateral y así entraron en el patio, donde se demoraron unos segundos. Se podía ver al viejo Tell-

wright en el extremo del largo y estrecho jardín, un jardín que consistía principalmente en un trozo de césped sembrado de postes para la ropa y un estrecho borde de arriates sin flores. Agnes no era visible. La puerta de la cocina estaba entornada, y como este era el único medio de acceso desde el patio, Anna, tarareando una melodía, la empujó y entró, con Mynors a su zaga. Se quedaron en el umbral, felices, vacilantes, confundidos, y miraron la cocina como algo que no habían visto antes. La cocina de Anna era la única estancia satisfactoria de la casa. Su mobiliario incluía una alacena del tipo sencillo y digno que ahora es asiduamente coleccionado por los aficionados a los muebles de roble antiguos. Tenía cuatro largos y estrechos estantes que contenían platos y platillos; las tazas colgaban en una fila de pequeños ganchos de latón atornillados en los frentes de los estantes. Debajo de los estantes había tres cajones en línea, con tiradores de latón, y debajo de los cajones había un gran hueco que contenía jarras de piedra, una cacerola de cobre para conservas y otros recipientes. Setenta años de pulido continuo por una dinastía de sacerdotisas de la limpieza habían dado a esta alacena un tono rico y maduro que el más hábil de los falsificadores no podría haber imitado. En ella se reflejaba el trabajo concienzudo de generaciones. Tenía una apariencia suave y apaciguada, como si nunca hubiera sido nueva y nunca pudiera haber sido nueva. Todas sus esquinas y bordes habían perdido hacía mucho tiempo las asperezas de la fabricación, y sus superficies lisas estaban marcadas por ligeras hondonadas similares en espíritu a las desgastadas por los pies descalzos de los peregrinos en los escalones de mármol de un santuario. La parte plana sobre los cajones estaba marcada con cientos de arañazos, y sin embargo, incluso todos estos parecían increíblemente antiguos, y en algún pasado lejano haber participado de la madurez del conjunto. La oscura carpintería formaba un fondo admirable para la vajilla de los estantes, y algunos de los platos antiguos, pintados a mano según algún secreto desaparecido en pigmentos que el tiempo solo podía mejorar, tenían el aspecto de estar emparentados por nacimiento con la alacena. Todavía debe haber miles de alacenas exactamente similares en las cocinas de la gente, pero gradualmente están siendo transferidas a los comedores de los cazadores de curiosidades. Para Anna, este mueble, que habría hecho que el coleccionista más taciturno se volviera locuaz de alegría, era simplemente «la alacena». Siempre había lamentado que no contuviera ningún armario. Delante de la cocina de carbón había un viejo guarda-fuegos de acero con pesados atizadores. Tenía en el centro de su parte supe-

rior plana un alojamiento circular para cacerolas, pero en este disco pulido nunca se colocaba ninguna cacerola. El guardafuegos era quizás tan antiguo como la alacena, y las profundas profundidades de su pulido servían para mitigar un poco la novedad de la cocina de carbón patentada que Tellwright había hecho instalar cuando tomó la casa. En la alta repisa de la chimenea había cuatro altos candelabros de latón que, como la alacena, esperaban silenciosamente su apoteosis a manos de algún coleccionista. Junto a estos había dos o tres botes de mostaza comunes, pulidos para imitar la plata, que contenían especias; también un molinillo de café abandonado y dos planchas. Un reloj de pie de roble a juego con la alacena estaba a la izquierda de la chimenea; tenía una esfera blanca muy grande con una cara sonriente en el centro. Aunque solo funcionaba durante veinticuatro horas, su movimiento pausado parecía tener la certeza de una ley natural, especialmente para Agnes, pues el señor Tellwright nunca olvidaba darle cuerda antes de acostarse. Debajo de la ventana había una mesa de pino sencilla, con tablero blanco y patas teñidas. Dos sillas Windsor completaban el catálogo de muebles. El reluciente suelo era de baldosas rojas y negras, y delante del guardafuegos yacía una alfombra de retales hecha sujetando innumerables trozos de tela negra a una base de lona. En las paredes pintadas había varios almanaques de tiendas de comestibles, que representaban a marineros en brazos de amantes, niños cruzando arroyos o monjes hinchándose con festines gargantuescos. Todo en esta cocina estaba absolutamente brillante e impecable, tan limpio como un gato con escaupines, excepto el techo, oscurecido por los humos del gas. Todo estaba en perfecto orden y tenía el aire humanizado del uso y la ocupación que nada más que el uso y la ocupación puede impartir a los objetos insensibles. Era una cocina donde, en la frase del ama de casa, se podía comer del suelo, y para cualquier matrona de Bursley habría constituido el más alto certificado posible del carácter de Anna, no solo como ama de casa, sino como hermana mayor, pues en su ausencia Agnes había lavado los cacharros del té y los había guardado.

—Esta es la habitación más bonita, lo sé —dijo Mynors finalmente.

—¿Qué quiere decir? —sonrió Anna, incapaz, por supuesto, de ver el lugar con sus ojos.

—Quiero decir que no hay nada que supere a una cocina limpia y ordenada —respondió Mynors—, y nunca lo habrá. Solo le falta la dueña con un delantal blanco para estar completa. ¿Sabe?, cuando entré aquí la otra

noche, y usted estaba sentada a la mesa, pensé que el lugar era como un cuadro.

— ¡Qué curioso! — dijo Anna, perpleja pero muy satisfecha—. ¿Pero no quiere pasar al salón?

El persa de una oreja los encontró en el vestíbulo, con la cola en alto, pero se escabulló cautelosamente escaleras arriba al ver a Mynors. Cuando Anna abrió la puerta del salón, vio a Agnes sentada a la mesa con sus lecciones, frunciendo el ceño y preocupada. Tenía lágrimas en los ojos.

— Vaya, ¿qué pasa, Agnes? — exclamó.

— ¡Oh! Vete — dijo la niña enfadada—. No molestes.

— Pero, ¿qué pasa? Estás llorando.

— No, no lo estoy. Estoy haciendo mis cuentas, y no me sale... no puedo... — La niña rompió a llorar justo cuando Mynors entraba. Su presencia fue una completa sorpresa para ella. Escondió la cara en su delantal, avergonzada de ser sorprendida así.

— ¿Dónde está? — dijo Mynors—. ¿Dónde está esta cuenta que no sale bien? — Recogió la pizarra y la examinó mientras Agnes se recomponía—. ¡Regla de tres! — exclamó—. ¿Ha llegado Agnes hasta la regla de tres? — Ella le lanzó una mirada instantánea y murmuró «Sí». Antes de que pudiera cubrirse la cara, él la había besado. Anna estaba encantada con sus modales, y en cuanto a Agnes, se rindió felizmente a él de inmediato. Él hizo la cuenta, y ella copió las cifras en su cuaderno de ejercicios. Anna se sentó y observó.

— Ahora debo irme — dijo Mynors.

— Pero seguramente se quedará a ver a padre — insistió Anna.

— No. Realmente no tenía intención de pasar. Buenas noches, Agnes. — En un momento salió de la habitación y de la casa. Fue como si, obedeciendo un impulso repentino, se hubiera arrancado a la fuerza.

— ¿Estaba él en la reunión de costura? — preguntó Agnes, añadiendo entre paréntesis—: No me imaginaba que estuviera aquí, y me molestó muchísimo. Me sentí como una niña pequeña.

— Sí. Al menos, vino para el té.

—¿Por qué pasó por aquí de esa manera?

—¿Cómo puedo saberlo? —dijo Anna. La niña la miró.

—Es terriblemente extraño, ¿no? —dijo lentamente—. Cuéntamelo todo sobre la reunión de costura. ¿Tuvieron pasteles o fue un té sencillo? ¿Y entraste en el dormitorio de Beatrice Sutton?

CAPÍTULO VIII: EN LA FÁBRICA

Anna comenzó a recibir sus intereses y dividendos de julio. Durante quince días, las remesas, que variaban desde unas pocas libras hasta unos pocos cientos de libras, llegaban por correo casi a diario. Todas estaban dirigidas a ella, ya que los valores estaban ahora a su nombre; y sobre ella, bajo la supervisión del avaro, recayó la nueva tarea de anotarlos en un libro e ingresarlos en el banco. Este misterioso engendramiento de dinero por dinero —un extraño proceso que se desarrollaba continuamente en su beneficio, en diversas partes del mundo, lejanas y cercanas, mediante actividades de las que era completamente ignorante y siempre lo sería— la desconcertaba y le daba una sensación de irrealidad. El elaborado mecanismo por el cual el capital produce intereses sin sufrir disminución de su volumen original es uno de los fenómenos más comunes de la vida moderna y uno de los menos comprendidos. Muchos capitalistas nunca lo captan, ni experimentan la más mínima curiosidad al respecto hasta que el mecanismo, por algún defecto, deja de girar. Tellwright era de estos; para él, el intervalo entre el desembolso de capital y la recepción de intereses no era más que un transcurso de tiempo: plantaba capital como un jardinero planta ruibarbo, tolerablemente seguro de un resultado particular, pero sin detenerse siquiera a pensar en lo que está oculto. La productividad del capital era para él el mayor logro del progreso social; de hecho, el organismo social justificaba su existencia con ese logro; nada podía ser más equitativo que esta productividad, nada más natural. Tan pronto habría investigado sobre ello como

Agnes habría investigado sobre el tictac del reloj de pie. Pero para Anna, que tenía algo de imaginación, y cuya imaginación había sido agitada por los acontecimientos recientes, la llegada de dinero desde el espacio, no ganado, no solicitado, fue una experiencia perturbadora, que la afectaba como un truco de magia afecta a un niño, cuyas sensaciones vacilan entre el placer y la aprensión. Prácticamente, Anna no podía creer que fuera rica; y de hecho no era rica: era simplemente un punto fijo a través del cual el dinero, que no podía detener, pasaba con la rapidez de los trenes. Si el dinero es una ficha, a Anna se le negaba la satisfacción de tocar siquiera la ficha: letras de cambio y cheques era todo lo que tocaba (tocaba solo para abandonar), las fichas doblemente tentadoras e insustanciales de una ficha. Quería poner a prueba la realidad de este sueño aparente manejando monedas y haciéndolas desaparecer sobre mostradores y en las palmas de los necesitados. Y además, aparte de esta curiosidad, realmente necesitaba dinero para las necesidades urgentes de Agnes y de ella misma. Aún no tenían ropa nueva de verano, y Pentecostés, la época prescrita por la costumbre para renovar los armarios, había pasado hacía mucho tiempo. El trato con Henry Mynors, la visita a los Sutton, le habían revelado más claramente que nunca las intolerables deficiencias de su vestuario y otras imperfecciones similares. Estaba más dolorosamente consciente de ellas y, sin embargo, por una desdichada paradoja, estaba aún en peor posición para remediarlas que en años anteriores. Porque ahora poseía su propia fortuna; pedir la generosidad de su padre era, por lo tanto, adivinó, una forma segura de invitar a un rechazo. Pero, incluso si se hubiera atrevido, no podía usar los ingresos que eran privadamente suyos, pues ¿no estaba cada centavo ya asignado a la sociedad con Mynors? Así sucedió que nunca mencionó el asunto a su padre; le faltaba el valor, ya que por cualquier vía que lo abordara, las circunstancias añadirían una fuerza ilógica y adventicia a los desaires brutales que él invariablemente repartía cuando se le pedía dinero. ¡Exigir su dinero, teniendo cincuenta mil propios! ¡Gastar los suyos propios frente a ese acuerdo con Mynors! Podía adivinar con demasiada facilidad sus réplicas amargas y humillantes a cualquiera de las dos proposiciones, y guardó silencio, consolándose con tímidas visiones de un futuro muy lejano. El saldo en el banco ascendió a mil seiscientas libras. Se redactó la escritura de sociedad; su padre se enfrascó en el borrador azul, y varias veces Mynors llamó y los dos hombres lo discutieron juntos. Entonces, una mañana, su padre la llamó al salón principal y le entregó un trozo de

pergamino en el que descifró vagamente su propio nombre junto al de Henry Mynors, en letras grandes.

—Debes firmar, sellar y entregar esto —dijo, poniéndole una pluma en la mano.

Ella se sentó obedientemente a escribir, pero él la detuvo con un gesto despectivo.

—¿Vas a firmar a ciegas entonces, eh? ¡Igual que una mujer!

—Se lo dejé a usted —dijo ella.

—¡Dejármelo a mí! Léelo.

Leyó la escritura, y después de haber logrado la hazaña, solo un hecho quedó claro en su mente: que la sociedad era por siete años, un período extensible por consentimiento de ambas partes a catorce o veintiún años. Luego estampó su firma, la pluma moviéndose torpemente sobre la superficie rugosa del pergamino.

—Ahora pon tu dedo en ese trozo de cera y di: «Entrego esto como mi acto y voluntad».

—Entrego esto como mi acto y voluntad.

El anciano firmó como testigo.

—Tan pronto como le dé esto al abogado Dane —comentó—, estás atada, quieras o no. La ley es la ley, y estás atada.

Al día siguiente tuvo que firmar un cheque que redujo su saldo bancario a unas tres libras. Quizás fue el conocimiento de esta reducción lo que llevó a Ephraim Tellwright a reanudar de inmediato y con renovado rigor su nueva política de «exprimir hasta el último céntimo» a Titus Price (a pesar de que este último ya había logrado lo increíble al pagar treinta libras en poco más de un mes), causando así la catástrofe que pronto sobrevino. Qué métodos estaba adoptando su padre, Anna no lo sabía, ya que él no le dijo ni una palabra sobre el asunto: solo sabía que Agnes había sido enviada dos veces con notas a Edward Street. Un día, hacia el mediodía, un pilluelo manchado de arcilla trajo una carta dirigida a ella: supuso que era una súplica de misericordia de los Price, y deseó que su padre hubiera estado en casa. El anciano estaba fuera todo el día, asistiendo a una venta de propiedades en Axe, la

ciudad agrícola al norte del condado, localmente llamada «la metrópoli de los páramos». Anna leyó: «Mi querida señorita Tellwright: Ahora que nuestra sociedad es un hecho consumado, ¿no vendrá a ver la fábrica? Me gustaría mucho que lo hiciera. Pasaré por su casa esta tarde sobre las dos, y llamaré por si acaso puedo llevarla conmigo a la fábrica. Si no puede venir, no pasa nada, y se puede arreglar otro día; pero, por supuesto, me sentiré decepcionado. Atentamente, HY. MYNORS».

Le encantó la idea —para ella tan audaz— y se sintió aliviada de que la nota no fuera, después de todo, de Titus o Willie Price: pero de nuevo tuvo que lamentar que su padre no estuviera en casa. Él sería capaz de pensar y decir que la expedición proyectada era una travesura, ideada para ocurrir en su ausencia. Podría quejarse de que la casa se quedara sin guardián. Además, según una ley tácita, ella nunca se apartaba de la rutina fija de su existencia sin obtener primero la aprobación de Ephraim, o al menos estar segura de que tal partida no lo enfadaría violentamente. Se preguntó si Mynors sabía que su padre estaba fuera y, en caso afirmativo, si había elegido esa tarde a propósito. No le importaba que Mynors pasara a buscarla —hacía que la visita pareciera tan formal—; y como para llegar a la fábrica, allá en Shawport, junto al canal, tendrían que pasar necesariamente por el centro de la ciudad, previó infinitos chismes y rumores como resultado. Ya sabía que los nombres de ella y Mynors se mencionaban juntos por todas partes, y no podía ni siquiera entrar en una tienda sin que le hicieran saber, más o menos delicadamente, que era objeto de una picante curiosidad. Una mujer es profundamente interesante para las mujeres solo en dos períodos: antes de prometerse y antes de convertirse en madre de su primogénito. Anna estaba en el primer período; su vida no comprendía el segundo. Cuando Agnes llegó a casa para almorzar de la escuela, Anna no dijo nada de la nota de Mynors hasta que comenzaron a lavar los platos del almuerzo, cuando sugirió que Agnes terminara esta operación sola.

—Sí —dijo Agnes, siempre complaciente—. ¿Pero por qué?

—Voy a salir y tengo que prepararme.

—¿Salir? ¿Y dejarás la casa vacía? ¿Qué dirá padre? ¿A dónde vas?

La tendencia de Agnes a anticipar lo peor y a no ignorar nunca la tiranía de su padre siempre molestaba a Anna, y respondió con bastante brusquedad:

— Voy a la fábrica, a la fábrica del señor Mynors. Me ha mandado decir que quiere que vaya. — Se despreció a sí misma por querer ocultar algo, y añadió—: Pasaré a buscarme sobre las dos.

— ¡El señor Mynors! ¡Qué espléndido! — Y entonces el rostro de Agnes se ensombreció un poco—. Supongo que no llamaré antes de las dos. Si no lo hace, ya me habré ido a la escuela.

— ¿Quieres verlo?

— ¡Oh, no! No quiero verlo. Pero... supongo que estarás fuera mucho tiempo, y te traeré de vuelta.

— Por supuesto que no, tonta. Y no estaré fuera mucho tiempo. Volveré para el té.

Anna subió corriendo a vestirse. A las dos menos diez estaba lista. Agnes solía irse a las dos menos cuarto, pero la niña aún no se había ido. A las dos menos cinco, Anna la llamó desde abajo para preguntarle cuándo pensaba marcharse.

— Justo me voy ahora — gritó Agnes de vuelta. Abrió la puerta principal y luego volvió al pie de las escaleras—. Anna, si me lo encuentro por la calle, ¿le digo que estás lista esperándolo?

— Por supuesto que no. ¿En qué estás pensando? — la reprendió la hermana mayor—. Además, no viene de la ciudad.

— ¡Oh! Está bien. Adiós. — Y la niña finalmente se fue.

Eran algo más de las dos — todas las sirenas y bocinas habían terminado hacía mucho su llamada al trabajo— cuando Mynors tocó el timbre. Anna todavía estaba arriba. Se examinó en el espejo y luego descendió lentamente.

— Buenas tardes — dijo él—. Veo que está lista para venir. Me alegro mucho. Espero no haberla incomodado, pero justo esta tarde parecía una buena oportunidad para que viera la fábrica y, ya sabe, debería verla. ¿Está su padre?

— No — dijo ella—. Dejaré que la casa se cuide sola. ¿Quiere verlo?

— No especialmente — respondió él—. Creo que hemos arreglado todo.

Ella cerró la puerta de golpe detrás de sí y partieron. Mientras él le sostenía la verja para que saliera, ella no pudo ignorar la mirada de apasionada admiración en su rostro. Era una mirada desconcertante por su mera intensidad. El hombre podía controlar su lengua, pero no sus ojos. Su comportamiento, tal como ella lo veía, agravaba su timidez mientras se enfrentaban a las calles. Pero estaba feliz en su perturbación. Cuando llegaron a Duck Bank, Mynors le preguntó si debían pasar por la plaza del mercado o por King Street, al final de la plaza de San Lucas.

—Por la plaza del mercado —dijo ella. La tienda donde trabajaba la señorita Dickinson estaba al final de la plaza de San Lucas, y todos los ojos de la plaza del mercado eran preferibles a la posibilidad de aquellos ojos.

Probablemente nadie en las Cinco Villas se enorgullece conscientemente de la antigüedad del oficio de alfarero, ni de su relación única e íntima con la vida humana, tanto civilizada como incivilizada. El hombre endureció la arcilla para hacer un cuenco antes de hilar el lino y hacer una prenda, y el último hombre solitario querrá una vasija de barro después de haber abandonado su casa en ruinas por una cueva, y sus harapos tejidos por la piel de un animal. Esta supremacía del más antiguo de los oficios está en la naturaleza secreta de las cosas y no puede explicarse. La historia comienza mucho después del período en que Bursley fue por primera vez la sede central de esa honrada manufactura: sigue siendo la sede central —«la madre de las Cinco Villas», en nuestra frase local— y aunque los habitantes, absortos en una ardua lucha diaria, puedan olvidar su herencia de una tradición ininterrumpida de incontables siglos, el sello de su venerable vocación está en sus frentes. Si no se ve ninguna otra reliquia de un pasado inmemorial en estas calles modernizadas y sórdidas, está al menos el legado vivo de ese extraordinario parentesco entre el obrero y la obra, ese dominio instintivo de la arcilla que el pasado ha otorgado al presente. El caballo es menos para el árabe de lo que la arcilla es para el hombre de Bursley. Existe en ella y por ella; llena sus pulmones y blanquea su mejilla; lo mantiene vivo y lo mata. Sus dedos se cierran en torno a ella como en torno a la mano de un amigo. Conoce todos sus trucos y aptitudes; cuándo mimarla y cuándo forzarla, cuándo confiar en ella y cuándo desconfiar. Los tejedores de Lancashire lo han apodado con un epíteto obscuro por su causa, un epíteto cuyo uso precipitado ha provocado más de una pelea, pero nada podría ser más iluminadoramente descriptivo que ese epíteto, que nombra su vocación en térmi-

nos de otra vocación. Una docena de décadas de ciencia aplicada han resultado, por supuesto, en la interposición de elaborada maquinaria entre la arcilla y el hombre; pero ningún gran oficio vulgar ha perdido menos de lo humano que la alfarería. La arcilla siempre es arcilla, y el artilugio impulsado por vapor que moldeará un cuenco mientras un hombre se sienta y observa aún no se ha inventado. Además, si en algún proceso más tosco se prescindiese de las manos, el número de procesos se ha multiplicado por diez: la loza en la que antes colaboraban seis hombres es ahora producida por sesenta; y así, en cierto sentido, el toque del dedo en la arcilla es más omnipresente que nunca.

La fábrica de Mynors era reconocida como una de las mejores, de su tamaño, en el distrito: una fábrica modelo de tres hornos, y debe recordarse que de los cientos de fábricas en las Cinco Villas, la gran mayoría son pequeñas, como esta: la gran manufactura con su cuerpo de hombres de chaqueta¹, uno de los cuales es destacado para mostrar a los visitantes la parte de la fábrica que se considera aconsejable que vean, es la excepción. Mynors pagaba trescientas libras al año de alquiler y producía casi trescientas libras de trabajo a la semana. Era su propio gerente, y solo había un hombre de chaqueta [1] en el lugar, un oficinista a dieciocho chelines. Empleaba a unas cien personas y dedicaba todo su ingenio a evitar ese despilfarro que es a la vez el más fácil de pasar por alto y el más difícil de controlar, el despilfarro de mano de obra. No se escatimaban esfuerzos para mantener todos los departamentos en plena y regular actividad, y debido a su juiciosa firmeza, la fiesta de San Lunes, ese cáncer que carcome eternamente la raíz de la prosperidad de las Cinco Villas, se observaba menos religiosamente en su fábrica que quizás en cualquier otro lugar de Bursley. Se había dado cuenta de que cuando un taller está vacío, el empleador no solo ha dejado de ganar dinero, sino que ha comenzado a perderlo. El arquitecto de «Providence Works» (la Providencia apadrina muchas empresas comerciales en las Cinco Villas) conocía su oficio y el oficio del alfarero, y había diseñado la fábrica con vistas a la más estricta economía de mano de obra. Los diversos talleres estaban dispuestos de tal manera que, en el curso de su metamorfosis, la arcilla viajaba naturalmente en círculo desde la sala de barbotina, junto al canal, hasta la casa de embalaje, junto al canal: no había que llevarla de un lado a otro. La instalación de vapor era completa: el vapor, una vez generado, no tenía respiro; después de haberse agotado vital-

izando cincuenta máquinas, se lo mataba poco a poco para secar la loza sin cocer y calentar las comidas de los trabajadores.

Henry llevó a Anna a la entrada del canal, porque los edificios se veían mejor desde ese lado.

—Ahora, ¿cuánto vale una caja? —preguntó ella, señalando una caja que estaba siendo balanceada por una grúa directamente desde la casa de embalaje a una barcaza.

—¿Esa? —respondió Mynors—. Una caja llena de loza puede valer cualquier cosa. En Minton's he visto una caja que valía trescientas libras. Pero esa de ahí solo vale ocho o nueve libras. Ya ve, usted y yo hacemos cosas baratas.

—Pero, ¿no hacéis ninguna pieza realmente buena, son todas baratas?

—Todas baratas —dijo él.

—Supongo que eso es negocio. —Detectó una nota de pesar en la voz de ella.

—No lo sé —dijo él, con el más leve y cálido atisbo de impaciencia—. Hacemos las cosas tan bien como podemos por el dinero que cuestan. Suministramos lo que todo el mundo quiere. ¿No cree que es mejor complacer a mil personas que a diez? Me gusta sentir que mi loza se usa en todo el país y en las colonias. Preferiría hacer lo que hago que fabricar loza de lujo para un puñado de ricos.

—Oh, sí —exclamó ella, aceptando ansiosamente el punto de vista—, estoy completamente de acuerdo con usted. —Nunca lo había oído en ese tono antes, y le sorprendió su entusiasmo. Y Mynors, de hecho, siempre era muy entusiasta con respecto a las virtudes de los mercados generales. No tenía simpatía por las especialidades, artísticas o de otro tipo. Encontraba su satisfacción en satisfacer honestamente el gusto del público. Había nacido para ser un fabricante de productos baratos a escala colosal. Podía soñar con cincuenta hornos, y su ambición le impedía ver la absurdidad presente de hablar de una fábrica de tres hornos que extendía sus producciones por todo el país y las colonias; no se le ocurría que apenas había platos suficientes para todos.

—Supongo que será mejor que empecemos por el principio —dijo, guiándola hacia la sala de barbotina. No necesitaba que le dijeran que Anna ignoraba por completo el oficio de la alfarería, y que cada detalle, tan manido para él, adquiriría frescura bajo la mirada ingenua e inquisitiva de ella.

En la sala de barbotina comienza la larga manipulación que transforma la arcilla cruda, porosa y friable en la vasija moldeada, decorada y vidriada. El gran lugar encalado estaba ocupado por máquinas y recipientes desgarrados a través de los cuales los cuatro tipos de arcilla utilizados en la «pasta» común —arcilla de bola, caolín, arcilla de sílex y arcilla de piedra— debían pasar antes de convertirse en una mezcla blanca parecida a la masilla, apta para ser moldeada por manos humanas. La batidora trituraba la arcilla, el tamiz extraía el hierro por medio de un imán, la prensa expulsaba el agua y la galletera expulsaba el aire. De la última boca renuente emergía lentamente un chorro sólido de casi treinta centímetros de diámetro, como una enorme serpiente blanca. Ya la arcilla había adquirido la uniformidad característica de un producto manufacturado.

Anna se movió para tocar los pernos de la enorme prensa de veinticuatro cámaras.

—No se quede ahí —dijo Mynors—. La presión es tremenda, y si la cosa llegara a estallar...

Ella huyó apresuradamente.

—Pero, ¿no es peligroso para los trabajadores? —preguntó.

Eli Machin, el maquinista, el empleado más antiguo de la fábrica, un hombre adinerado y modelo de fiabilidad, dejó que una vaga sonrisa cruzara su rostro ante este comentario. Había subido desde la sala de máquinas de abajo para exhibir los trucos de las diversas máquinas, y hecho esto, desapareció. Anna quedó sobrecogida por la sensación de estar rodeada de fuerzas terribles que siempre pugnaban por liberarse y que eran contenidas por el poder de una sola pared.

—Venga a ver cómo se hace un plato: es una de las cosas más sencillas, y la máquina de bateo merece la pena —dijo Mynors, y entraron en el taller más cercano, un interior caluroso en forma de cuatro pasillos alrededor de un sólido centro cuadrado. Aquí hombres y mujeres trabajaban codo con

codo, las mujeres subordinadas a los hombres. Todos estaban preocupados, absortos en sus respectivas operaciones, y se oía el sonido de movimientos irregulares y zumbantes por todas partes de la gran sala. El aire estaba cargado de polvo blanquecino, y la arcilla era omnipresente: en el suelo, las paredes, los bancos, las ventanas, en la ropa, las manos y los rostros. Era en este taller, donde tanto los prensadores de piezas huecas como los de piezas planas estaban ocupados como solo pueden estarlo los artesanos a destajo, donde más que en ningún otro lugar se veía la arcilla «en manos del alfarero». Cerca de la puerta, un hombre robusto de rostro bonachón arrojó un poco de arcilla sobre un disco giratorio, y mientras Anna pasaba, una jarra surgió a la existencia. Un instante la arcilla era una masa amorfa, al siguiente era una vasija perfectamente circular, de un ancho y una profundidad prescritos; los dedos planos y aparentemente torpes del artesano parecían haberse perdido en la arcilla por una fracción de tiempo, y el milagro se había cumplido. El hombre lanzaba estas vasijas con la rapidez de una candela romana lanzando estrellas de colores, y una mujer se mantenía ocupada suministrándole material y retirando los artículos terminados de su banco. Mynors llevó a Anna a las máquinas de bateo para fabricantes de platos, en esa época una novedad y la última invención del genio fallecido cuyo cerebro ha reconstituido toda una industria sobre nuevas bases. Enfrentada a un trozo de arcilla, la máquina de bateo descendía sobre él con la ferocidad de un animal salvaje, lo zarandeaba, lo estiraba, lo alisaba hasta darle el ancho y el grosor de un plato, y luego cesaba por sí misma y esperaba inactiva a que el prensador de piezas planas retirara su víctima a su máquina de moldeado más precisa. Varios hombres producían platos, pero sus rápidos trabajos parecían menos asombrosos que la hazaña preliminar de la máquina de bateo. Toda la loza, a medida que se moldeaba, desaparecía en los vastos armarios que ocupaban el centro del taller, donde Mynors le mostró a Anna innumerables filas de estantes llenos de cacharros en proceso de secado al vapor. Ni el tiempo, ni el espacio, ni el material se desperdiciaban en este hormiguero de industria. Para moverse de un lado a otro, las mujeres se veían obligadas a insinuarse entre los cuerpos inmóviles de los hombres. Anna se maravilló de la descuidada precisión con la que alimentaban las máquinas de bateo con trozos calculados con exactitud para formar un plato de un diámetro determinado. Todos se esforzaban como si la salvación del mundo dependiera de la producción de tanta mercancía para una hora deter-

minada; el polvo, el calor y la presencia de un extraño eran igualmente ignorados en la loca pasión creativa.

— Ahora — dijo Mynors el cicerone, abriendo otra puerta que daba al patio —, cuando toda esa mercancía esté seca y repasada — alisada, ya sabe —, va al horno de bizcocho: esa es la primera cocción. Ahí está el horno de bizcocho, pero no podemos inspeccionarlo porque justo lo están descargando.

Señaló el horno cercano, en cuyo oscuro interior se podían ver vagamente las figuras de hombres, desnudos hasta la cintura, luchando con el peso de gacetas[2] llenas de loza. Parecía una liberación de mártires, esta descarga del inmenso horno, que, después de haber sido inundado por un mar de llamas durante cincuenta y cuatro horas, se había enfriado durante dos días, y aún estaba más caliente que el Ecuador. La inercia y la palidez de las gacetas parecían ser el resultado físico de su prueba de fuego, y uno se preguntaba cómo habrían sobrevivido a la prueba. Mynors entró en el lugar contiguo al horno y trajo un plato de una gaceta abierta; todavía estaba bastante caliente. Tenía la superficie mate de un bizcocho y se adhería ligeramente a los dedos: ahora era un «bizcocho»; había cambiado la maleabilidad por la fragilidad, y nada mortal podía deshacer lo que el fuego había hecho. Mynors se llevó el plato al almacén de bizcocho, una larga habitación donde uno se veía obligado a mantenerse en estrechos pasillos entre parterres de cacharros. Un solitario almacenista de bizcocho examinaba la loza para determinar la remuneración de los prensadores.

Subieron un tramo de escaleras hasta el taller de estampación, donde, mediante planchas de cobre, prensas de imprimir, colores minerales y papeles de transferencia, se realizaba la mayor parte de la decoración. La sala estaba llena de una pequeña multitud de personas: hombres mayores, mujeres y muchachas, divididas en impresores, cortadoras, transferidoras y aprendizas. Cada una repetía interminablemente algún proceso insignificante, y cada artículo pasaba por una sucesión de manos hasta que finalmente era lavado en un tanque y salía goteando de él con su ornamento de flores y volutas completamente revelado. La sala olía a aceite, franela y humanidad; la atmósfera era más lánguida, más parecida a la de una fiesta familiar, que en el taller de los prensadores: las ancianas parecían severas y ariscas, las jóvenes bonitas, impertinentes y desafiantes, las muchachas más jóvenes, mansas. Los pocos hombres parecían fuera de lugar. ¿Con qué truco se habían colado en el centro mismo de esa masa de feminidad? Parecía incor-

recto, escandaloso que permanecieran allí. Contiguo al taller de estampación estaba el taller de pintura, en el que los trabajos del primero se remataban con el pincel de la pintora, que rellenaba los contornos con color plano y convertía así la estampación mecánica en trabajo manual. Las pintoras forman la nobleza de las fábricas. Su tarea es ligera, exigiendo destreza ante todo; tienen dedos delicados y gozan de una reputación general de belleza: los salarios que ganan pueden estimarse por su elegancia los domingos. Vienen al trabajo con chaquetas de paño, llevan la comida en pequeños morrales; en el taller llevan delantales blancos y lucen sorprendentemente pulcras y ordenadas. A través de los bancos sobre los que inclinan sus coquetas cabezas, el chisme vuela y regresa como una lanzadera; son la fuente de mil intrigas, y una u otra de ellas se casa continuamente o deja de casarse. En la fábrica constituyen «el sexo». Una proporción infinitesimal de ellas, de entre la rama conocida como esmaltadoras, muere de envenenamiento por plomo, un hecho que añade patetismo a su frívolo encanto. En una sala auxiliar del taller de pintura, una sola muchacha estaba sentada ante una mesa giratoria accionada por un pedal. Estaba haciendo la «banda y línea» en los bordes de los platillos. Mynors y Anna la observaron mientras con la mano izquierda lanzaba platillo tras platillo al centro exacto de la mesa, movía el pedal y, sosteniendo un pincel firmemente contra el borde de la pieza, producía con infalible exactitud la banda y la línea. Era una morena, de unos veintiocho años: tenía un rostro tranquilo, vacuamente contemplativo; pero solo Dios sabía si pensaba. Su trabajo representaba la cumbre de la monotonía; la regularidad hipnotizaba al observador, y el propio Mynors quedó impresionado por este estupendo fenómeno de absoluta igualdad, asumiendo involuntariamente ante él la actitud de un feriante.

—A veces gana hasta dieciocho chelines a la semana —susurró.

—¿Puedo intentarlo? —preguntó tímidamente Anna de repente, curiosa por experimentar cómo era el truco.

—Por supuesto —dijo Mynors, con ansioso asentimiento—. Priscilla, deje a esta señora su asiento un momento, por favor.

La muchacha se levantó, sonriendo cortésmente. Anna ocupó su lugar.

—Tome, pruebe con esto —dijo Mynors, poniendo en la mesa el plato que aún llevaba.

—Coja un pincel bien cargado —sugirió la pintora, sin intentar ocultar su diversión ante los inexpertos esfuerzos de Anna—. Ahora pise el pedal. ¡Ahí! Todavía no está en el centro. ¡Ahora!

Anna produjo una banda muy meritoria y una línea temblorosa pero pasable, y se levantó sonrojada por el pequeño triunfo.

—Tiene usted el don —dijo Mynors; y la pintora aplaudió respetuosamente.

—Sentí que podía hacerlo —respondió Anna—. La madre de mi madre era pintora, y debe de estar en la sangre.

Mynors sonrió indulgentemente. Descendieron de nuevo a la planta baja y, siguiendo el curso de la fabricación, llegaron al horno de «endurecimiento», un horno menor donde durante doce horas se quema el aceite del color en la loza decorada. Un hombre enorme y jovial en camisa y pantalones, con un delantal enorme, estaba en el acto de descargar el horno, ayudado por dos muchachos delgados. Saludó con un gesto a Mynors y exclamó:

—¡Caliente! —El horno estaba casi vacío. Mientras Anna se detenía en la puerta, el hombre se dirigió a ella.

—Pase adentro, señorita, y pruébelo.

—¡No, gracias! —rió ella.

—Vamos —insistió él, como despreciando esta vacilación—. Una onza de experiencia... —Los dos muchachos sonrieron y se secaron la frente con sus brazos desnudos y esqueléticos. Anna, desafiada por la mirada del hombre, entró rápidamente en el horno. Un calor abrasador pareció asaltarla por todos lados, haciéndola retroceder; era increíble que ningún ser humano pudiera soportar tal temperatura.

—¡Ahí tiene! —dijo el hombre jovial, aparentemente evaluándola con sus ojos brillantes y burlones—. Ahora sabe algo que no sabía antes, señorita. ¡Vamos, muchachos! —añadió con enérgica cordialidad a los chicos, y la descarga del horno continuó.

Luego venía la casa de inmersión, donde una mujer de mediana edad, envuelta en una prenda protectora de pies a cabeza, sumergía jarras en una tina de esmalte de plomo, ayudada por un muchacho. Las manos de la mu-

jer estaban cubiertas del esmalte gris y viscoso. Ella, de todos los empleados, parecía ser la única que estaba fresca.

—Esa es la penúltima etapa —dijo Mynors—. Solo queda la cocción de esmalte —y salieron de nuevo al patio. Uno de los hornos de esmalte estaba vacío; entraron en él y se asomaron a la elevada cámara interior, que parecía el cráter frío de un volcán agotado, o una bóveda, o la sede en ruinas de alguna actividad olvidada. El otro horno estaba en cocción, y Anna solo pudo mirar su exterior, vislumbrando el resplandor rojo en sus doce bocas, e imaginar el Tofet interior, donde el plomo se estaba fundiendo en vidrio.

—Ahora al almacén de esmalte, y lo habrá visto todo —dijo Mynors—, excepto el taller de moldes, y eso no importa.

El almacén era el lugar más grande de la fábrica, una sala de sesenta pies de largo por veinte de ancho, baja, encalada, desnuda y limpia. Pilas de loza ocupaban la totalidad de las paredes y del inmenso espacio del suelo, pero no había rastro aquí de la suciedad y el desorden inherentes a la fabricación; todos los procesos habían terminado, la arcilla se había desvanecido en cacharro: y la calma y la blancura expiaban el desorden, el ruido y la miseria que habían precedido. Aquí había una muestra del logro total y final hacia el que se dirigían los miles de pequeños y desarticulados esfuerzos que Anna había presenciado. Y parecía un resultado milagroso, casi imposible; tan definido, preciso y regular después de una serie de actos aparentemente variables, inexactos y casuales; tan inhumano después de todo ese trabajo intensamente humano; tan vasto en comparación con la minuciosidad de los esfuerzos separados. Mientras Anna miraba, por ejemplo, una pila de juegos de té, le resultaba difícil incluso concebir que, quince días antes, no habían sido más que terrones de arcilla sucia. Ninguna etapa de la fabricación era increíble por sí misma, pero el resultado era increíble. Era el resultado lo que apelaba a la imaginación, autenticando el adagio de que los tontos y los niños nunca deben ver nada hasta que esté hecho.

Anna reflexionó sobre el poder organizativo, la previsión, la amplia visión y la pura ingenuidad y astucia que implicaban los contenidos de este almacén. «¡Qué cerebro!», pensó de Mynors; «¡qué cantidad de todo tipo de cosas debe saber!». Era una admiración humilde y profundamente sentida.

Sus palabras habladas no daban ninguna pista de sus pensamientos.

—Parece que hacéis muchos juegos de té —comentó.

—Oh, no —dijo él descuidadamente—. Estos pocos que ve aquí son un pedido especial. No me dedico mucho a los juegos de té: no son rentables; perdemos el quince por ciento de las piezas en la fabricación. Lo que da dinero son los juegos de tocador, y esa es nuestra línea principal. —Hizo un gesto vago con el brazo hacia filas y filas de jarras y palanganas en la distancia. Caminaron hasta el final del almacén, mirando todo.

—Mire aquí —dijo Mynors—, ¿no es bonito? —Señaló a través de la última ventana una vista del canal, que se podía ver desde allí en perspectiva, terminando en una curva. A un lado, cerca de la orilla del agua, había un edificio en ruinas y fragmentario, sus ricos marrones reflejados en la superficie lisa del canal. Al otro lado había unos pocos árboles grises y sombríos bordeando el camino de sirga. Por la vista se movía una barcaza dirigida por una mujer con una gran cofia—. ¿No es pintoresco? —dijo.

—Mucho —asintió Anna de buen grado—. Es realmente extraño, una escena así justo en medio de Bursley.

—¡Oh! Hay otras —dijo—. Pero siempre echo un vistazo a esa cada vez que entro en el almacén.

—Me pregunto cómo encuentra tiempo para notarlo, con todo este lugar que atender —dijo ella—. ¡Es una fábrica espléndida!

—Servirá, para empezar —respondió él, satisfecho—. Me alegro mucho de que haya venido. Debe volver. Veo que le interesaría, y hay muchas cosas que aún no ha visto, ¿sabe?

Le sonrió. Estaban solos en el almacén.

—Sí —dijo ella—; supongo que sí. Bueno, debo irme, ahora mismo; me temo que ya es muy tarde. Gracias por enseñármelo todo, y por explicar, y... soy terriblemente estúpida e ignorante. Adiós.

Frases insípidas y manidas: ¡qué mensajes inimaginables oía el oyente en vosotras!

Anna le tendió la mano, y él la tomó casi convulsivamente, con sus ojos incendiarios fijos en el rostro de ella.

—Debo acompañarla a la salida —dijo, soltando esa mano sin guante.

Eran las diez de la noche cuando Ephraim Tellwright regresó a casa desde Axe. Parecía estar de mal humor. Agnes se había acostado. Su cena de pan, queso y agua lo esperaba, y Anna se sentó a la mesa mientras él la consumía. Comió en silencio, con bastante hambre, y ella no consideró el momento propicio para contarle su visita a la fábrica de Mynors.

—¿Ha mandado algo Titus Price? —preguntó finalmente, tragando el último sorbo de agua.

—¿Mandar algo?

—Sí. ¿Estás tonta, muchacha? Le dije que debía mandar más de tu alquiler hoy: veinticinco libras. ¿No ha mandado?

—No lo sé —dijo ella tímidamente—. Estuve fuera esta tarde.

—¿Fuera, estuviste?

—El señor Mynors me mandó recado para que fuera a ver la fábrica; así que fui. Pensé que no habría problema.

—Bueno, sí que lo hubo. Y me gustaría saber qué asuntos tienes tú para andar de un lado para otro en cuanto me doy la vuelta. ¿Cómo puedo saber si Price mandó algo o no? Y lo que es más, sabes que la casa no debería quedarse sola.

—Lo siento —dijo ella agradablemente, con la determinación de ser mansa y obediente.

Él gruñó.

—Quizás no mandó nada. Y si lo hizo, y encontró la casa cerrada, debería haber vuelto a mandar. Tráeme el tintero, y escribiré una nota que Agnes debe llevar cuando vaya a la escuela mañana por la mañana.

Anna obedeció.

—Nunca podrán pagar veinticinco libras, padre —se aventuró a decir—. Ya han pagado treinta, ¿sabe?

—Menos cháchara —dijo él bruscamente, tomando la pluma—. Toma, escríbelo tú. —Le arrojó la pluma—. Dile a Titus que si no paga veinticinco esta semana, le meteremos a los alguaciles.

—¿No quedará mejor si viene de usted, padre? —suplicó ella.

—¿De quién es la propiedad? —La lacónica pregunta fue final. Sabía que debía obedecer y comenzó a escribir. Pero, dándose cuenta de que por fuerza se encontraría tanto con Titus Price como con Willie el domingo, simplemente exigió el dinero, omitiendo la amenaza. Le temblaba la mano mientras le pasaba la nota para que la leyera.

—¿Servirá?

Su respuesta fue rasgar el papel por la mitad.

—Pon lo que te digo —ordenó—, y no malgastemos más papel. —Luego dictó una carta que era un ultimátum en tres líneas—. Fírmala —dijo.

Ella la firmó, llorando. Podía ver el melancólico reproche en los ojos de Willie Price.

—Supongo —dijo su padre, cuando ella le dio las «buenas noches»—, supongo que si no te hubiera preguntado, no me habría enterado de nada de este correteo con Mynors.

—Iba a decirle que había estado en la fábrica, padre —dijo ella.

—¡Ibas a! —Ese fue su golpe final, y habiéndolo asestado, soltó a la víctima—. Vete a la cama —dijo.

Ella subió las escaleras, leyó resueltamente su Biblia y oró resueltamente.

[1] Hombre de chaqueta: el término satírico del artesano para cualquiera que no trabaja en mangas de camisa, que no es realmente un productor, como un oficinista o un capataz pretencioso.

[2] Gacetas: grandes recipientes ovalados de arcilla basta, en los que se coloca la loza para la cocción.

CAPÍTULO IX: LA FIESTA

Esta ferocidad hosca y aterradoradora de Tellwright era tan instintiva como el gruñido y el salto de una bestia de presa. Nunca consideró su actitud hacia las mujeres de su casa como un fenómeno inusual que necesitara justificación, o como algo en lo más mínimo anormal. Las mujeres de una casa eran las víctimas naturales de su amo: en su experiencia siempre había sido así. En su experiencia, el amo siempre, por consentimiento universal, había poseído ciertos derechos sobre el respeto propio, la felicidad y la paz de las almas indefensas puestas bajo su mando, derechos tan incuestionables como los ejercidos por Iván el Terrible. Tales derechos estaban arraigados en la naturaleza secreta de las cosas. Era inútil discutirlos, porque su necesidad y su propiedad eran igualmente obvias. Tellwright no se habría enfadado con ningún hombre que los impugnara: simplemente habría considerado al tipo como un excéntrico y un tonto de nacimiento, en quien la lógica o la indignación se desperdiciarían por completo. Hacía lo que su padre y sus tíos habían hecho. Todavía pensaba en su padre como un cliente sombrío, infinitamente más temible que él mismo. Realmente creía que los padres malcriaban a sus hijos hoy en día: ser derribado de un solo golpe era uno de los castigos de su propia generación. Podía recordar la terrible timidez de los ojos de su madre sin un rastro de compasión. Su trato a sus hijas no era parte de un sistema, ni obedecía a ningún principio definido, ni era la expresión de una disposición brutal, ni el resultado de un hábito gradualmente adquirido. Le venía como comer, y como la parsimonia. Perteneía a la grande y poderosa clase de tiranos domésticos, la columna vertebral de la nación británica, cuyas opiniones sobre el impuesto sobre la renta hacen temblar a los ministerios. Si le hubieras hablado de las gracias

domésticas de la vida, tus palabras no le habrían transmitido ningún significado. Si lo hubieras acusado de simple grosería no provocada, habría sonreído, sabiendo bien que, así como el Rey no puede equivocarse, un hombre no puede ser grosero en su propia casa. Si le hubieras dicho que infligía una miseria sin propósito no solo a los demás sino a sí mismo, habría vuelto a sonreír, vagamente consciente de que no había intentado ser feliz y más bien despreciando la felicidad como una especie de baratija infantil. De hecho, nunca había sido feliz en casa: nunca había conocido esa expansión del espíritu que se llama alegría; existía continuamente bajo un agravio. La atmósfera de Manor Terrace también lo afligía con una melancólica penumbra, a él, que la había creado. Si hubiera sido capaz de autoanalizarse, habría descubierto que su corazón se aligeraba cada vez que salía de la casa y se oscurecía cada vez que regresaba; pero era incapaz de tal hazaña. Su caso, como todo caso similar, era irremediable.

A la mañana siguiente, su absurdo disgusto pesaba como una maldición sobre la casa; Anna guardaba silencio y Agnes se movía con pies tímidos. Por la tarde, Willie Price llamó en respuesta a la nota. El avaro estaba en el jardín y Agnes en la escuela. La humildad cobarde y aduladora de Willie era inexpresablemente conmovedora y vergonzosa para Anna. Ansiaba decirle, mientras él permanecía vacilante y confundido en el salón: «Vete en paz. Olvida este despreciable alquiler. Me enferma verte así». Preveía, como efecto de la persecución vengativa de su padre a sus inquilinos, una sucesión interminable de estas entrevistas mortificantes.

—Es usted bastante dura con nosotros —comenzó Willie Price, usando las viejas frases, pero en un tono de alegría forzada y propiciatoria, como si temiera desatar una tormenta de ira que lo arruinara todo—. No negará que hemos estado haciendo lo posible.

—El alquiler está vencido, ya sabe, señor William —respondió ella, sonrojándose.

—Oh, sí —dijo él rápidamente—. No lo niego. Lo admito. Yo... ¿vio por casualidad la posdata del señor Tellwright en su carta?

—No —respondió ella, sin pensar.

Sacó la carta, sucia y arrugada, de su bolsillo y se la mostró. Al pie de la página leyó, con la caligrafía gruesa y torpe de Ephraim: «P.D. Esto es

definitivo».

—Mi padre —dijo Willie— se molestó un poco. Dijo que nunca había recibido una carta así en toda su carrera comercial. No es como si...

—No necesito decirle —interrumpió ella, con una repentina determinación de llegar a lo peor sin más suspense— que, por supuesto, estoy en manos de mi padre.

—¡Oh! Por supuesto, señorita Tellwright; lo entendemos perfectamente, perfectamente. Es solo una cuestión de negocios. Debemos una deuda y debemos pagarla. Todo lo que queremos es tiempo. —Le sonrió lastimosamente, con sus ojos azules llenos de súplica. Se vio obligada a mirar al suelo.

—Sí —dijo, golpeando el pie en la alfombra—. Pero mi padre habla en serio. —Lo miró de nuevo, tratando de suavizar sus palabras por medio de algo más sutil que una sonrisa.

—Habla en serio —convino Willie—; y lo admiro por ello.

La mentira obsequiosa y servil le resultó odiosa.

—Quizás podría verlo —se aventuró.

—Ojalá lo hiciera —dijo Anna, sinceramente—. Padre, te necesitan —gritó secamente por la ventana.

—Tengo una propuesta que hacerle —continuó Price, mientras esperaban la presencia del avaro—, y no creo que la rechace.

—Bueno, joven señor —dijo Tellwright con amabilidad, con un aire casi insinuante, al entrar. Willie Price, el simplón, se dejó engañar y, tomando valor, adoptó otra línea de defensa. Pensó que el avaro estaba un poco avergonzado de su posdata.

—Sobre su nota, señor Tellwright; le estaba diciendo a la señorita Tellwright que mi padre dijo que nunca había recibido una carta así en toda su carrera comercial. —El joven asumió una discreta indignación.

—Tu padre ha recibido docenas de cartas así, muchacho —dijo el avaro con frío énfasis—, o mi nombre no es Tellwright. No me digas que Titus Price nunca ha oído hablar de un alguacil antes.

Willie fue aplastado de un golpe y se vio obligado a retroceder. Sonrió dolorosamente.

—Vamos, señor Tellwright. No hable así. Todo lo que queremos es tiempo.

—El tiempo es oro —dijo Tellwright—, y si le damos tiempo, le damos dinero. En lugar de eso, es usted quien debe darnos dinero. Esa es la razón correcta.

Willie se rió con dificultad.

—Mire, señor Tellwright. Para abreviar, la cosa es así. Pide veinticinco libras. Tengo en el bolsillo una letra de cambio girada por nosotros sobre el señor Sutton y endosada por él, por treinta libras, pagadera en tres meses. ¿La aceptará? Recuerde que es por treinta, y solo pide veinticinco.

—¿Así que el señor Sutton tiene tratos con vosotros, eh? —comentó Tellwright.

—Oh, sí —respondió Willie con orgullo—. Nos compra regularmente. Hemos hecho negocios durante años.

—¿Y paga con letras a tres meses, eh? —sonrió el avaro.

—A veces —dijo Willie.

—A verla —dijo el avaro.

—¿Qué, la letra?

—¡Sí!

—¡Oh! La letra está en regla. —Willie la sacó del bolsillo y, abriendo el papel azul, se la dio al viejo Tellwright. Anna percibió la ansiedad en el rostro del joven. Se sonrojó y le tembló la mano. No se atrevió a hablar, pero deseaba decirle que estuviera tranquilo. Sabía por señales infalibles que su padre aceptaría la letra. Ephraim miró el papel timbrado como algo extraño y sin precedentes en su experiencia.

—Mi padre querría que no negociara esa letra —dijo Willie—. El caso es que le prometimos al señor Sutton que esa letra en particular no saldría de nuestras manos, a menos que fuera absolutamente necesario. Así que a mi padre le gustaría que no la descontara, y él la rescatará antes de que venza.

Comprende perfectamente... no queremos ofender a un cliente antiguo como el señor Sutton.

—¿Entonces este trozo de papel no vale nada durante casi¹ tres meses?
—dijo el anciano, con una afectación de desconcertada simplicidad.

Felizmente inspirado por una vez, Willie no respondió, sino que hizo la pregunta:

—¿La aceptará?

—¡Sí! La aceptaremos —dijo Tellwright—, aunque no sea más que una promesa. —Estaba muy complacido.

El rostro del joven Price mostró su alivio. Era evidente que había estado pasando por una prueba. Anna adivinó que quizás todo había dependido de la aceptación por parte de Tellwright de esa letra. Si la hubiera rechazado, los Price, pensó, podrían haber llegado a un desastre repentino. Se sintió contenta y aliviada por el momento; pero inmediatamente se le ocurrió que su padre no descansaría satisfecho por mucho tiempo; unas pocas semanas, y daría otra vuelta de tuerca.

Los Tellwright estaban destinados a tener otras visitas esa tarde. Agnes, al volver de la escuela, venía acompañada de una dama. Anna, que estaba poniendo la mesa para el té, vio pasar una doble sombra por la ventana y oyó voces. Corrió a la cocina y encontró a la señora Sutton sentada en una silla, respirando rápidamente.

—Disculparás que entre sin ceremonias, Anna —dijo, después de haberla besado efusivamente—. Pero Agnes dijo que siempre entraba por la puerta de atrás, así que yo también he venido por ahí. Ahora estoy descansando un minuto. Hoy he tenido que caminar. Nuestro caballo se ha quedado cojo.

Este buen corazón irradiaba una buena voluntad celestial, incluso en las frases más ordinarias. Anna comenzó a expandirse de inmediato.

—Pase al salón —dijo—, y déjeme ponerla cómoda.

—Solo un minuto, querida —rogó la señora Sutton, abanicándose con el pañuelo—, las piernas de Agnes son tan largas.

—¡Oh, señora Sutton! —protestó Agnes, riendo—, ¿cómo puede decir eso? ¡Apenas podía seguirle el ritmo!

—Bueno, querida, nunca he podido caminar despacio. Soy de las que andan hasta caer. Es muy tonto. —Sonrió, y las dos muchachas sonrieron felices a su vez.

—Agnes —dijo el ama de casa—, pon otra taza, platillo y plato. —Agnes arrojó su sombrero y su cartera de libros, ansiosa por mostrar hospitalidad.

—Sigue haciendo mucho calor —comentó Anna, ya que la señora Sutton guardaba silencio.

—Aquí se está muy fresco —dijo la señora Sutton—. Veo que tienes la cocina como los chorros del oro, Anna, si me permites decirlo. Henry estaba muy entusiasmado con esta cocina la otra noche, en nuestra casa.

—¿Qué, el señor Mynors? —Anna se puso roja hasta las orejas.

—Sí, querida; y es un joven muy exigente, ya sabes.

La tetera hirvió convenientemente en ese momento, y Anna fue a la cocina a preparar el té.

—El té está listo, señora Sutton —dijo finalmente—. Seguro que le apetece una taza.

—Vaya que sí —dijo la señora Sutton—. A eso he venido.

—Tomamos el té a las cuatro. Mi padre se alegrará de verla. —El reloj dio la hora, y entraron en el salón, Anna llevando la tetera y la jarra de agua caliente. Agnes las había precedido. El anciano estaba sentado expectante en su silla.

—Bueno, señor Tellwright —dijo la visitante—, ya ve que he venido a verlo y a pedirle una taza de té. Alcancé a Agnes volviendo a casa de la escuela... la alcancé, fíjese... ¡yo, a mi edad! —Ephraim se levantó lentamente y le estrechó la mano.

—Bienvenida sea —dijo bruscamente, pero con una amabilidad que asombró a Anna. Ella no sabía que en días pasados él había conocido a la señora Sutton como una joven y encantadora muchacha, una visión que había despertado ideas poéticas en cientos de pechos prosaicos, incluido el de Tellwright. Apenas había un wesleyano de mediana edad en Bursley y Hanbridge que no tuviera un aprecio peculiar por la señora Sutton, y que no pensara que solo él la apreciaba de verdad.

—¿Con qué se ha estado cansando esta tarde? —preguntó, cuando habían empezado el té y la señora Sutton había rechazado un segundo trozo de pan con mantequilla.

—¿Qué he estado haciendo? He estado viendo unas reparaciones interiores en la casa del superintendente. Agradece no ser la esposa de un mayordomo de circuito, Anna.

—Vaya, ¿tiene que encargarse de las reparaciones de la casa del pastor? —preguntó Anna, sorprendida.

—Vaya si lo hace. Tiene que interponerse entre la esposa del pastor y los fondos de la sociedad. Y la señora Reginald Banks está acostumbrada a lo mejor de lo mejor. Es un poco exigente, aunque debo decir que también está dispuesta a gastar su propio dinero. Ahora quiere una caldera nueva en el fregadero, y estoy segura de que su caldera es mucho mejor que la nuestra. Pero debemos intentar complacerla. No está acostumbrada a nosotros, gente ruda, y a nuestras maneras. El señor Banks me dijo esta tarde que siempre intentaba protegerla de las preocupaciones de este mundo. —Sonrió casi imperceptiblemente.

Sonó un timbre, y Agnes, muy perturbada por la augusta llegada, dejó entrar al propio señor Banks.

—¿Puedo entrar, mi pequeña querida? —dijo el señor Banks—. ¿Su padre, su hermana, están?

—Nunca llueve a gusto de todos —dijo Tellwright, que había captado la voz del pastor.

—Hablando de ángeles... —dijo la señora Sutton, riendo en voz baja.

El pastor entró majestuosamente en el salón.

—¡Ah! ¿Cómo está, hermano Tellwright, y usted, señorita Tellwright? Señora Sutton, parece que nosotros dos estamos felizmente destinados a encontrarnos esta tarde. No dejen que los moleste, se lo ruego, no puedo quedarme. Mi tiempo es muy limitado. Ojalá pudiera llamar más a menudo, hermano Tellwright; pero realmente el nuevo régimen no deja tiempo para visitas pastorales. Le decía a mi esposa esta misma mañana que no he tenido una tarde libre en un mes. —Aceptó una taza de té.

—Tenemos una fiesta de té esta tarde —dijo Tellwright cuasi-privadamente a la señora Sutton.

—Y ahora —reanudó el pastor—, he venido a pedir. El fondo especial, ya sabe, señor Tellwright, para saldar la deuda de los nuevos edificios de la escuela. Me referí a ello desde el púlpito el domingo pasado. No es de mi incumbencia ir pidiendo, pero alguien tiene que hacerlo.

—Bueno, por mi parte, me he adelantado a usted, señor Banks —dijo la señora Sutton—, porque es precisamente a ese recado que he venido a ver al señor Tellwright esta tarde. Su nombre está en mi lista.

—¡Ah! Entonces dejo a nuestro hermano a sus superiores persuasiones.

—Vamos, señor Tellwright —dijo la señora Sutton—, está entre dos fuegos y no obtendrá piedad. ¿Qué dará?

El avaro previó una probable derrota y buscó algún medio de escape.

—¿Qué están dando los demás? —preguntó.

—Mi marido da cincuenta libras, y usted podría comprarlo entero, con todo y todo.

—¡No, no! —dijo Tellwright, horrorizado por esta suma. Había subestimado la importancia del Fondo de Construcción.

—Y yo —dijo solemnemente el párroco—, solo tengo cincuenta libras en el mundo, pero voy a dar veinte a este fondo.

—Entonces está dando demasiado —dijo Tellwright con brusca rapidez—. No puede permitírselo.

—El Señor proveerá —dijo el párroco.

—Quizás lo haga, quizás no. Menos mal que tiene una esposa rica, señor Banks.

La dignidad del párroco quedó obviamente herida, y Anna se preguntó tímidamente qué ocurriría a continuación. La señora Sutton interpuso.

—Vamos, señor Tellwright —dijo de nuevo—, al grano: ¿qué dará?

—Lo pensaré y le haré saber —dijo Ephraim.

— ¡Oh, no! Eso no servirá en absoluto, ¿verdad, señor Banks? Yo, al menos, no me iré sin una promesa definida. Como un viejo y buen wesleyano, por supuesto sentirá que es su deber ser generoso con nosotros.

— Usted solía ser un pilar del circuito de Hanbridge, ¿no es así? — dijo el señor Banks al avaro, recuperándose.

— Así solían decir — respondió Tellwright sombríamente —. Eso era porque los libré de deudas en diez años. Pero han vuelto a caer en la zanja desde que los dejé.

— Pero si no me equivoco, usted no se reúne² con nosotros — prosiguió el pastor imperturbablemente.

— No.

— Mi propia clase es a las tres los sábados — dijo el pastor —. Me alegraría verlo.

— Le diré lo que haré — dijo el avaro a la señora Sutton —. Titus Price es un pez gordo en la escuela dominical. Daré tanto como él dé para los edificios de la escuela. Eso es justo.

— ¿Sabe lo que va a dar el señor Price? — preguntó la señora Sutton al pastor.

— Vi al señor Price ayer. Va a dar veinticinco libras.

— Muy bien, es un trato — dijo la señora Sutton, que había tenido más éxito del que esperaba.

Ephraim fue víctima de su propia intriga. Se había asegurado de que la contribución de Price sería pequeña. Esta ostentosa munificencia por parte del arruinado Titus lo llenó de ira secreta. Decidió exigir más alquiler en una fecha muy próxima.

— Lo apuntaré por veinticinco libras como primera suscripción — dijo el pastor, sacando una libreta. ¿Quizás le dará a la señora Sutton o a mí el cheque hoy?

— ¿Ha pagado el señor Price? — preguntó el avaro, cautelosamente.

— Todavía no.

—Entonces venga a verme cuando lo haya hecho. —Ephraim percibió la vía de escape.

Cuando el pastor se fue, como la señora Sutton no parecía tener prisa por marcharse, Anna y Agnes recogieron la mesa.

—Le estaba diciendo a tu padre, Anna —dijo la señora Sutton, cuando Anna volvió a la habitación—, que el señor Sutton, Beatrice y yo vamos a la Isla de Man pronto por una quincena más o menos, y nos gustaría mucho que vinieras con nosotros.

El corazón de Anna comenzó a latir violentamente, aunque sabía que no había esperanza para ella. ¡Este, entonces, era sin duda el principal objetivo de la visita de la señora Sutton!

—¡Oh! ¡Pero no podría, de verdad! —dijo Anna, apenas consciente de lo que decía.

—¿Por qué no? —preguntó la señora Sutton.

—Bueno... la casa.

—¿La casa? Agnes podría encargarse de las pocas tareas domésticas que su padre necesitara. Las escuelas terminarán la semana que viene.

—¿Para qué quieren vacaciones estos jóvenes? —inquirió Tellwright con rudeza filosófica—. Yo nunca tuve una. Y lo que es más, no se lo agradecería. Me quedaré en Bursley. Cuando tienes un techo propio, ¿qué sentido tiene ir a otro sitio y malvivir?

—Pero realmente queremos que Anna vaya —continuó la señora Sutton—. Beatrice está muy ansiosa por ello. Beatrice tiene muy pocas amigas adecuadas.

—No lo habría pensado —dijo Tellwright—. Parece conocer a todo el mundo.

—Pero es así —insistió la señora Sutton.

—Creo que será mejor que dejes a Anna fuera este año —dijo el avaro obstinadamente.

Anna deseó profundamente que la señora Sutton abandonara el inútil intento. Entonces percibió que la visitante le hacía señas para que saliera de la

habitación. Anna obedeció, yendo a la cocina a echar un ojo a Agnes, que estaba fregando.

— Todo está arreglado — dijo la señora Sutton con satisfacción, cuando Anna regresó al salón —. Tu padre ha consentido en que vayas con nosotros. Es muy amable de su parte, porque estoy segura de que te echará de menos.

Anna se sentó, lacia, sin palabras. No podía creer la noticia.

— Es usted terriblemente buena — le dijo a la señora Sutton en el vestíbulo, mientras esta última salía de la casa —. Estoy tan agradecida... no se lo puede imaginar. — Y le echó los brazos al cuello de la señora Sutton.

Agnes corrió a despedirse.

La señora Sutton besó a la niña.

— Agnes será la pequeña ama de casa, ¿eh? — La pequeña ama de casa estaba casi tan contenta con la perspectiva de llevar la casa como si ella también fuera a la Isla de Man —. Supongo que ambas estaréis en la fiesta escolar el próximo martes — dijo la señora Sutton, tomando a Agnes de la mano. Agnes miró a su hermana interrogativamente.

— No lo sé — respondió Anna —. Ya veremos.

La verdad era que, como no se atrevía a pedirle a su padre el dinero para las entradas, no había pensado en la fiesta escolar.

— ¿Te he dicho que es muy probable que Henry Mynors venga con nosotros a la Isla de Man? — dijo la señora Sutton desde la verja.

Anna se retiró a su dormitorio para saborear una asombrosa felicidad en la quietud. En la cena, el avaro estaba de un humor no poco benévolo. Esperaba una reacción a la mañana siguiente, pero Ephraim, extrañamente, permaneció inofensivo. Se aventuró a pedirle el dinero para las entradas de la fiesta, dos chelines. Él no respondió de inmediato. Media hora después, exclamó:

— ¿Para qué demonios quieres fiestas escolares?

— Es Agnes — respondió ella —; por supuesto, Agnes no puede ir sola.

Al final, arrojó un florín. Se volvió peligroso durante el resto del día, pero el florín era un hecho indiscutible en el bolsillo de Anna.

La fiesta escolar se celebró en un campo de doce acres cerca de Sneyd, la sede de un marqués, y un lugar de recreo de los sábados por la tarde muy popular en las Cinco Villas. Los niños se formaron al mediodía en Duck Bank en una procesión, que marchó a la estación de ferrocarril cantando «¿Nos reuniremos en el río?». Desde allí, un tren especial los llevó, en compartimentos abarrotados, excitados y estridentes, a Sneyd, donde había habido dos aguaceros fuertes por la mañana. La procesión se reformó a lo largo de un camino rural, y el cielo vacilante amenazaba más lluvia; pero como el sol había brillado deslumbrantemente a las once en punto, todas las mujeres y niñas, demasiado fácilmente tentadas por la gloria del momento, florecieron en blusas pálidas y sombrillas. La multitud parlanchina, brillante e indefensa como las flores, formaba en Sneyd un cuadro a la vez alegre y patético. Había llovido allí a las doce y media; los caminos estaban mojados; y entre los doscientos cincuenta niños y treinta maestros había menos de veinte paraguas. La excursión estaba teóricamente a cargo de Titus Price, el Superintendente Mayor, pero este dignatario no había llegado a Duck Bank, y Mynors había tomado su lugar. En el tren, Anna oyó que alguien había visto al señor Price, con un gran sombrero de ala ancha gris, saltar al furgón del revisor en el mismo instante de la partida. No había estado en la escuela el domingo anterior, y Anna estaba algo perturbada ante la perspectiva de encontrarse con el hombre que había definido su carta como única en toda su carrera comercial. Vio de refilón el sombrero gris en el andén de Sneyd, y dirigió a sus propios alumnos para evitar su cercanía. Pero en la marcha hacia el campo, Titus pasó revista a la procesión, y se vio obligada a encontrarse con sus ojos y devolverle el saludo. El aspecto del hombre fue un shock para ella. Parecía más delgado, nervioso, inquieto, preocupado y terriblemente agobiado por las preocupaciones; excepto el sombrero nuevo y brillante, toda su ropa de verano estaba sucia y raída. Era como si se hubiera forzado, por guardar las apariencias, a asistir a la fiesta, pero hubiera dejado sus pensamientos en Edward Street. Su alegría inquieta y hueca era dolorosa de ver. Anna se dio cuenta de la intensidad de la crisis por la que estaba pasando el señor Price. Percibió en una sola mirada, más claramente de lo que podría haberlo hecho después de cien entrevistas con el joven e irresponsable William —por muy angustiosas que fueran—, que Titus debía haber estado inmerso durante semanas en una lucha verdaderamente espantosa. Su rostro era una prueba de la trágica sinceridad de las súplicas de William a ella y a su padre. Que Price hubiera logrado pagar setenta libras

de alquiler en poco más de un mes le pareció, a ella, imperfectamente cono- cedora tanto de las despiadadas coacciones de Ephraim como de los mal- abarismos financieros que a menudo practican los deudores apurados, un esfuerzo casi milagroso por la honestidad. Su conciencia la remordió por ser cómplice de lo que ahora veía como una persecución. Sintió tanta pena por Titus como la había sentido por su hijo. El hombre obeso, con su rep- utación hecha jirones a su alrededor, era agudamente melancólico a sus ojos, como podría haberlo sido un niño.

Un carruaje pasó rodando, levantando el polvo en los lugares donde el fuerte sol ya había secado el camino. Era el landó del señor Sutton, con- ducido por Barrett. Beatrice, de blanco, iba sentada sola entre cojines, mien- tras que dos grandes cestas ocupaban la mayor parte del pescante. El carrua- je parecía moverse con facilidad y rapidez señoriales, y los maestros, ya cansados e irritados por las interminables travesuras de los niños, en- vidieron amargamente a la doncella entronizada que les saludaba y sonreía con tan encantadora condescendencia. Fue un triunfo social para Beatrice. Desapareció delante como una diosa en una nube, y apenas hubo mujer que la viera desde el humilde nivel del camino que no se hubiera casado con un sátiro para poder hacer lo que hacía Beatrice. Más tarde, cuando llegaron al campo y los niños, irrumpiendo por la puerta, se habían extendido como una inundación sobre la hierba cubierta de margaritas, se veía el landó para- do cerca de la tienda de refrescos; Barrett desempacaba las cestas, que con- tenían delicados pasteles cremosos para el té de los maestros; Beatrice ex- plicó que eran un regalo de su madre y que había venido en coche para preservar los frágiles pasteles de los riesgos de un viaje en tren. La gratitud se hizo vocal y el éxito de Beatrice fue perfecto.

Entonces, los maestros más concienzudos se dedicaron seriamente a la tarea de entretener a los niños más pequeños, y los niños más pequeños consintieron en ser entretenidos según las recetas establecidas por la larga costumbre para las fiestas escolares. Muchos juegos de corro, que invari- ablemente incluían cantar o besar, siendo así resucitados anualmente por personas mayores de las profundidades de la memoria, se conservaron para una posteridad que de otro modo nunca los habría conocido. Entre ellos es- taba Bobby-Bingo. Durante veinticinco años, Titus Price había jugado a Bobby-Bingo con las clases infantiles en la fiesta escolar, y este año estaba obligado por las expectativas de todos a continuar la práctica. Otra diver-

sión que siempre se cuidaba de organizar era la carrera de tres piernas para niños. Además, solía unirse al tut-ball, un pintoresco juego que debe su sorprendente longevidad al hecho de que es igualmente apropiado para ambos sexos. En media hora, la fiesta estaba en pleno apogeo; fútbol, críquet, rounders, pillla-pilla, salto de rana, barras y juegos de corro transformaron el campo en una vasta arena de complicadas luchas y emulaciones. Todos estaban ocupados, excepto algunas de las mujeres y las muchachas mayores, que paseaban lánguidamente en el papel de espectadoras. El sol brillaba generosamente sobre decenas de atuendos vivos y frágiles, y las sombrillas formaban hemisferios de color brillante que se movían lentamente contra el rico verde de la hierba. Alrededor había campos de trigo amarillo y prados donde vacas de un marrón bruñido meditaban indolentemente sobre los fenómenos de una fiesta escolar. Cada seto, zanja, puerta y cancela estaba en esa condición ideal de corrección plenaria que denota que un gran terateniente exhibe las bellezas de la agricultura científica para el beneficio de sus aldeanos. El cielo, de un azul intenso, era un mar en el que grandes nubes blancas navegaban suavemente pero caprichosamente; en el horizonte norte, una baja franja de humo marcaba la siniestra región de las Cinco Villas.

—¿Quieres venir a ayudar con las bolsas y las tazas? —preguntó Henry Mynors a Anna. Ella estaba de pie, sola, observando a Agnes jugar con otras niñas. Mynors evidentemente había cruzado el campo hacia ella desde la tienda de refrescos, que estaba en el extremo opuesto del campo. A sus ojos, él era una vez más el ejemplo de estilo. Su traje de franela gris, su sombrero de paja blanco, le sentaban admirablemente. Estaba de pie, relajado, con las manos en los bolsillos del abrigo, y sonreía satisfecho.

—Después de todo —dijo—, el té es lo principal y, aunque faltan dos horas para la hora del té, es mejor adelantarse.

—Me gustaría tener algo que hacer —respondió Anna.

—¿Cómo estás? —dijo él familiarmente, después de esta abrupta apertura, y luego le estrechó la mano. Atravesaron el campo juntos, con muchas desviaciones para evitar invadir las áreas de juego.

La ondeante tienda de refrescos parecía estar llena de montones de cestas y montones de bolsas y montones de tazas, que el contratista había traído en un carro. Algunos maestros ya estaban empezando a meter las bolsas de pa-

pel en las cestas; cada bolsa contenía pan con mantequilla, pastel de pasas, un pastel de Eccles y un bollo de Bath. En el extremo de la tienda, Beatrice Sutton estaba arreglando sus manjares en una pequeña mesa de caballetes.

— Ven rápido, Anna — exclamó —, y prueba mis tartas, y dime qué te parecen. ¡Espero que a la buena gente le gusten! — Y luego, volviéndose hacia Mynors —: ¡Hola! ¿Estás encargándote de las bolsas y demás? ¡Pensé que ese era siempre el trabajo favorito de Willie Price!

— Así es — dijo Mynors —. Pero, desafortunadamente, hoy no está aquí.

— ¿Cómo es eso, por favor? Nunca lo vi faltar a una fiesta escolar antes.

— El señor Price me dijo que no podían ausentarse ambos de la fábrica en este momento. Muy ocupados, supongo.

— Bueno, de todos modos, William habría sido más útil que su padre.

— ¡Silencio, silencio! — murmuró Mynors con una risa contenida.

Beatrice estaba en uno de sus estados de ánimo «directos», como ella misma los llamaba.

Los preparativos de Mynors para la pronta distribución del té a la hora señalada eran muy minuciosos e implicaban una cantidad considerable de inclinaciones y trabajo manual. Pero, aunque se animaron con frecuentes intervalos de chismes y excursiones al campo para observar tal o cual vista divertida, todo terminó media hora antes de tiempo.

— Iré a avisar al señor Price — dijo Mynors —. Es muy capaz de olvidarse del reloj. — Mynors salió de la tienda y se dirigió al lugar de una competición atlética, en la que Titus Price, en mangas de camisa, distribuía premios de seis peniques y peniques. La famosa carrera de tres piernas acababa de terminar. Anna lo siguió a un ritmo pausado, y poco después Beatrice la alcanzó.

— El gran Titus parece mejor que cuando llegó al campo — comentó Beatrice. Y, en efecto, el superintendente había adoptado un aspecto bastante alegre: sonrojado, excitado y jocosos a su manera elefantina; parecía como si no tuviera una sola preocupación en el mundo. Los chicos se agolpaban apreciativamente a su alrededor. Pero esta fue su última hora de alegría.

— ¡Vaya! Willie Price está aquí — exclamó Anna, percibiendo a William en el borde de la multitud. El tipo larguirucho estaba de pie, vacilante, con la mano izquierda ocupada en su bigote.

— Así es — dijo Beatrice—. Me pregunto qué significará eso.

Titus no había observado al recién llegado, pero Henry Mynors vio a William e intercambió unas palabras con él. Luego, el señor Mynors avanzó entre la multitud y habló con el señor Price, quien miró rápidamente a su hijo. Las muchachas, a una distancia de cuarenta yardas, pudieron discernir el rápido cambio en el comportamiento del hombre. En un segundo había vuelto al deplorable Titus de hacía tres horas. Se abrió paso bruscamente hasta William, poniéndose el abrigo mientras caminaba. La pareja habló, William miró su reloj, y en otro momento abandonaban el campo. Henry Mynors tuvo que terminar la distribución de premios. Esto fue lo que Anna y Beatrice vieron claramente. Otros tampoco habían sido ciegos a esta repentina y dramática partida. Despertó un comentario universal entre los maestros.

— Algo debe de ir mal en la fábrica de los Price — dijo Beatrice—, y Willie ha tenido que ir a buscar a su papá. — Esta fue la conclusión de todos los chismosos. Beatrice añadió—: Papá ha mencionado a los Price varias veces últimamente, ahora que lo pienso.

Anna se sintió extremadamente cohibida e incómoda. Sentía como si todos dijeran de ella: «¡Ahí va la opresora de los pobres!». Estaba bastante segura, sin embargo, de que su padre no era responsable de este incidente en particular. Debía haber, entonces, otros acreedores implacables. Había estado disfrutando mucho de la tarde, pero ahora su placer cesó.

La fiesta terminó desastrosamente. En medio de la comida de los niños, mientras aún se llevaban de un lado a otro las enormes teteras de doble asa por las sedientas filas, y los niños hacían explotar sus bolsas con detonaciones espantosas, comenzó a llover con fuerza. El sol inconstante retiró su esplendor de los atuendos y no se volvió a ver durante una semana.

— Ha llegado por fin — eyaculó Mynors, que había observado el cielo con ansiedad durante una hora antes. Movilizó a los niños y los alineó bajo una hilera de olmos. Los maestros, corriendo a la tienda para tomar su propio té, se decían unos a otros que el aguacero solo podía ser breve. El deseo

era el padre del pensamiento, pues se sentían un poco avergonzados de estar a cubierto mientras sus pupilos se refugiaban precariamente bajo árboles goteantes; sin embargo, no había otra cosa que hacer; los hombres se turnaban bajo la lluvia para mantener a los niños en sus lugares. El cielo estaba completamente cubierto.

—Se ha puesto para una tarde de lluvia, así que más vale que saquemos el mejor partido posible —dijo Beatrice sombríamente, y envió el landó a casa vacío. Tenía razón. Una serpiente desolada y disgustada de una procesión se arrastró por los charcos hasta la estación. El andén resonaba con estornudos. Nadie más que una modista podría haber descubierto un lado bueno en la nube negra y omnipresente que había arruinado tantas docenas de hermosos trajes. Anna, melancólica y taciturna, se esforzó por minimizar la incomodidad de sus alumnos. Una palabra de Mynors habría sido un bálsamo para ella; pero Mynors, el general de un ejército derrotado, parlamentaba por teléfono con el jefe de tráfico del ferrocarril para acelerar el tren especial.

CAPÍTULO X: LA ISLA

Por esta época, Anna no veía mucho a Henry Mynors. A los veinte años, un hombre es temerario en el amor, y de nuevo, quizás, a los cincuenta; un hombre de mediana edad enamorado de una joven es capaz de sublimes locuras. Pero el hombre de treinta que ama por primera vez suele ser la encarnación de la prudente discreción. No se enamora con una caída violenta, sino que más bien se deja caer suavemente, probando continuamente la cuerda. Su valor social, especialmente si ha alcanzado el éxito mundano, está en su punto más alto y, sin presunción, es consciente de ello. Ha perdido muchas ilusiones sobre las mujeres; ha visto a más de un amigo naufragar en el mar de un matrimonio insensato; conoce las alegrías de la libertad de un soltero, sin haberse cansado de ellas; percibe riesgos donde el joven solo percibe éxtasis, y el anciano solo una dichosa liberación de la soledad. En lugar de buscar, es buscado; en consecuencia, es egoísta y exigente. Todas estas cosas se combinan para tranquilizar la pasión a los treinta. Mynors estaba enamorado de Anna, y su amor tenía sus momentos ardientes; pero en lo principal era un afecto moderado, un afecto que caminaba con circunspección, con los ojos abiertos, cuidadoso de su dignidad, demasiado orgulloso para parecer apurado; si, por impulso, saltaba hacia adelante de vez en cuando, el movimiento involuntario era dominado y controlado. Mynors visitaba Manor Terrace una vez a la semana, nunca el mismo día de la semana, ni sin discutir negocios con el avaro. Ocasionalmente acompañaba a Anna desde la escuela o la capilla. Tales métodos eran precisamente del gusto de Anna. Como él, ella amaba la prudencia y el decoro, prefiriendo apresurarse lentamente. Desde el Avivamiento, solo habían hablado íntimamente una vez; en esa única ocasión, Henry le había sugerido que podría

interesarle unirse a la clase de la señora Sutton, que se reunía los lunes por la noche; ella aceptó la insinuación con placer y encontró un pozo de inspiración espiritual en las homilías modestas y sencillas, pero fervientes, de la señora Sutton. Mynors no era culpable de soplar frío y calor a la vez. Estaba segura de él. Esperaba tranquilamente los acontecimientos, existiendo, como era su costumbre, en el futuro.

El futuro, entonces, significaba la Isla de Man. Anna soñaba con una isla encantada y horas de éxtasis inimaginable. Durante toda una semana después de que la señora Sutton hubiera obtenido el consentimiento de Ephraim, su visión nunca se detuvo en detalles prácticos. Entonces Beatrice la visitó; era la mañana después de la fiesta, y Anna estaba cepillando su vestido embarrado; llevaba un gran delantal blanco y sostenía un cepillo de ropa en la mano cuando abrió la puerta.

—¿Estás ocupada? —dijo Beatrice.

—Sí —dijo Anna—, pero entra. Pasa a la cocina, ¿te importa?

Beatrice estaba cubierta de cuello a talón con un largo impermeable, que se quitó al entrar en la cocina.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó.

—No —dijo Anna, sonriendo, mientras Beatrice se sentaba, con un suspiro de satisfacción, en la mesa.

—Bueno, hablemos, entonces. —Beatrice sacó de su bolsillo los indispensables bombones y se los ofreció a Anna—. Oye, ¿no fue anoche perfectamente horrible? Henry se empapó al final, y mamá le hizo quedarse en nuestra casa, ya que se tomó la molestia de llevarme a casa. ¿Lo viste irse esta mañana?

—No, ¿por qué? —dijo Anna, con rigidez.

—Oh, por ninguna razón. Solo pensé que quizás lo habías visto. No sabes cuánto me alegro de que vengas con nosotros a la Isla de Man; nos divertiremos de lo lindo. Vamos todos los años, ya sabes, a Port Erin, un encantador pueblecito de pescadores. Todos los pescadores nos conocen allí. El año pasado, Henry alquiló un yate por quince días, y todos fuimos a pescar ballas, todos los días; excepto a veces papá. De vez en cuando, papá tenía la

tendencia de andar curiosoando en cuevas y cosas así. Espero que vuelva a hacer buen tiempo para entonces, ¿no crees?

—Estoy deseando que llegue, te lo aseguro —dijo Anna—. ¿Qué día se supone que partimos?

—El sábado que viene.

—¿Tan pronto? —Anna se sorprendió de la proximidad del evento.

—Sí; y ya es bastante tarde. Deberíamos empezar antes, solo que papá siempre dice que no puede. Los hombres siempre fingen estar terriblemente ocupados, y creo que es todo una pose. —Beatrice continuó charlando sobre las vacaciones, y luego, de repente, preguntó—: ¿Qué te vas a poner?

—¡Poner! —repitió Anna; y añadió, con vacilación—: ¿Supongo que se necesitará ropa nueva?

—¡Bueno, solo un poco! Ahora déjame aconsejarte. Llévate una falda de sarga azul. El agua de mar no la dañará, y si es lo suficientemente oscura, quedará bien con cualquier blusa del mundo. En segundo lugar, nunca se tienen demasiadas blusas; siempre son útiles en la playa. Los sombreros de paja lisos son mi consejo. Un abrigo para las noches y botas gruesas. ¡Ahí tienes! Por supuesto, nadie se viste de etiqueta en Port Erin. No es como Llandudno y todo ese tipo de cosas. No tienes que encontrarte con tu novio en el muelle, porque no hay muelle.

Hubo una pausa. Anna no sabía qué decir. Finalmente, se aventuró:

—No soy muy de ropa, como supongo que habrás notado.

—Creo que siempre te ves bien, querida —respondió Beatrice. Nada se dijo sobre la riqueza de Anna, ninguna referencia se hizo a la discrepancia entre esa y el estilo de sus prendas. Por una ficción, se suponía que no había discrepancia.

—¿Te haces tus propios vestidos? —preguntó Beatrice, más tarde.

—Sí.

—Sabes, me lo imaginaba. Pero te hacen mucho mérito. Poca gente puede hacer que un vestido sencillo se vea decente.

Esta conversación devolvió a Anna a la tierra de un golpe. Percibió — demasiado bien — un punto que hasta ahora no había enfrentado honestamente en sus idílicas meditaciones: que su padre seguía siendo un factor en el caso. Desde la visita de la señora Sutton, tanto Anna como el avaro evitaban el tema de las vacaciones. «Nunca se tienen demasiadas blusas». ¿Acaso Beatrice tenía blusas por docenas? Un abrigo, una falda de sarga, sombreros de paja (¿cuántos?): el catálogo la asustó. Comenzó a sospechar que no podría ir a la Isla de Man.

—¿Sobre mi viaje con los Sutton a la Isla de Man? —abordó a su padre por la tarde, exteriormente tranquila, pero con un temblor secreto.

—¿Y bien? —exclamó él con saña.

—Necesitaré algo de dinero... un poco. —Habría dado mucho por no haber añadido ese «un poco», pero salió solo.

—Es una pérdida de tiempo y dinero, eso es lo que yo llamo. No entiendo por qué los Sutton te invitaron. No estás enferma, ¿verdad? —Su saña se convirtió en malhumor.

—No, padre; pero como está arreglado, supongo que tendré que ir.

—Bueno, a mí no me entusiasma la idea.

—¿Estarás bien con Agnes?

—Oh, sí. *Yo* estaré bien. *Yo* no necesito mucho. *Yo* no tengo manías ni tonterías. ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—No lo sé. ¿No te lo dijo la señora Sutton? Tú lo arreglaste.

—Eso no es cierto. No me dijo nada.

—Bueno, de todos modos, necesitaré algo de ropa.

—¿Para qué? ¿Estás desnuda?

—Debo tener algo de dinero. —Le tembló la voz. Estaba a punto de llorar.

—Bueno, tienes tu propio dinero, ¿no es así?

—Todo lo que quiero es que me dejes tener algo de mi propio dinero. Hay cuarenta y tantas libras ahora en el banco.

—¡Oh! —repitió él, burlonamente—, todo lo que quieres es que te deje tener algo de tu propio dinero. Y hay cuarenta y tantas libras en el banco. ¡Oh!

—¿Me darás mi talonario de cheques del escritorio? Y giraré un cheque; sé cómo hacerlo. —Había vencido el instinto de llorar, y, sin querer, su tono se volvió algo perentorio. Ephraim aprovechó la oportunidad.

—No, no te daré el talonario de cheques del escritorio —dijo rotundamente—. Y te agradeceré que me hables con menos insolencia.

Eso terminó el episodio. Orgullosamente, juró para sí misma no volver a abrir la cuestión, y resolvió escribir una nota a la señora Sutton diciendo que, después de considerarlo, le resultaba imposible ir a la Isla de Man.

A la mañana siguiente, Anna recibió una carta del secretario de una sociedad anónima que adjuntaba un giro postal por diez libras. Unas semanas antes, su padre había descubierto un error de esa cantidad en la deducción del impuesto sobre la renta del dividendo pagado por esta empresa, y le había ordenado a Anna que reclamara la suma. Ella había obedecido y luego se había olvidado del asunto. Aquí estaba la respuesta. Desesperada ante la idea de perderse las vacaciones, cobró el giro, compró y se hizo la ropa en secreto, y luego, dos días antes de la fecha de partida acordada, le dijo a su padre lo que había hecho. Él se enfureció; pero como su ira era demasiado ilógica para ser expresada coherentemente en palabras, tuvo la astucia de guardar silencio. Con amargura, Anna reflexionó que debía sus vacaciones al más puro accidente, pues si la remesa hubiera llegado un poco antes o un poco después, o en forma de cheque, no habría podido utilizarla.

Fue un día increíble, el sábado siguiente, un día cálido y benigno de principios de otoño. Los Sutton, en un coche de alquiler, pasaron a buscar a Anna a las ocho y media, de camino a la estación principal de Shawport. El baúl de hojalata de Anna fue arrojado al techo del coche en medio de los baúles y maletas que ya estaban allí.

—¿Por qué no podría Agnes viajar con nosotros a la estación? —sugirió Beatrice.

—No, no; no hay sitio —dijo Tellwright, que estaba en la puerta, impulsado por un temor no reconocido a la señora Sutton a dar así sanción oficial a la partida de Anna.

—Sí, sí —exclamó la señora Sutton—. Deje que la pequeña venga, señor Tellwright.

Agnes, mucho más emocionada que el resto, cogió su sombrero de paja y, pasando el elástico bajo su pequeña barbilla, saltó al coche y encontró un refugio entre las cortas y gordas piernas del señor Sutton. El cochero hizo restallar el látigo sobre el viejo cuello de la yegua crema. Partieron. ¡Qué viaje tan ruidoso, traqueteante y delicioso, bajando la primera colina, subiendo Duck Bank, a través de la plaza del mercado y por la empinada cuesta de Oldcastle Street! Silenciosa y tímida, Agnes sonreía extasiada a los demás. Anna respondía a los comentarios en un sueño. Solo era consciente de la felicidad presente y la feliz expectativa. Toda amargura había desaparecido. Al menos treinta mil habitantes de Bursley no iban a la Isla de Man ese día —sus rostros preocupados y sin alegría pasaban en una corriente continua por la ventanilla del coche— y Anna simpatizaba con cada uno de ellos. Su espíritu rebosaba de compasión universal. ¡Qué prisa y qué exquisita confusión en la estación! Se anunció la llegada del tren, y el mozo, cruzando la vía con el equipaje, corrió con su carretilla peligrosamente bajo los mismos topes de la locomotora que entraba. Mynors los esperaba, admirablemente ataviado como un turista. Había conseguido los billetes y asegurado un compartimento privado en el vagón directo a Liverpool; y encontró tiempo para arreglar con el cochero que llevara a Agnes a casa en el pescante. Ciertamente no había nadie como Mynors. Desde el estribo del vagón, Anna se inclinó para besar a Agnes. La niña había estado riendo y charlando. De repente, cuando los labios de Anna tocaron los suyos, rompió a llorar, sollozando apasionadamente como si la hubiera sobrevenido una desgracia terrible e inesperada. También había lágrimas en los ojos de Anna. Las hermanas nunca se habían separado antes.

—¡Pobrecita! —murmuró la señora Sutton; y Beatrice le dijo a su padre que le diera a Agnes un chelín para comprar bombones en Stevenson's, en la plaza de San Lucas, que era la mejor tienda. El chelín cayó entre el estribo y el andén. ¡Un grito de Beatrice! El mozo de estación prometió rescatar el chelín a su debido tiempo. El motor silbó, el revisor de galones de plata afirmó su autoridad, Mynors saltó adentro, y entre risas y lágrimas comenzó la breve y única alegría de la vida de Anna.

En un momento, así pareció, el tren tronaba a través de la milla de roca sólida que termina en la estación de Lime Street, en Liverpool. Desde en-

tonces, hasta que se durmió esa noche, Anna existió en un estado de dichoso desconcierto, aturdida por una sobredosis de sensaciones nuevas y maravillosas. Almorzaron con una magnificencia asombrosa en el Bear's Paw, y luego caminaron por las calles abarrotadas y prodigiosas hasta el embarcadero de Prince. El equipaje había desaparecido por alguna agencia misteriosa —Mynors dijo que lo encontrarían a salvo en Douglas; pero Anna no pudo desterrar el temor de que su baúl de hojalata se hubiera perdido para siempre.

El gran río ondulante, agitado por miles de quillas; el monstruoso vapor —el «Mona's Isle»— cuyo costado se alzaba como un muro sólido fuera del agua; las vistas de sus cubiertas; sus vastos salones, piso bajo piso, sólidos y palaciegos (¿podía flotar todo esto?); su alto puente; sus amarras tan gruesas como árboles; sus chimeneas como torres inclinadas; las multitudes de pasajeros; los silbidos, bocinazos, gritos; el panorama de muelles y dársenas que se extendía a lo lejos; los achaparrados transbordadores que transportaban caballos y carros, y nadie miraba dos veces la hazaña... era demasiado, demasiado asombroso, demasiado hermoso. No se había imaginado esto.

—Llaman a Liverpool el suburbio de Europa —dijo Mynors.

—¡Cómo puedes decir eso! —exclamó ella, escandalizada.

Beatrice, al ver su rostro radiante y absorto, paseaba de un lado a otro con Anna, orgullosa del efecto producido en la inexperiencia de su amiga por estas vistas. Se podría haber pensado que Beatrice había construido Liverpool y creado su comercio con sus propios esfuerzos.

De repente, el embarcadero y toda la gente que había en él se alejaron en bloque del barco; había agua verde entre ellos; un temblor como el de un terremoto recorrió la cubierta; se agitaron pañuelos. El viaje había comenzado. Mynors encontró sillas para todos los Sutton y los arropó en el lado de sotavento de un casetón de cubierta; pero Anna no se movió. Pasaron New Brighton, Seaforth y los buques faro de Crosby y Formby.

—Ven a ver el barco —dijo Mynors, a su lado—. ¿Qué tal si damos una vuelta e inspeccionamos un poco las cosas?

—Es muy grande, ¿no? —preguntó ella.

—Bastante grande —dijo él—; por supuesto, no tan grande como los transatlánticos... me extraña que no nos hayamos cruzado con uno en el

río... pero aun así, bastante grande. Trescientos veinte pies de eslora. Navegué en él el año pasado en su viaje inaugural. Estaba abarrotado y el tiempo era muy malo.

—¿Habrà mala mar hoy? —inquirió Anna tímidamente.

—No si sigue así —rió él—. No te sientes mareada, ¿verdad?

—Oh, no. Está tan firme como una casa. ¿Nadie podría marearse con esto?

—¿No podrían? —exclamó él—. Beatrice podría.

Descendieron al interior del barco, y él le explicó toda su economía interna, con un conocimiento que a ella le pareció enciclopédico. Se quedaron mucho tiempo observando los motores, tan titánicos, despiadados y deliberados; incluso el olor del aceite le resultó agradable a Anna. Cuando volvieron a cubierta, el barco estaba en alta mar. Por primera vez, Anna contempló el océano. Una fuerte brisa soplaba de proa a popa, pero el mar estaba absolutamente en calma, el espejo imperturbable de una luz solar refulgente. El vapor se movía solo sobre las aguas, exultante, dejando tras de sí una interminable estela de espuma blanca en el verde, y la sombra de su humo. El sol, la brisa salada, el agua viva, la orgullosa alegría del barco, producían una sensación de alegría intensa e inexplicable, una profunda satisfacción con el presente y una negligencia del pasado y el futuro. Existir era suficiente, entonces. Mientras Anna y Henry se inclinaban sobre la aleta de estribor y observaban el torrente de espuma correr locamente y sin cesar desde debajo de la rueda de paletas para ser engullido por la estela blanca, el espectáculo del torrente salvaje casi los hipnotizó, destruyendo el pensamiento y la razón, y todo sentido de su relación con otras cosas. Con dificultad, Anna levantó la vista y percibió la tenue línea en retroceso de la costa de Lancashire.

—¿Llegaremos a perder de vista la tierra por completo? —preguntó.

—Sí, por un rato, aproximadamente media hora. Tan fuera de la vista de la tierra como si estuviéramos en medio del Atlántico.

—Apenas puedo creerlo.

—¿Creer qué?

— ¡Oh! La idea de eso... de estar fuera de la vista de la tierra... nada más que mar.

Cuando finalmente se les ocurrió reconocer a los Sutton, encontraron a los tres todavía en sus sillas de cubierta, envueltos y lánguidos. El señor Sutton y Beatrice aparentemente dormitaban. Esta parte de la cubierta estaba ocupada por figuras somnolientas y que tomaban el sol.

— No los despiertes — ordenó la señora Sutton, susurrando desde su capucha. Anna miró con curiosidad el rostro amarillo de Beatrice.

— Vete, por favor — exclamó Beatrice, abriendo los ojos y volviéndolos a cerrar, cansadamente.

Así que se fueron y descubrieron dos sillas de cubierta vacías en la cubierta de proa. Anna estaba inocentemente orgullosa de su inmunidad al mal de mer. Mynors parecía asignarse pequeños recados por la cubierta, volviendo con frecuencia a su silla.

— Mira allá. ¿Puedes ver algo?

Anna corrió a la barandilla, con la idea infantil de acercarse, y Mynors la siguió, riendo. Lo que parecía una pequeña nube de color pizarra yacía en el horizonte.

— Me parece ver algo — dijo ella.

— Esa es la Isla de Man.

Por gradaciones insensibles, los contornos de la tierra se hicieron más claros en la bruma de la tarde.

— ¿A qué distancia estamos ahora?

— Quizás a veinte millas.

¡Veinte millas de planicie ininterrumpida, y el barco invadiendo constantemente esa soledad que los separaba, yarda a yarda, furlong a furlong! La concepción la sobrecogió. Allí, un trozo en la inmensidad de las profundidades, una mota bajo la luz infinita del sol, yacía la isla, misteriosa, seductora, encantada, una joya reluciente en el seno del mar, una entidad remota cargada de extraños secretos. Era todo inefable.

— Anna, te has cubierto de gloria — dijo la señora Sutton, cuando estaban en el diminuto y absurdo tren que, a base de zambullidas sin aliento, aniquila las dieciséis millas entre Douglas y Port Erin en sesenta y cinco minutos.

— ¡Ah, sí? — respondió ella —. ¿Cómo?

— Por no haberte mareado.

— Esa es siempre la suerte del principiante — dijo Beatrice, pálida y despeinada. Todos recayeron en el silencio de la fatiga. Anochecía cuando el tren se detuvo en la pequeña terminal. La estación era un hervidero de actividad bulliciosa, siendo la llegada de este tren el evento diario en ese extremo del mundo. Mynors y los Sutton fueron saludados familiarmente por varios marineros, y uno de ellos, Tom Kelly, un hombre alto, de mediana edad, con barba gris, pequeños ojos grises, una piel arrugada de caoba roja y un puño enorme, fue presentado a Anna. Él se quitó la gorra y le estrechó la mano. A ella le conmovió la mirada triste y amable de su rostro, la melancólica impronta del mar. Luego se dirigieron a su alojamiento, y aquí de nuevo el grupo fue recibido como viejos y probados amigos. Un fuego ardía en el salón. Arrojándose frente a él, la señora Sutton suspiró:

— ¡Por fin! ¡Oh, por un poco de té! — A través de la ventana, Anna vislumbró una bahía profundamente indentada al pie de los acantilados debajo de ellos, con un audaz promontorio a la derecha. Barcos de pesca con velas rojas y planas parecían flotar indecisos justo fuera de la bahía. De las chimeneas de las cabañas debajo de la carretera ascendía suavemente un humo azul.

Todos se acostaron temprano, pues el cansancio del señor y la señora Sutton pareció contagiarse a los tres jóvenes, que de otro modo habrían salido al pueblo en busca de aventuras. Anna y Beatrice compartían una habitación. Cada una inspeccionó la ropa de la otra, y Beatrice hizo que Anna se probara la nueva falda de sarga. A través de la delgada pared llegaba el sonido de la conversación del señor y la señora Sutton, una voz aguda, luego una respuesta grave, en continua alternancia. Beatrice dijo que estos dos siempre discutían los acontecimientos del día de esa manera. En pocos momentos Beatrice roncaba; tenía el ronquido apagado pero constante y serio característico de algunos hombres musculosos. Anna no sentía incli-

nación a dormir. Revivió hora por hora el día, y bajo el ronquido de Beatrice su oído captó el murmullo del mar.

La mañana siguiente fue tan hermosa como la anterior. Era domingo, y toda actividad del pueblo estaba en calma. El mar y la tierra estaban igualmente envueltos en una calma soleada. Durante el desayuno —una comida abundante en arenques frescos, huevos frescos y panecillos frescos, consumida con la ventana abierta de par en par— Anna quedó perpleja por la singular amabilidad de sus amigos entre sí y hacia ella. Eran tan educados como si fueran extraños; charlaban amablemente, estaban llenos de buena voluntad y tan ansiosos por dar felicidad como por disfrutarla. Al principio pensó, tan inusual le resultaba como rasgo de la intimidad doméstica, que este comportamiento era afectado, o al menos un puntillismo algo exagerado debido a su presencia; pero pronto se dio cuenta de que estaba equivocada. Después del desayuno, el señor Sutton sugirió que asistieran a la Capilla Wesleyana en la colina que conduce a los Chasms. Aquí se encontraron con los marineros de la noche anterior, ataviados ahora con maravillosos abrigos de Melton azul con cuellos de pana. Tom Kelly caminó de regreso con ellos a la playa y les mostró el yate «Fay» que Mynors había alquilado para la pesca de la caballa; yacía en la arena, impecable en su nueva pintura blanca. Toda la tarde dormitaron en los acantilados, sin hacer absolutamente nada, pues este domingo se consideraba tácitamente, no como parte de las vacaciones, sino como una preparación para las vacaciones; todos sentían que las vacaciones, con sus esfuerzos adecuados y sus delicias designadas, comenzarían realmente el lunes por la mañana.

—Vamos a dar un paseo —dijo Mynors, después del té, a Beatrice y a Anna. Estaban en la verja de la casa de huéspedes. Los mayores descansaban dentro.

—Id vosotros dos —respondió Beatrice, mirando a Anna—. Sabes que odio caminar, Henry. Me quedaré con mamá y papá.

Durante todo el día, Anna había sido consciente del hecho de que todos los Sutton mostraban una tendencia, ligera pero perceptible, a tratarlos a Henry y a ella como una pareja deseosa de oportunidades para estar a solas. No le gustaba. Se sonrojó bajo la mirada fugaz con la que Beatrice acompañó las palabras: «Id vosotros dos». Sin embargo, cuando Mynors comentó plácidamente: «Muy bien», y sus ojos buscaron los de ella para obtener su

consentimiento, no pudo negárselo. Una parte de su naturaleza habría preferido encontrar una excusa para quedarse en casa; pero otra, y más fuerte, insistió en aprovechar esta alegría ofrecida.

Subieron directamente desde el pueblo hacia la alta cordillera costera que se extiende pico tras pico desde Port Erin hasta Peel. Los senderos pedregosos y tortuosos serpenteaban por la ladera desolada, pasando aquí y allá por pequeñas y solitarias cabañas de piedra encalada, con niños, gallinas y perros en las puertas, todas rodeadas de enormes fucsias. Pronto habían superado el límite de la habitación humana y estaban en el flanco desnudo de Bradda, siguiendo un estrecho sendero que se arrastraba hacia arriba entre un césped corto y musgoso del verde más vivo. Nada parecía prosperar en esta altura expuesta, excepto helechos, ovejas y cantos rodados que, desde la distancia, se asemejaban a ovejas; no había ningún árbol, apenas un arbusto; los inmensos contornos, austeros, sombríos y sin relieve, se alzaban en una melancólica y desafiante majestad contra el cielo: la mano del hombre no podía arrancar ninguna cosecha de estas laderas lisas pero obstinadas; nunca se habían ablandado y nunca se ablandarían. El espíritu se fortalecía al pensar que aquí, hasta la más lejana eternidad de una civilización cada vez más intrincada, las almas sencillas y fuertes siempre encontrarían consuelo y reposo.

Mynors se desvió a la izquierda por un rato, cruzando el páramo en dirección al mar. Luego dijo:

—Mira hacia abajo, ahora.

La pequeña bahía yacía como una piscina oblonga a quinientos pies por debajo de ellos. La superficie del agua era como un espejo; la playa, con su falange de botes alineados con pulcritud dominical, brillaba como mármol bajo la luz viva, y sobre este mármol se movían lentamente puntos negros de un lado a otro; detrás de los botes estaban las casas —casas de muñecas— cada una con una voluta de humo que se enroscaba; más lejos, el ferrocarril y la carretera principal se extendían en una línea blanca y negra hasta Port St. Mary; el mar, de un gris pálido, lo abarcaba todo; el cielo del sur tenía un tenue tinte de zafiro, que se elevaba a un delicado azul celeste. La vista de este refugio en reposo, encerrado por el mar en reposo y por grandes colinas inmóviles, una calma dentro de una calma, despertó una profunda emoción.

—Es precioso —dijo Anna, mientras permanecían contemplando. Las lágrimas asomaron a sus ojos y se quedaron allí. Se preguntó por qué el paisaje provocaba lágrimas, se sintió avergonzada y giró el rostro para que Mynors no la viera. Pero él la había visto.

—¿Subimos a la cima? —sugirió, y se encararon hacia el norte para subir aún más alto. Finalmente, se encontraron en la cumbre rocosa de Bradda, a setecientos pies del mar. La Colina de la Vigilia Nocturna se alzaba sobre ellos al norte, pero al este, sur y oeste, la vista estaba limitada solo por el océano. La línea de la costa se revelaba a lo largo de treinta millas, desde Peel hasta Castletown. Lejos, al este, estaba la Bahía de Castletown, grande, poco profunda e inhóspita, su fondo sembrado de mil naufragios invisibles; el faro de Scarlet Point destellaba débilmente en el crepúsculo; desde allí, la playa se curvaba más cerca en un inmenso arco, sin una señal de vida, hasta la pequeña cala de Port St. Mary, y se adentraba de nuevo en una lengua de tierra al final de la cual se encontraba el Calf of Man con su única cabaña blanca y su camino de carretas. El peligroso Calf Sound, donde la marea agitada se ve forzada a correr nueve horas en una dirección y tres en la otra, parecía una cinta gris, y la Roca Chicken, un diminuto lápiz sobre una vasta pizarra. Port Erin estaba escondido bajo sus pies. Miraron hacia el oeste. El cielo que oscurecía era un laberinto de bufandas púrpuras y carmesí dibujadas lúcidamente, como por el dedo de Dios, sobre una lámina de azafrán puro. Estos tintes decadentes del atardecer se desvanecían en todas direcciones hacia el mismo suave azul que llenaba el sur, y una estrella titilaba en el campo ilimitado. A treinta millas de distancia, en el horizonte, se podían discernir las Montañas de Mourne de Irlanda.

—¡Mira! —exclamó Mynors, tocándole el brazo.

El enorme disco de la luna se elevaba por el este, y a medida que esta suave lámpara ascendía por el cielo, la sensación de quiescencia universal aumentaba. Precioso, había dicho Anna. Era la vista más hermosa que sus ojos habían contemplado jamás, un panorama de pura belleza que trascendía todas las visiones imaginadas. La abrumó, la emocionó hasta lo más profundo de su ser, esta revelación de la belleza del mundo. Sus pensamientos regresaron a Hanbridge y Bursley y a su vida allí; y todas las escenas recordadas, bañadas en el resplandor de un nuevo ideal, parecían perder su dolor. Era como si nunca hubiera sido realmente infeliz, como si no hubiera una infelicidad real en toda la tierra. Percibió que la monotonía,

la austeridad, la melancolía de su existencia habían sido dulces y hermosas a su manera, y recordó, con una especie de éxtasis, horas de compañía con la amada Agnes, cuando su padre estaba ecuánime y pacífico. Nada era feo ni mezquino. La belleza estaba en todas partes, en todo.

En silencio comenzaron a descender, caminando rápidamente por la fuerza de la pendiente. En la primera cabaña vieron a una niña con cofia jugando con dos gatitos.

— ¡Qué parecida a Agnes! — dijo Mynors.

— Sí. Justo estaba pensando eso — respondió Anna.

— Pensé en ella allá arriba en la colina — continuó—. Te echará de menos, ¿verdad?

— Sé que lloró hasta quedarse dormida anoche. Quizás no lo parezca, pero es extremadamente sensible.

— ¿No lo parezca? ¿Por qué no? Estoy seguro de que lo es. ¿Sabes?, le tengo mucho cariño a tu hermana. Es una niña simplemente encantadora. Y tiene mucho dentro. Es tan rápida y brillante, y de alguna manera como una mujercita.

— Es exactamente como una mujer a veces — convino Anna—. A veces me parece que es mucho mayor que yo.

— Mayor que cualquiera de nosotros — corrigió él.

— Me alegro de que te guste — dijo Anna, contenta—. Ella te adora. — Y añadió—: ¡Vaya, no se enfadaría ni nada si supiera que te he dicho eso!

Este aprecio por Agnes los acercó más, y hablaron con más facilidad de otras cosas.

— Helerá esta noche — dijo Mynors; y luego, mirándola de repente en el crepúsculo—: Tienes frío.

— ¡Oh, no! — protestó ella.

— Pero sí lo tienes. Ponte esta bufanda al cuello. — Sacó una bufanda del bolsillo.

— ¡Oh, no, de verdad! La necesitarás tú. — Se apartó un poco de él, como para evitar la bufanda.

—Por favor, tómalala.

Lo hizo, y le dio las gracias, atándose la holgadamente y sin cuidado alrededor de la garganta. Esa sensación de la bufanda desordenada, de ser algo extraño en su piel, algo con la áspera virtud de la masculinidad, que nadie podría detectar en la penumbra, era en sí misma agradable.

—Apuesto a que la señora Sutton tiene un buen fuego encendido cuando lleguemos —dijo él.

Ella pensó con gozosa anticipación en el cálido y luminoso salón, la cena y la conversación vivaz y afable. Aunque el paseo estaba casi al final, otras delicias esperaban. De las vacaciones, aún quedaban trece días completos, cada uno para ser tan feliz como el que ahora terminaba. ¡Era una eternidad! Finalmente, entraron en la acogedora calidez del pueblo. Mientras subían los escalones de su alojamiento y él le abría la puerta, ella se quitó rápidamente la bufanda y se la devolvió con una palabra de agradecimiento.

El lunes por la mañana, cuando Beatrice y Anna bajaron, encontraron el desayuno enfriándose olorosamente sobre la mesa y a nadie en la habitación.

—Me pregunto dónde estarán todos. ¿Alguna carta? —dijo Beatrice.

—Ahí está tu madre, en el paseo, y el señor Mynors también.

Beatrice abrió la ventana de golpe y llamó:

—Vamos, Henry; vamos, madre. Todo se está enfriando.

—¿Ah, sí? —respondió Mynors alegremente—. Salid aquí las dos y empezad el día como es debido con una dosis de ozono.

—Detesto el beicon frío —dijo Beatrice, mirando la mesa, y salieron a la calle, donde la señora Sutton las besó con tanto fervor como si hubieran llegado de un largo viaje.

—Estás pálida, Anna —observó.

—¿Lo estoy? —dijo Anna—. No me siento pálida.

—Es por la larga caminata de anoche —intervino Beatrice—. Henry siempre va demasiado lejos.

— Yo no... — comenzó Anna; pero en ese momento el señor Sutton, pesado y torpe, se unió al grupo.

— Henry — dijo, sin saludar a nadie —, ¿has notado esas casas a medio terminar por la calle, junto al «Falcon»? He estado charlando con Kelly, y me dice que el tipo que las estaba construyendo ha quebrado, y están paradas. El administrador judicial quiere venderlas. De hecho, Kelly dice que están baratas. Creo que serían una buena especulación.

— ¡Ay, Dios mío! — lo interrumpió la señora Sutton —. Padre, ojalá dejaras en paz tus especulaciones cuando estás de vacaciones.

— ¡Ahora, mujer! — protestó él afectuosamente, y continuó —: Parecen bastante bien construidas, y las vigas del tejado ya están puestas. Anna — se volvió hacia ella rápidamente, como si contara con su simpatía —, tienes que venir conmigo a verlas después del desayuno. Quizás le interesen a tu padre, o a ti. Sé que a tu padre le gustan las buenas especulaciones.

Ella asintió con una sonrisa dispuesta. Este fue el comienzo de una simpatía que el concejal siempre mostró después por Anna.

Después del desayuno, la señora Sutton, Beatrice y Anna acordaron ir de compras.

— Padre... dinero — ejaculó la señora Sutton en dos monosílabos a su marido.

— ¿Cuánto te contentará? — preguntó él amablemente.

— Dame cinco o diez libras para empezar.

Abrió el bolsillo delantero izquierdo de su pantalón — un bolsillo que se cerraba con un botón —; y, recostándose en su silla, sacó un gordo monedero y se lo pasó a su esposa con aire preocupado. Ella se sirvió, y luego Beatrice interceptó el monedero y lo aligeró de media soberana.

— Dinero de bolsillo — dijo Beatrice —; estoy arruinada.

Los ojos del concejal pidieron a Anna que observara cómo lo robaban. Finalmente, el monedero fue abotonado de nuevo de forma segura.

Las compras de comida de la señora Sutton en las tres principales tiendas del pueblo le parecieron a Anna sorprendentemente profusas, pero gradualmente se acostumbró a la escala y al asombroso hábito de comprar siempre

lo mejor de todo, desde bistec hasta uvas. Anna calculó que el mantenimiento de la casa no podía costar menos de seis libras a la semana para los cinco. En Manor Terrace, tres personas vivían con una libra. Con su media soberana, Beatrice compró un cinturón y un par de zapatillas de lona, y algunos cigarrillos para Henry. La señora Sutton compró una pipa con una tapa de níquel, como las que usan los marineros. Cuando regresaron a la casa, el señor Sutton y Henry estaban fumando en el paseo. Los cinco caminaron en fila hasta el puerto, el concejal dando un brazo a Beatrice y otro a Anna. Cerca del «Falcon», la procesión tuvo que detenerse para ver las casas inacabadas. Tom Kelly tenía una cabaña parcialmente excavada en la roca detrás del pequeño muelle. Allí lo encontraron enredado entre redes, velas y remos. Todos se agolparon en la cabaña y estrecharon la mano de su propietario, quien comentó con severidad sobre sus rostros pálidos e insistió en que debía lograrse un cambio de tez. Mynors le ofreció su tabaquera, pero al ver el color claro del tabaco, sacudió la cabeza y la rechazó, al mismo tiempo que sacaba de su jersey un trozo de algo que se parecía al cuero.

— Dale esto, Henry — susurró la señora Sutton, entregándole a Mynors la pipa que había comprado.

— La señora Sutton desea que acepte esto — dijo Mynors.

— ¡Eh, gracias! — exclamó él—. Hay una señora que conoce mi gusto. — Cortó algunas hebras de su pastilla con una navaja, cargó y encendió la pipa, llenando la cabaña con humos asfixiantes.

— No sé cómo puedes fumar esa cosa tan horrible y desagradable — dijo Beatrice, tosiendo.

Él se rió condescendentemente de la manera petulante de Beatrice.

— Esa cosa de Henry es tabaco de niño — dijo secamente.

Se decidió que irían a pescar en el «Fay». Había una ligera brisa del sur, un cielo nublado y aguas tranquilas. A cargo del joven Tom Kelly, un muchacho tímido de dieciséis años, con la sonrisa de su padre, todos subieron a un bote auxiliar inconcebiblemente pequeño, cargándolo hasta casi inundarlo. El viejo Tom mismo ayudó a Anna a embarcar, le dijo dónde pisar y la forzó suavemente a sentarse en la popa. Nadie más parecía perturbado, pero Anna estaba en un estado de miedo desesperado. Nunca antes se había subido a un bote, y las pequeñas olas salpicaban los costados de una

manera muy alarmante mientras el joven Tom impulsaba el bote con los remos cortos. Se puso blanca y se aferró en silencio y con fiereza a la borda. En pocos momentos estaban amarrados al «Fay», que parecía muy grande y seguro en comparación con el bote. Treparon a bordo, y en la profunda bañera del yate de dos toneladas, Anna logró serenarse. Se sintió tranquilizada por la leyenda pintada en la bañera: «Licencia para once personas». El joven Tom y Henry se ocuparon de las cuerdas, y de repente una enorme vela blanca comenzó a ascender por el mástil; ondeó como un trueno con la suave brisa. Tom levantó el ancla, enrollando la cadena una y otra vez en la cubierta de proa, y entonces Anna notó que, aunque el viento era apenas perceptible, se deslizaban rápidamente más allá del malecón. Henry estaba al timón. Al minuto siguiente, Tom había izado el foque, y para entonces el «Fay» se acercaba al rompeolas a gran velocidad. No había balanceo ni cabeceo, sino simplemente una progresión suave y rápida sobre la superficie tranquila. A Anna le pareció el ideal de la locomoción. Tan pronto como estuvieron más allá del rompeolas y las velas atraparon la brisa del Sound, el «Fay» se escoró como si le hubieran disparado, y una pequeña columna de agua verde se arrojó sobre la brazola de sotavento de la bañera. Anna gritó al ver el agua y sentir el ángulo del suelo cambiar de repente, pero cuando todos rieron, ella también rió. Henry, al notar la blancura de sus nudillos mientras se aferraba a la brazola, le explicó los desconcertantes fenómenos. Anna intentó estar tranquila, pero no lo estaba. Durante mucho tiempo no pudo desechar la sospecha de que toda esta gente estaba tontamente ciega a un peligro que solo ella tenía la sagacidad de percibir.

Navegaron mientras Tom preparaba las líneas. Las olas cortas golpeaban alegremente contra los costados de tingladillo del yate; las nubes se rompían en cien puntos; el mar se aclaraba de tono; la alegría estaba en el aire; nadie podía indisponerse con ese tiempo inofensivo. Finalmente, las líneas estuvieron listas, pero Tom dijo que el yate iba al menos un nudo demasiado rápido para pescar en serio, así que Henry tomó un rizo en la vela mayor, enseñándole a Anna cómo atar las cuerdas cortas. El concejal, tumbado en la cubierta de proa, fumaba plácidamente. Las líneas se lanzaron por la popa, y la señora Sutton y Beatrice tomaron una cada una. Pero no tuvieron éxito; el joven Tom dijo que era porque había salido el sol.

—¿Han pescado algo? —inquiría el señor Sutton a intervalos. Después de un tiempo, dijo:

—¿Y si Anna y yo lo intentamos?

Se acordó.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Anna, valiente ahora.

—Solo tienes que sujetar la línea, así. Y si sientes un pequeño tirón, eso es una caballa. —Estas fueron las instrucciones de Beatrice. Anna empezaba a emocionarse. No había sostenido la línea ni diez segundos cuando gritó:

—¡He pescado una!

—Tonterías —dijo Beatrice—. Al principio todo el mundo piensa que el movimiento de las olas contra la línea es un pez.

—Bueno —dijo Henry, entregando el timón al joven Tom—. Recojamos y veamos, de todos modos. —Antes de hacerlo, sostuvo la línea por un momento, probándola, y le guiñó un ojo a Anna. Mientras Anna y Henry recogían, el concejal, dejando caer la pipa, comenzó también a recoger su propia línea con gran furia.

—¿Ha pescado una, padre? —preguntó la señora Sutton.

—¡Sí!

Ambas líneas entraron juntas, y en cada una había un ejemplar de una libra. Anna vio a su pez brillar y destellar como plata en el agua clara mientras se acercaba a la superficie. Henry sostuvo la línea corta, dejando que la caballa se zambullera y tirara, y luego agarró y desenganchó la captura.

—¡Qué cruel! —gritó Anna, sobresaltada por la cercanía de los dos peces mientras saltaban en una vieja caja de azúcar a sus pies. El joven Tom se rió a carcajadas de su exclamación.

—No sienten, señorita —se burló. Anna se preguntó cómo una boca tan suave y amable podía pronunciar palabras tan despiadadas.

En una hora, los esfuerzos conjuntos del grupo habían capturado nueve caballas; no era una multitud, pero el sol, al perfeccionar el tiempo, había estropeado la pesca. Anna había dejado de compadecer a los peces capturados. Sin embargo, se vio obligada a apartar la cabeza cuando Tom cortó un poco de piel del costado de una de las caballas para proporcionar cebo fresco; este ardid le pareció el extremo refinamiento de la crueldad. Beatrice se

volvió ominosamente silenciosa e inerte, y la señora Sutton miró primero a su hija y luego a su marido; este último asintió.

—Será mejor que vayamos volviendo, Henry —dijo el concejal.

El «Fay» se deslizó hacia casa como un pájaro. Estaban en el muelle, y Kelly los sacaba uno por uno del bote negro a lo que el concejal llamaba *terra firma*. Henry llevaba los peces en una cuerda.

—¿Cuántos ha pescado, señorita Tellwright? —preguntó Kelly benévolamente.

—He pescado cuatro —respondió Anna. Nunca antes se había sentido tan orgullosa, eufórica y bulliciosa. Nunca la sangre había danzado tan salvajemente en sus venas. Miró su corta falda azul que mostraba tres pulgadas de tobillo, adelantó su pie calzado de marrón como una coqueta vanidosa, y lanzó una mirada furtiva a Henry. Cuando él la captó, ella rió en lugar de sonrojarse.

—Lo está haciendo bien —aprobó Tom Kelly—. Será una famosa pescadora de caballas.

Cinco de las caballas fueron para el joven Tom, las otras cuatro precedieron a un pollo en el menú de la cena. Se las llamó las caballas de Anna, y todos los comensales estuvieron de acuerdo en que nunca se habían atraído mejores caballas del Mar de Irlanda.

Por la tarde, el concejal y su esposa durmieron como de costumbre, el señor Sutton con un pañuelo de bandana sobre el rostro. El resto salió inmediatamente; la invitación del sol y el mar era demasiado persuasiva para resistirla.

—Voy a pintar —dijo Beatrice, con aire resuelto—. Quiero pintar Bradda Head desesperadamente. Lo intenté el año pasado, pero me quedó demasiado oscuro, de alguna manera. He mejorado desde entonces. ¿Qué vais a hacer vosotros?

—Iremos a verte —dijo Henry.

—Oh, no, no lo haréis. Al menos tú no; eres un crítico terrible. Anna puede si quiere.

—¡Qué! ¿Y yo me quedaré solo toda la tarde?

—Bueno, ¿y si vas con él, Anna, solo para que no se aburra?

Anna dudó. Una vez más tuvo la incómoda sospecha de que Mynors y ella estaban siendo manipulados.

—Mira —dijo Mynors a Beatrice—. ¿Has decidido absolutamente pintar?

—Absolutamente. —La finalidad de la respuesta parecía tener un toque de resentimiento.

—Entonces —se volvió hacia Anna—, vayamos a coger ese bote y rememos por la bahía. ¿Eh?

No pudo ofrecer ninguna objeción racional, y pronto estaban zarpando del embarcadero, impulsados hacia el mar por un poderoso empujón del brazo de Kelly. Hacía mucho calor. Mynors llevaba pantalones de franela blanca. Se quitó la chaqueta y se remangó las mangas, mostrando brazos gruesos y velludos. Remaba de una manera casi dramática, y el bote se deslizaba como una araña de agua en un arroyo. Anna no tenía nada que hacer excepto quedarse quieta y disfrutar. Todo estaba bañado por una luz solar deslumbrante, y tanto Henry como Anna podían sentir el proceso de bronceado en sus rostros. La bahía brillaba con un millón de puntos de diamante; era imposible mantener los ojos abiertos sin fruncir el ceño, y pronto Anna pudo ver las gotas de sudor en la frente carmesí de Henry.

—¿Calor? —dijo ella. Esta fue la primera palabra de conversación. Él simplemente sonrió en respuesta. Pronto estuvieron al otro lado de la bahía, en una cueva cuyo suelo arenoso y sembrado de rocas temblaba claramente bajo una braza de agua azul. Desembarcaron en una roca saliente; Henry se echó el sombrero de paja hacia atrás y se secó la frente.

—¡Glorioso! ¡Glorioso! —exclamó—. ¿Sabes nadar? ¿No? Deberías pedirle a Beatrice que te enseñe. Nadé hasta aquí esta mañana a las siete en punto. Hacía bastante frío entonces. ¡Oh! Lo olvidé, te lo dije en el desayuno.

Podía verlo en el agua translúcida, nadando con brazadas largas y poderosas. Docenas de botes se movían perezosamente en la bahía, cada uno con una carga de sombrillas.

—Hay muchas sombrillas a flote —comentó—. ¿Por qué no tienes una? Te pondrás tan morena como Tom Kelly.

—Eso es lo que quiero —dijo ella.

—Mírate en el agua —dijo, señalando un pequeño charco dejado en la cima de la roca por la marea. Ella lo hizo y vio dos mejillas encendidas y una frente dividida por una línea horizontal en mitades de blanco y carmesí; la punta de la nariz estaba ampollada.

—¿No es vergonzoso? —sugirió él.

—¡Vaya! —exclamó ella—, ¡no me reconocerán cuando vuelva a casa!

Así hablaban, intercambiando sin cesar nimiedades de comentarios. Anna pensó para sí misma: «¿Esto es cortejar?». No podía serlo, decidió; pero lo prefería infinitamente así. Estaba contenta. No deseaba nada mejor que este juego aparentemente frívolo e irresponsable. Sentía que si Mynors se volvía tierno, sentimental y serio, se sentiría miserablemente cohibida.

Volvieron a embarcar y, bordeando la orilla, llegaron gradualmente a la playa. Arriba, en los acantilados, podían distinguir la industriosa figura de Beatrice, con su caballete y su sombrilla de dibujo, y toda la parafernalia de la aficionada seria.

—¿Dibujas? —le preguntó ella.

—¡Yo no! —dijo él con desdén.

—¿No crees en ese tipo de cosas, entonces?

—Está bien para los artistas profesionales —dijo—; gente que sabe pintar. Pero... bueno, supongo que es inofensivo para los aficionados, les da algo que hacer.

—Ojalá pudiera pintar, de todos modos —replicó ella.

—Me alegro de que no puedas —insistió él.

Cuando volvieron a los acantilados, hacia la hora del té, Beatrice todavía estaba pintando, pero en un nuevo lugar. Parecía completamente absorta en su trabajo y no oyó su acercamiento.

—Vamos a acercarnos sigilosamente y a sorprenderla —susurró Mynors—. Ve tú primero y tápale los ojos con las manos.

—¡Oh! —exclamó Beatrice, con los ojos vendados—; ¡qué horrible eres, Henry! Sé quién es, sé quién es.

—Pues no lo sabes —dijo Henry, ahora frente a ella. Anna retiró las manos.

—Bueno, le dijiste que lo hiciera, estoy segura. ¡Y estaba progresando tan espléndidamente! No voy a dar ni una pincelada más ahora.

—Eso es —dijo Henry—. Ya has perdido bastante tiempo.

Beatrice hizo un puchero. Evidentemente, estaba molesta con ambos. Miró de uno a otro, celosa de su mutua comprensión y acuerdo. El señor y la señora Sutton salieron de la casa, y los cinco se quedaron charlando hasta que el té estuvo listo; pero la sombra permaneció en el rostro de Beatrice. Mynors hizo varios intentos por disiparla con risas, y al anochecer estos dos fueron a dar un paseo a Port St. Mary. Regresaron en un estado de profunda intimidad. Durante la cena, Beatrice fue consciente y elaboradamente angelical, y había algo en su voz y en sus ojos, cuando a veces se dirigía a Mynors, que casi persuadió a Anna de que él podría haber amado una vez a su prima. Por la noche, en el dormitorio, Anna imaginó que podía detectar en la actitud de Beatrice el más leve matiz de condescendencia. Se sintió herida y se despreció a sí misma por sentirse herida.

Así pasaron los días, sin mucha variedad, pues los Sutton no eran aficionados a las excursiones. Anna estaba profundamente feliz; había olvidado las preocupaciones. Aceptaba todas las sugerencias de diversión; cada momento tenía su placer, y este placer era completamente independiente de lo que se hacía; surgía de todas las actividades y ociosidades. Se esforzó especialmente por fraternizar con el señor Sutton. Resultó ser un compañero interesante, lleno de datos sobre estratos, afloramientos y fallas, siendo su única debilidad el hábito de citar fragmentos de versos extremadamente sentimentales cuando caminaba junto a la orilla del mar. Disfrutaba francamente de la atención de Anna y se enorgullecía de su compañía. La señora Sutton, ese corazón sencillo, se dedicaba a alcanzar la quiescencia absoluta. Había venido a descansar y logró su propósito. Su amabilidad se volvió por el momento pasiva en lugar de activa. Beatrice era una cantidad variable en la ecuación doméstica. Claramente, sus padres habían malcriado a su única hija, y tenía frecuentes ataques de petulancia, particularmente con Mynors; pero su energía y su ánimo compensaban bien estos. En cuanto a Mynors,

se comportó exactamente como el primer lunes. Pasó muchas horas a solas con Anna —(Beatrice parecía insistir en dejarlos juntos, incluso mientras mostraba un leve resentimiento por la soledad que esto le acarreaba)— y su actitud era tal que Anna, ignorante de las costumbres de los hermanos, la consideró como la que podría adoptar un hermano.

El segundo lunes ocurrió un incidente. Por la tarde, el señor Sutton le había pedido a Beatrice que fuera con él a Port St. Mary, y ella se había negado con el pretexto de que la luz era de un gris adecuado para pintar. El señor Sutton se había escabullido solo, sin ser visto por Anna y Henry, que habían tenido la intención de acompañarlo en lugar de Beatrice. Antes del té, mientras Anna, Beatrice y Henry esperaban la comida en el salón, Mynors se refirió al asunto.

—Espero que hayas hecho un trabajo decente esta tarde —le dijo a Beatrice.

—No lo he hecho —replicó ella secamente—; no he dado ni una pincelada.

—¡Pero dijiste que ibas a pintar mucho!

—Bueno, no lo hice.

—Entonces, ¿por qué no pudiste ir a Port St. Mary, en lugar de romperle el corazón a tu amado padre con una negativa?

—En realidad no me necesitaba.

Anna interyectó:

—Creo que sí, Bee.

—Sabes que eres muy testaruda, por no decir egoísta —dijo Mynors.

—No, no lo soy —protestó Beatrice seriamente—. ¿Verdad que no, Anna?

—Bueno... —Anna intentó pensar en una declaración diplomática. Beatrice se ofendió por la vacilación.

—¡Oh! Vosotros dos estáis obligados a estar de acuerdo, por supuesto. Sois uña y carne.

Miró fijamente por la ventana, y hubo un silencio. El labio de Mynors se curvó.

— ¡Oh! Hay un yate precioso que acaba de entrar en la bahía — gritó Beatrice de repente, en un tono de entusiasmo afectado—. Voy a salir a dibujarlo. — Cogió su sombrero y su cuaderno de dibujo, y salió apresuradamente de la habitación. Los otros dos la vieron sentada en la hierba, afilando un lápiz. El yate, una embarcación grande y lujosa, evidentemente había echado el ancla para pasar la noche.

La señora Sutton llegó de su dormitorio, y luego el señor Sutton también entró. Se sirvió el té. Mynors llamó a Beatrice a través de la ventana y no recibió respuesta. Entonces la señora Sutton la llamó.

— Seguid con vuestro té — gritó Beatrice, sin volver la cabeza—. No me esperéis. Estoy obligada a terminar esto ahora.

— Tráela, Anna querida — dijo la señora Sutton después de otro intervalo. Anna se levantó para obedecer, medio temerosa.

— ¿No vienes, Bee? — Se paró al lado de la dibujante y no observó más que unas pocas líneas sin sentido en el bloc.

— ¿No oíste lo que le dije a mamá?

Anna se retiró desconcertada.

El té terminó. Salieron, pero se mantuvieron a una distancia discreta de la artista, que continuó usando su lápiz hasta que cayó el anochecer. Luego regresaron al salón, donde se había encendido un fuego, y Beatrice finalmente los siguió. Mientras los demás se sentaban en círculo alrededor del fuego, Beatrice, que ocupaba el sofá en soledad, se estremeció.

— Beatrice, has cogido un resfriado — dijo su madre—, sentada ahí fuera de esa manera.

— ¡Oh, tonterías, madre, qué maniática eres!

— Maniática no soy, ciertamente, mi amor, y eso lo sabes muy bien. Como no has tomado el té, te tomarás unas gachas enseguida, y te irás a la cama a calentarte.

— ¡Oh no, madre! — Pero la señora Sutton estaba resuelta, y en media hora había llevado a Beatrice a la cama y la había arropado.

Cuando Anna fue al dormitorio, Beatrice estaba despierta.

—¿No puedes dormir? —inquirió amablemente.

—No —dijo Beatrice, con voz débil—, estoy inquieta, de alguna manera.

—Me pregunto si será gripe —dijo la señora Sutton a la mañana siguiente, cuando se enteró por Anna de que Beatrice había tenido una mala noche y que tomaría el desayuno en la cama. Ella misma llevó la comida de la inválida arriba—. Espero que no sea gripe —dijo más tarde—. La niña está muy caliente.

—¿No tiene un termómetro clínico? —sugirió Mynors.

—Ve a ver si puedes comprar uno en la pequeña farmacia —respondió ella ansiosamente. En pocos minutos regresó con el instrumento.

—Está a más de cien —informó la señora Sutton, después de haber usado el termómetro—. ¿Qué dices, padre? ¿Llamamos a un médico? No soy muy partidaria de los médicos, por regla general —añadió, como en defensa, a Anna—. Saqué a Beatrice adelante del sarampión y la escarlatina sin médico; antes no se nos ocurría tener un médico para las dolencias comunes; pero la gripe... eso es diferente. ¡Ay, le temo; nunca se sabe cómo terminará! Y la pobre Beatrice tuvo un ataque tan fuerte el pasado San Martín.

—Si quieres, corro a buscar un médico ahora —dijo Mynors.

—Déjalo hasta mañana —decidió el concejal—. Veremos cómo sigue. Quizás no sea más que un resfriado.

—Sí —asintió la señora Sutton—; no sirve de nada gritar antes de que te hagan daño.

A Anna le sorprendió la placidez con que cubrían su aprensión. Hacia el mediodía, Beatrice, que dijo que se sentía mejor, insistió en levantarse. Se encendió un fuego de inmediato en el salón, y se sentó frente a él hasta la hora del té, cuando se vio obligada a volver a la cama. El miércoles por la mañana, después de una noche que había sido casi de insomnio para ambas muchachas, su temperatura era de 103°, y Henry fue a buscar al médico, quien lo diagnosticó como un caso de gripe, grave, que exigía un tratamiento muy cuidadoso. Al instante, el movimiento normal de la casa cambió. La habitación del enfermo se convirtió en un centro misterioso alrededor del cual todo giraba, y el salón, sin la alteración de una sola silla, adquirió una

apariencia desierta y desolada. Las comidas se consumían como la Pascua, con los lomos ceñidos para cualquier llamada repentina. La señora Sutton y Anna, como enfermeras, se volvieron importantes a los ojos de los hombres, quienes instintivamente se eclipsaron, existiendo solo como recaderos cuyo negocio es esperar una llamada. Sin embargo, no había alarma, agitación ni excitación. Por la noche, el médico regresó. La temperatura de la paciente no había bajado. Parte del tratamiento consistía en administrar una medicina cada dos horas con absoluta regularidad, y la señora Sutton dijo que se quedaría despierta toda la noche.

— Yo haré eso — dijo Anna.

— No, no lo permitiré — respondió la señora Sutton, sonriendo.

Pero los tres hombres (el médico se había quedado a charlar en el salón), reconociendo la capacidad y fiabilidad de Anna, y quizás impresionados también por su apariencia profesional mientras, ataviada con un delantal blanco, se paraba con los labios firmes ante ellos, tomaron una decisión unánime en contra de la señora Sutton.

— La próxima en caer enferma serás tú, muchacha — le dijo el concejal a su esposa—; y eso no puede ser.

— Bueno — se rindió la señora Sutton—, si puedo dejársela a alguien, es a Anna.

Mynors sonrió con aprecio.

El jueves por la mañana todavía no había señales de recuperación. La temperatura era de 104° y la paciente deliraba ligeramente. Anna dejó la habitación del enfermo a las ocho en punto para presidir el desayuno, y la señora Sutton ocupó su lugar.

— Pareces cansada, querida — dijo afectuosamente el concejal.

— Me siento perfectamente bien — respondió ella con alegría.

— ¿Y no tienes miedo de contagiarte? — preguntó Mynors.

— ¿Miedo? — dijo ella—; no hay peligro de que me contagie.

— ¿Cómo lo sabes?

— Lo sé, eso es todo. Nunca estoy enferma.

—Esa es la manera correcta de mantenerse sano —comentó el concejal.

La tranquila admiración de estos dos hombres le resultó muy agradable. Sintió que se había ganado para siempre su estima. Después del desayuno, obedeciéndoles, durmió varias horas en la cama de la señora Sutton. Por la tarde, Beatrice estaba peor. El médico llamó y encontró su temperatura a 105°.

—Esto no puede durar —comentó brevemente.

—Bueno, doctor —dijo el señor Sutton—, está en sus manos.

—No —murmuró la señora Sutton con una sonrisa—, lo he dejado en manos de Dios. Está con Él.

Esta fue la primera y única palabra de religión, excepto la bendición de la mesa, que Anna escuchó de los Sutton durante su estancia en la Isla de Man. Había temido que la piedad vocal pudiera formar una característica prominente de su vida diaria, pero su temor había resultado infundado. Ella también, por razón más que por instinto, había intentado orar por la recuperación de Beatrice. Sin embargo, había encontrado mucha más satisfacción en la actividad de la enfermería.

De nuevo esa noche se quedó despierta, y el viernes por la mañana Beatrice estaba mejor. Al mediodía, todo peligro inmediato había pasado; la paciente dormía; su temperatura era casi correcta. Anna se acostó por la tarde y durmió profundamente hasta la hora de la cena, cuando se despertó con mucha hambre. Por primera vez en tres días, se podía dejar sola a Beatrice. Los otros cuatro cenaron juntos, alegres y aliviados después de la tensión.

—Estará como una rosa en pocos días —dijo el concejal.

—En pocas semanas —dijo la señora Sutton.

—Por supuesto —dijo Mynors—, ¿os quedaréis aquí, ahora?

—Nos quedaremos hasta que Beatrice esté completamente en condiciones de viajar —respondió el señor Sutton—. Puede que tenga que ir a las Cinco Villas por un día o dos a mediados de la semana que viene, pero puedo volver inmediatamente.

—Bueno, yo debo irme mañana —suspiró Mynors.

—Seguramente puedes quedarte hasta el domingo, Henry.

—No; no tengo a nadie que me sustituya en la escuela.

—Y yo también debo irme mañana —dijo Anna de repente.

—¡Tonterías, Anna! —protestó el concejal.

—Debo hacerlo —insistió—. Mi padre me esperará. Sabéis que vine por quince días. Además, está Agnes.

—Agnes estará bien.

—Debo irme. —Vieron que estaba decidida.

—¿No te sentaría bien un corto paseo? —le sugirió Mynors, con singular gravedad, después de la cena—. No has salido en dos días.

Ella miró inquisitivamente a la señora Sutton.

—Sí, llévala, Henry; dormirá mejor. ¡Ay, Anna, pero es una pena mandarte a casa con esas ojeras!

Subió a por una chaqueta. Beatrice estaba despierta.

—Anna —exclamó con voz débil, sin ningún preámbulo—, fui terriblemente tonta y malhumorada la otra tarde, antes de todo este asunto. Justo ahora, cuando entraste en la habitación, me sentía bastante avergonzada.

—¡Oh, Bee! —respondió, inclinándose sobre ella—, ¡qué tontería! Ahora, duérmete de una vez. —Estaba muy feliz. Beatrice, víctima de un temperamento que tenía la puerilidad y la impulsividad del artista sin sus rasgos más altos y severos, se recostó con fácil contento.

La noche era tranquila y muy oscura. Cuando Anna y Mynors salieron, no podían distinguir ni el cielo ni el mar; pero el débil e inquieto murmullo del mar subía por los acantilados. Solo las luces de las casas revelaban la dirección del camino.

—¿Qué tal si bajamos al embarcadero y luego seguimos hasta el rompeolas? —dijo él, y ella asintió—. ¿No quieres mi bufanda... otra vez? —añadió, sacando este artículo siempre presente de su bolsillo.

—No, gracias —dijo ella, casi con frialdad—, realmente hace bastante calor. —Consideró la oferta de la bufanda como una indiscreción, su única indiscreción durante su relación. Mientras bajaban la colina hacia la orilla, pensó en cómo la enfermedad de Beatrice había interrumpido bruscamente

sus relaciones. Si había venido a la Isla de Man con la vaga idea de que posiblemente él le pediría matrimonio, la expectativa se vio frustrada; pero no sintió ninguna decepción. Sintió que los acontecimientos la habían elevado a un plano superior al del cortejo. Estaba llena de la orgullosa satisfacción de un deber cumplido. No trató de minimizar el hecho de que había sido de verdadero valor para sus amigos en los últimos días, probablemente había salvado a la señora Sutton de una enfermedad, ciertamente los había puesto a todos bajo una obligación. Su gratitud, no expresada, pero patente en cada rostro, le daba un placer infinito. Se había ganado su respeto por la manera en que se había elevado a la altura de una emergencia que exigía más que devoción. Había demostrado, no solo a ellos sino a sí misma, que podía mantener la calma bajo presión y ejercer fuerza moral cuando la ocasión lo requería. Tales eran las reflexiones gozosas y exultantes que pasaban por su cerebro, anormalmente activo en la vigilia artificial causada por una fatiga excesiva. Se encontraba en un estado extremadamente nervioso y excitable, y ni siquiera lo sospechaba, imaginando de hecho que sus emociones eran excepcionalmente tranquilas esa noche. No había comenzado a darse cuenta de la crisis por la que acababa de pasar.

El camino desigual hacia el rompeolas en ruinas estaba completamente desierto. Habiendo llegado al final del sendero, se pararon uno al lado del otro, solitarios, silenciosos, contemplando la superficie negra y suavemente ondulante del mar. La vista era frustrada por la intensa oscuridad; el oído no podía descifrar los extraños ruidos nocturnos de la bahía y el océano más allá; pero la imaginación era estimulada por el atractivo de todo este misterio y oscuridad. Nunca el agua había parecido tan maravillosa, terrible y austera.

—Nos vamos mañana —dijo él finalmente.

Anna se sobresaltó y tembló de aprensión ante el temblor de su voz. Había leído que una mujer siempre era bien advertida por sus instintos cuando un hombre tenía la intención de proponerle matrimonio. Pero aquí estaba la propuesta inminente, y no lo había sospechado. En un destello de perspicacia, percibió que el mismo evento que los había separado durante tres días también había impulsado al amante en su curso. Fue el pensamiento de sus vigiliias, su fortaleza, su compasión, lo que había avivado la llama. No se sorprendió, solo se sintió incómoda, cuando él le tomó la mano.

—Anna —dijo—, no tiene sentido alargar la historia. Estoy tremendamente enamorado de ti; sabes que lo estoy.

Dio un paso atrás, aún sosteniendo su mano. Ella no podía decir nada.

—¿Y bien? —se aventuró él—. ¿No lo sabías?

—Pensé... pensé —murmuró estúpidamente—, pensé que te gustaba.

—No puedo decirte cuánto te admiro. No voy a alabarte en tu cara, pero simplemente nunca he conocido a nadie como tú. Desde el primer momento en que te vi, fue lo mismo. Es algo en tu rostro, Anna... Anna, ¿quieres ser mi esposa?

La pregunta real fue hecha en un tono preciso, educado, algo convencional. Para Anna, él nunca fue más él mismo que en ese momento.

No podía hablar; no podía analizar sus sentimientos; ni siquiera podía pensar. Estaba a la deriva. Finalmente, tartamudeó:

—Solo nos conocemos desde...

—¡Oh, querida! —exclamó él con maestría—, ¿qué importa eso? Si hubieran sido una docena de años en lugar de uno, no habría habido ninguna diferencia. —Ella retiró tímidamente la mano, pero él la tomó de nuevo. Sintió que él la dominaba y decidiría por ella.

—Di que sí.

—Sí —dijo ella.

Vio imágenes de su carrera como su esposa, y resolvió que uno de los primeros actos de su libertad sería liberar a Agnes de las tiranías más ignominiosas de su padre.

Caminaron a casa casi en silencio. Estaba prometida, entonces. Sin embargo, no experimentó ninguna sensación nueva. Se sentía como se había sentido en el camino de bajada, excepto que estaba terriblemente perturbada. No había éxtasis inefable, ni dicha extática. De repente, la perspectiva de la felicidad la inundó como un torrente.

En la verja, quiso hacerle una petición, pero dudó, porque no se atrevía a usar su nombre de pila. Sin embargo, era apropiado que usara su nombre de pila, y lo haría, o perecería.

—Henry —dijo— , no se lo digas a nadie aquí. —Él simplemente la besó una vez más. Ella subió directamente las escaleras.

CAPÍTULO XI: LA CAÍDA

Para coger el vapor de Liverpool en Douglas era necesario salir de Port Erin a las seis y media de la mañana. La frescura de la mañana y las sonrisas del concejal y su esposa mientras se despedían desde el umbral de la puerta llenaron a Anna de una serena satisfacción que ciertamente no había sentido durante la noche de vigilia. Olvidó, entonces, las horas pasadas con su conciencia al darse cuenta de lo serio y solemne que era este compromiso, hecho en un instante la noche anterior. Todo lo que quedaba en su mente, mientras ella y Henry caminaban rápidamente por la carretera, era la sensación tónica de altas resoluciones para ser una esposa digna. Los deberes, más que las alegrías, de su condición, habían estado más cerca de su corazón hasta ese momento de partida, dándole un semblante ansioso y casi preocupado que en el desayuno ni Henry ni los Sutton pudieron entender del todo. Pero ahora la idea del deber dejó por un tiempo de ser primordial, y se entregó a los placeres del día que le esperaba. El puerto estaba lleno de bajas nieblas errantes, a través de las cuales las velas marrones de las lanchas de pesca jugaban al escondite. Muy por encima de ellas, las formas redondas de inmensas nubes todavía llevaban los colores del amanecer. El suave viento salado en la mejilla era como el toque de un dador de vida. Era imposible, en una mañana así, no regocijarse en la vida, no reír infantilmente de alegría irracional, no desechar el recuerdo de la pena y la aprensión de la pena como alucinaciones morbosas. El rostro de Mynor expresaba la doble felicidad del placer presente y anticipado. Había vuelto a triunfar, él que nunca había fracasado; y el viaje de regreso a Inglaterra fue para él un progreso triunfal. Anna respondió con entusiasmo a su estado de ánimo. El día fue un éxtasis, una brillante extensión inmaculada. Para Anna en

particular fue un día único, que marcó el apogeo de su existencia. En los años que siguieron, siempre podía volver a él y decirse a sí misma: «Ese día fui feliz, tontamente, ignorantemente, pero por completo. Y todo lo que he aprendido desde entonces no puede alterarlo: fui feliz».

Cuando llegaron a la estación de Shawport, un coche de caballos esperaba a Anna. Sin que ella lo supiera, Henry lo había pedido por telégrafo. Esta consideración era propia, pensó, de su magistral dirección de todo el viaje: en el vapor, en Liverpool, en el tren; no le había faltado nada de lo que un viajero experimentado pudiera idear para su comodidad. Subió sola al coche, mientras Mynors, seguido de un muchacho y su maleta, caminaba hacia sus habitaciones en Mount Street. Se había acordado, a petición de Anna, que no aparecería en Manor Terrace hasta la hora de la cena. Ephraim le abrió la puerta de su casa. A ella le pareció que estaba contento.

—Bueno, padre, ya estoy aquí de nuevo, como ve.

—Sí, muchacha. —Se dieron la mano, y ella le indicó al cochero dónde depositar su baúl de hojalata. Se alegró y se sintió aliviada de estar de vuelta. Nada había cambiado, excepto ella misma, y esta absoluta igualdad era a la vez agradable y patética para ella.

—¿Dónde está Agnes? —preguntó, sonriendo a su padre. En el resplandor de la llegada, tuvo la vaga noción de que sus relaciones con él se habían suavizado permanentemente por la ausencia.

—Veo que te has acostumbrado a corretear en coches de caballos —dijo, sin responder a su pregunta.

—Bueno, padre —dijo ella, sonriendo aún—, estaba la caja. No podía cargar con la caja.

—Me imagino que podrías haber contratado a un muchacho para que la llevara por seis peniques.

Ella no respondió. El cochero se había ido a su vehículo.

—¿No vas a pagarle al cochero?

—Le he pagado, padre.

—¿Cuánto?

Hizo una pausa.

—Dieciocho peniques, padre. —Era una mentira; había pagado dos chelines.

Entró ansiosamente en la cocina, y luego en el salón, donde el té estaba puesto para una persona. Agnes no estaba allí.

—Está arriba —dijo Ephraim, encontrándose con Anna cuando volvía a entrar en el vestíbulo. Subió las escaleras en silencio y entró en el dormitorio. Agnes estaba colocando adornos en la repisa de la chimenea con exactitud matemática; bajo el brazo llevaba un plumero. La niña se volvió, sobresaltada, y dio un gritito.

—¡Eh, no sabía que habías llegado! ¡Qué temprano estás!

Corrieron la una hacia la otra, se abrazaron y se besaron. Anna se sintió abrumada por el patetismo de la soledad de su hermana en esa casa sombría durante catorce días, mientras ella, la mayor, se había absorbido en una alegría egoísta. El rostro pálido, los ojos grandes y melancólicos y los brazos largos y delgados eran una acusación silenciosa. Se preguntó cómo había podido decidirse a dejar a Agnes ni siquiera por un día. Sentándose en la cama, atrajo a la niña a su regazo en un arrebato de amor y la besó de nuevo, llorando. Agnes también lloró, por simpatía.

—¡Oh, mi querida, querida Anna, me alegro tanto de que hayas vuelto!
—Se secó los ojos y, en un tono de voz completamente diferente, preguntó
—: ¿Se te ha declarado el señor Mynors?

Anna no pudo evitar sonrojarse ante esta simple y asombrosa pregunta. Dijo:

—Sí. —Fue la única palabra de la que fue capaz, dadas las circunstancias. Ese no era el momento de acusar a Agnes de demasiada precocidad y brusquedad.

—¿Estáis prometidos, entonces? ¡Oh, Anna! ¿Se siente bien? Debe de serlo. ¡Sabía que lo estaríais!

—¿Cómo lo sabías, Agnes?

—Quiero decir que sabía que te lo pediría, alguna vez. Todas las niñas del colegio también lo sabían.

—Espero que no hablaras de ello —dijo la hermana mayor.

— ¡Oh, *no!* Pero ellas sí; siempre estaban hablando de ello.

— Nunca me lo dijiste.

— Yo... no me atreví. Anna, ¿tendré que llamarlo Henry ahora?

— Sí, por supuesto. Cuando nos casemos, será tu cuñado.

— ¿Te casarás pronto, Anna?

— No hasta dentro de mucho tiempo.

— Cuando lo hagas... ¿me quedaré yo sola con la casa? Puedo, ya sabes... Nunca me *atreveré* a llamarlo Henry. Pero es terriblemente simpático, ¿no es así, Anna? Sí, cuando te cases, me quedaré con la casa aquí, pero vendré a verte todos los días. Padre *tendrá* que dejarme hacerlo. ¿Sabe padre que estáis prometidos?

— Todavía no. Y no debes decir nada. Henry viene a cenar. Y entonces se lo diremos a padre.

— ¿Te besó, Anna?

— ¿Quién, padre?

— ¡No, tonta! Henry, por supuesto... quiero decir, ¿cuando te lo pidió?

— Creo que estás haciendo todas las preguntas. ¿Qué tal si ahora te hago yo algunas? ¿Cómo te las has arreglado con padre? ¿Ha sido bueno?

— Algunos días... sí —dijo Agnes, después de pensar un momento—. Hemos recibido tazas y platillos nuevos de la fábrica del señor Mynors. Y padre ha limpiado la chimenea de la cocina. Y, ¡oh, Anna! Le pregunté hoy si había llevado bien la casa, y me dijo «bastante bien», y me dio un penique. ¡Mira! Es el primer dinero que he tenido, ¿sabes? Te necesitaba por las noches, Anna... y todo el tiempo, también. He estado terriblemente ocupada. Limpié la plata toda la tarde. Anna, *he* intentado... Y te he preparado un poco de té. Bajaré y lo haré. Ahora no debes entrar en la cocina. Te lo llevaré al salón.

«Tomé el té en Crewe», estuvo a punto de decir Anna, pero se abstuvo, bebiendo a su debido tiempo la taza preparada por Agnes. Sintió una apasionada pena por Agnes, demasiado joven para sentir la sombra que se cernía sobre su futuro. Anna se casaría para ser libre, pero Agnes seguiría

siendo la sierva. ¿Se casaría Agnes? ¿Podría? ¿Lo permitiría su padre? Anna había notado que en las familias, la más joven, mimada en la infancia, a menudo era sacrificada en la madurez. Era la última doncella la que debía conservar su virginidad y, vicariamente filial, pagar con su propia vida la deuda de todas las demás.

—El señor Mynors viene a cenar esta noche. Quiere verte —le dijo Anna a su padre, con la mayor calma posible. El avaro gruñó. Pero a las ocho, la hora inmutablemente fijada para la cena, Henry no había llegado. La comida transcurrió, por supuesto, sin él. Para Anna, su ausencia era inexplicable y perturbadora, pues nadie podía ser más puntilloso que él en cuestión de citas. Lo esperaba a cada momento, pero no apareció. Agnes, llena del gran secreto que le habían confiado, se mostraba más abiertamente impaciente que su hermana. Ninguna de las dos podía hablar, y un pesado silencio cayó sobre el grupo familiar, un silencio que su padre, en esa noche particular del regreso de Anna, resintió.

—No nos cuentas mucho —comentó, cuando la cena hubo terminado.

Sintió que la queja era justa. Incluso antes de la cena, cuando nada había ocurrido para preocuparla, había hablado poco. Parecía haber tanto que contar —en Port Erin—, y ahora parecía no haber nada que contar. Se aventuró en un relato flácido y superficial de la enfermedad de Beatrice, de la pesca, de las casas inacabadas que habían llamado la atención del señor Sutton; dijo que el mar había estado en calma, que habían comido algo en Liverpool, que el tren para Crewe había sido muy puntual; y luego no se le ocurrió nada más. El silencio volvió a caer. Se recogieron los platos de la cena y se fregaron. A las nueve y cuarto, Agnes, pidiendo en vano permiso para quedarse levantada para ver al señor Mynors, fue enviada a la cama, solo parcialmente consolada por un cepillo de ropa, largamente deseado, que Anna le había traído como regalo de la Isla de Man.

—¿Se lo dirás tú misma a padre, ahora que Henry no ha venido? —preguntó la niña a Anna, que había subido a deshacer la maleta.

—Sí —dijo Anna, brevemente.

—Me pregunto qué dirá —reflexionó Agnes, con ese hábito, siempre molesto para Anna, de adelantarse a los problemas.

A las diez menos cuarto, Anna dejó de esperar a Mynors y finalmente se armó de valor para la prueba de una entrevista solemne con su padre, sabiendo bien que no se atrevía a dejarlo más tiempo en la ignorancia de su compromiso. El anciano ya estaba cerrando y echando el cerrojo a la puerta; había dado cuerda al reloj de la cocina. Cuando volvió al salón para apagar el gas, ella estaba de pie junto a la repisa de la chimenea.

—Padre —comenzó—, tengo algo que debo decirle.

—¿Eh, qué dices? —su mano estaba en la llave del gas. La bajó, examinando su rostro con curiosidad.

—El señor Mynors me ha pedido que me case con él; me lo pidió anoche. Acordamos que vendría esta noche a verle... no entiendo por qué no ha venido. Debe de ser algo muy inesperado e importante, o habría venido. — Temblaba, su corazón latía violentamente; pero las palabras estaban dichas, y dio gracias a Dios.

—¿Te pidió que te casaras con él, dices? —El avaro la miró con curiosidad con sus pequeños ojos azules.

—Sí, padre.

—¿Y qué dijiste?

—Dije que sí.

—¡Oh! ¡Dijiste que sí! Me imagino que fue por eso que tuviste que irte de paseo a la playa, ¿eh?

—Padre, ni se me ocurrió tal cosa cuando los Sutton me invitaron a ir. ¡Ojalá Henry —el coste de ese nombre de pila!— hubiera venido! Tenía toda la intención de venir esta noche. —No pudo evitar insistir en la corrección de las intenciones de Henry.

—Entonces, ¿voy a ser consultado, eh?

—Por supuesto, padre.

—Lo habéis arreglado pronto, entre vosotros.

Su tono era, en el mejor de los casos, brusco; pero ella respiró más tranquila, adivinando al instante por su manera de actuar que no tenía intención de oponerse violentamente al compromiso. Sabía que ahora solo se nece-

sitaba tacto. El avaro, de hecho, había previsto la posibilidad de este matrimonio desde hacía meses, y hacía tiempo que había decidido en su mente que Henry sería un yerno satisfactorio. Ephraim no tenía ambiciones sociales —con toda su mezquindad, estaba por encima de ellas—; no sentía más que desprecio por el rango, el estilo, el lujo y «la teoría de lo que es ser una dama y un caballero». Sin embargo, por una curiosa contradicción, la elegancia de Henry en su apariencia —la elegancia de un viajante de comercio sin igual— le agradaba. Veía en Henry a un hombre joven y sereno de notable astucia, un hombre que había ahorrado dinero, había hecho dinero para otros y ahora lo estaba haciendo para sí mismo; un hombre en quien se podía confiar absolutamente para realizar esa hazaña de «progresar»; un hombre «seguro» y profundamente respetable, al mismo tiempo audaz e imperturbable. Era muy consciente de que Henry se había enamorado realmente de Anna, pero nada lo habría convencido de que el dinero de Anna no fuera la causa principal de la genuina pasión de Henry por la propia Anna.

—Te gusta Henry, ¿verdad, padre? —dijo Anna. Fue un fallo en el tacto deseado, pues nunca se había sabido que Ephraim admitiera que le gustaba alguien o algo. Tales naturalezas no son capaces de nada más positivo que la tolerancia.

—Es un tipo con la cabeza bien puesta, y sabe el valor del dinero. ¡Sí, vaya si lo sabe; sabe de qué lado está untado su pan! —Un énfasis siniestro marcó la última frase.

En lugar de permanecer en silencio, Anna, en su nerviosismo, cometió otra imprudencia.

—¿Qué quiere decir, padre? —preguntó, fingiendo que creía imposible que pudiera querer decir lo que obviamente quería decir.

—Sabes a qué me refiero, muchacha. ¿Crees que no se casa contigo por tu dinero? ¿Crees que no puede hacer una buena conjetura de lo que vales? Pero eso no te molestará mientras te hayas enganchado a un tipo guapo.

—¡Padre!

—¡Sí! Puedes enfadarte; pero es verdad. No me lo digas a mí.

Segura de la perfecta pureza del afecto de Mynor, no se sintió herida en lo más mínimo. Incluso pensó que la actitud de su padre no era del todo sin-

cera, una actitud debida en parte a una mera terquedad malhumorada.

—Henry nunca me ha mencionado el dinero —dijo amablemente.

—Quizás no; no es tan tonto como para eso. —Hizo una pausa y continuó—: Eres libre de casarte, por mí. Las muchachas lo harán, me imagino, y tú entre ellas. —Ella sonrió, y con esa sonrisa él apagó de repente el gas. Anna se alegró de que la conversación hubiera terminado tan bien. Felicidades, caricias, amorosa consideración por su bienestar: no había esperado estas cosas, y no se sintió afligida en absoluto por su ausencia. Buscando a tientas el camino hacia el vestíbulo, se consideró afortunada, y solo deseó que nada hubiera sucedido para mantener alejado a Mynor. Quería decirle de inmediato que su padre se había mostrado tratable.

A la mañana siguiente, Tellwright, cuya asistencia a la capilla estaba perdiendo la estricta regularidad de antaño, anunció que se quedaría en casa. La comida del domingo iba a ser un refrigerio frío, así que Anna y Agnes fueron a la capilla. Los pensamientos de Anna estaban completamente ocupados con la perspectiva de ver a Mynors y escuchar la explicación de su ausencia el sábado por la noche.

—¡Ahí está! —exclamó Agnes en voz alta, mientras se acercaban a la capilla.

—Agnes —dijo Anna—, ¿cuándo aprenderás a comportarte en la calle?

Mynors estaba en las puertas de la capilla; evidentemente las esperaba. Parecía serio, casi triste. Se quitó el sombrero y les estrechó la mano, con una especial amabilidad hacia Agnes, que especulaba si besaría a Anna, como su prometida, o a ella misma, por ser solo una niña pequeña, o a ambas o a ninguna de las dos. Sus ojos ya expresaban una especie de posesión sobre él.

—Me gustaría hablar con usted un momento —dijo Henry—. ¿Quiere venir al patio de la escuela?

—Agnes, será mejor que vayas directamente a la capilla —dijo Anna. Fue un desastre ignominioso para la niña, pero obedeció.

—No te rendí hasta casi las diez de la noche —comentó Anna mientras entraban en el patio de la escuela. Se sorprendió al descubrir en sí misma

una inclinación a hacer pucheros, a hacerse la ofendida, porque Mynors había faltado a su cita. Despreciativamente, la aplastó.

—¿Ha oído hablar del señor Price? —comenzó Mynors.

—No. ¿Qué hay de él? ¿Ha pasado algo?

—Ha ocurrido algo muy triste. Sí... —se detuvo, por la emoción—. ¡Nuestro superintendente se ha suicidado!

—¿Se ha matado? —jadeó Anna.

—Se ahorcó ayer por la tarde en Edward Street, en la sala de barbotina, después de que la fábrica cerrara. Willie se había ido a casa, pero volvió, cuando su padre no apareció para cenar, y lo encontró. El señor Price estaba completamente muerto. Corrió a mi casa a buscarme justo cuando estaba tomando el té. Por eso no vine anoche.

Anna se quedó sin habla.

—Pensé que te lo diría yo mismo —reanudó Henry—. Es algo terrible para la escuela dominical, y para toda la sociedad también. ¡Él, un wesleyano prominente, un trabajador entre nosotros! ¡Algo terrible! —repitió, dominado por la idea del golpe así asestado a la conexión metodista por el hombre ahora muerto.

—¿Por qué lo hizo? —exigió Anna, secamente.

Mynors se encogió de hombros y exclamó:

—Problemas de negocios, supongo; no podía ser otra cosa. En la escuela esta mañana, simplemente anuncié que había muerto. —La voz de Henry se quebró, pero añadió, después de una pausa—: El joven Price se portó espléndidamente anoche.

Anna se apartó en silencio.

—Subiré a tomar el té, si me lo permite —dijo Henry, y luego se separaron, él al coro, ella al pórtico de la capilla. La gente hablaba en grupos en los anchos escalones y en el vestíbulo. Todos sabían de la calamidad y habían recibido de ella un nuevo interés en la vida. La ciudad se despertó como de un letargo. La consternación y la ávida curiosidad estaban en todos los rostros. A los que llegaban ignorantes del suceso se les informaba en tonos impresionantes y con intensa satisfacción para el informador; nada de

igual importancia había sucedido en la sociedad durante décadas. Anna subió por el pasillo hasta su banco, llena de un solo pensamiento:

«Lo llevamos a ello, padre y yo».

Su temor era que el avaro hubiera renovado su terrible insistencia durante la quincena anterior. Olvidó que le había disgustado el difunto, que siempre le había parecido mezquino, santurrón y de dos caras. Olvidó que al presionarlo por el alquiler atrasado de muchos meses, ella y su padre habían actuado dentro de sus justos derechos, actuado como el propio Price habría actuado en su lugar. Solo podía pensar en la tensión, la agonía, la desesperación que debieron preceder a la miserable tragedia. El viejo Price había expiado todo en un pecado sublime, el único acto que podía prestar dignidad y reposo a una figura como la suya. La imaginación febril de Anna reconstituyó la escena en la sala de barbotina: la vio como algo grandioso, acusador e irrefutable; y no pudo desechar un sentimiento de agudo remordimiento por haber estado ella entregada al placer en esa misma hora de la muerte. ¡Seguramente algún instinto debería haberle advertido que la liebre que había ayudado a cazar estaba en las últimas!

El señor Sargent, el segundo pastor recién nombrado, estaba en el púlpito: un hombrecillo serio, soltero, que enfatizaba cada frase con un continuo temblor de voz.

—Hermanos —dijo, después del segundo himno, y sus tonos vibraron con un efecto singular a través del edificio medio vacío—: Antes de proceder a mi sermón, tengo una palabra que decir en referencia al terrible suceso que sin duda está en la mente de todos vosotros. No nos corresponde a nosotros juzgar al hombre que ahora se ha ido, introducido en la temible presencia de su Creador con el crimen del suicidio sobre su alma. Digo que no nos corresponde a nosotros juzgarlo. Los caminos del Todopoderoso son inescrutables. Por lo tanto, en un momento así, podemos humillarnos adecuadamente ante el Trono, y mientras estamos postrados allí, intercedamos por el pobre joven que queda atrás, desamparado y lleno de dolor y vergüenza. Nos dedicaremos a la oración silenciosa. —Levantó la mano y cerró los ojos, y la congregación se inclinó hacia adelante contra los frentes de los bancos. El rostro suplicante de Willie se presentó vívidamente a Anna.

—¿Quién es? —preguntó Agnes, en un susurro de una claridad espantosa. Anna frunció el ceño con enojo y no respondió.

Mientras se cantaba el último himno, Anna le hizo una seña a Agnes de que quería salir de la capilla. Todo el mundo sabría que ella estaba entre los acreedores de Price, y temía que si se quedaba hasta el final del servicio, alguna charlatana la metiera en una conversación angustiosa. Las hermanas salieron, y la ardiente curiosidad de Agnes finalmente fue satisfecha.

—El señor Price se ha ahorcado —le dijo a su padre cuando llegaron a casa.

El avaro miró por la ventana por un momento.

—No me sorprende —dijo—. El suicidio está en esa sangre. El tío de Titus, 'Lijah, intentó matarse dos veces antes de morir de cálculos. Tendremos que hacer algo con Edward Street al final.

Quería preguntarle a Ephraim si había estado exigiendo más alquiler últimamente, pero no encontró el valor para hacerlo.

Agnes tuvo que ir sola a la escuela dominical esa tarde. Sin decir nada a su padre, Anna decidió quedarse en casa. Pasó el tiempo en su dormitorio, ociosa, preocupada; y no bajó hasta las tres y media. Ephraim había salido. Agnes regresó al poco tiempo, y luego Henry entró con el señor Tellwright. Conversaban amigablemente, y Anna supo que su compromiso estaba finalmente y satisfactoriamente arreglado. Durante el té no se hizo referencia a ello, ni al suicidio. El comportamiento de Mynor era tranquilo pero alegre. Se había recuperado en parte de la agitación de la mañana, y le dio a Ephraim y a Agnes un animado relato de las atracciones de Port Erin. Anna notó la diversión en sus ojos cuando Agnes, enrojeciendo, le dijo:

—¿Quieres más pan con mantequilla, Henry? —Parecía tácitamente entendido después que Agnes y su padre asistirían a la capilla, mientras que Henry y Anna se quedarían en casa. Nadie fue lo suficientemente ingenioso como para detectar una incorrección en el arreglo. Por alguna razón oscura, inmediatamente después de la partida de los feligreses, Anna fue a la cocina, hizo sonar algunos platos, se acarició el cabello mecánicamente y luego volvió sigilosamente al salón. Era una tarde fría, y en lugar de pasear arriba y abajo por la franja de jardín, los prometidos se sentaron juntos bajo la

ventana. Anna se preguntó si era feliz o no. La presencia de Mynor era, en todo caso, maravillosamente tranquilizadora.

—¿Dijo algo su padre sobre el asunto de los Price? —comenzó él, cediendo de inmediato al poderoso hipnotismo del tema que fascinaba a toda la ciudad esa noche, y que Anna no podía ni discutir ni ignorar.

—No mucho —dijo ella, y le repitió el comentario de su padre.

Mynor le contó todo lo que sabía; cómo Willie había descubierto a su padre con los pies tocando el suelo, ligeramente inclinado hacia adelante, completamente muerto; cómo luego había cortado la cuerda y había ido a buscar a Mynor, que lo acompañó a la comisaría; cómo habían vendado la cabeza del cadáver y luego habían esperado hasta la noche para llevar el cuerpo en una carretilla desde Edward Street hasta la morgue de la comisaría; cómo la policía había telefoneado al forense y había acordado de inmediato que la investigación se llevaría a cabo el martes en la sala del tribunal del ayuntamiento; y lo tranquilo, contenido y digno que había estado Willie, sorprendiendo a todos con esta nueva hombría. Todo le pareció horriblemente real a Anna mientras Henry añadía detalle a detalle.

—Creo que debería decirte —dijo muy tranquilamente, cuando terminó el relato— que yo... estoy terriblemente afectada por esto. No puedo evitar pensar que yo... que mi padre y yo, quiero decir... somos de alguna manera responsables en parte de esto.

—¿Por la muerte de Price? ¿Cómo?

—Hemos sido tan duros con él por su alquiler últimamente, ¿sabes?

—¡Mi querida niña! ¿Qué más? —Le tomó la mano—. Te aseguro que la idea es absurda. Solo la tienes porque eres muy sensible y nerviosa. Me atrevo a decir que Price estaba completamente atrapado, en todas partes, no tenía ninguna posibilidad.

—¡Yo, nerviosa! —exclamó ella. Él la besó con amor. Pero, bajo la sensación de seguridad que, con fuerza superior, le había impuesto, yacía la sensación de que la trataban como a una niña asustada que debía ser tranquilizada en la noche. Sin embargo, estaba agradecida por su amabilidad, y cuando se fue a la cama, obtuvo alivio de la obsesión recurrente del suicidio renovando sus votos hacia él.

Como efecto teatral, la muerte de Titus Price apenas podría haber sido superada. La ciudad se sintió profundamente conmovida por el espectáculo de esta abyecta pero heroica rendición de todas esas pretensiones con las que la sociedad se las arregla para tolerarse a sí misma. Aquí había un hombre a quien nadie respetaba, pero que todos fingían respetar; que sabía que no era respetado por nadie, pero fingía que era respetado por todos; cuya carrera entera estaba compuesta de disimulos: religiosos, morales y sociales. Si se podía confiar en algún hombre para continuar la farsa decente hasta el final, y así preservar la autoestima general, seguramente era este hombre. ¡Pero no! De repente, abandonando toda impostura, transgrede abiertamente, descaradamente; y, agarrando un trozo de cáñamo, grita: «Contempladme; esta es la verdadera naturaleza humana. Esta es la verdad; el resto eran mentiras. Yo mentí; vosotros mentisteis. Lo confieso, y vosotros lo confesaréis». Tal trueno sacude la base misma del microcosmos. Los jóvenes en particular apenas podían creer lo que oían. Les parecía increíble que Titus Price, el metodista, el superintendente de la escuela dominical, el ruidoso campeón de las más altas virtudes, cometiera el pecado de todos los pecados: el asesinato. Estaban aturridos. El recuerdo de su insinceridad no hizo nada para mitigar el golpe. A su juicio, quizás era incluso peor que hubiera traicionado su propia falsedad. Los mayores estaban un poco menos perturbados. El suceso no era único en su experiencia. Habían vivido más tiempo y habían sentido estos choques sísmicos antes. Podían remontarse al pasado y encontrar otros casos en los que un impulso rápido había hecho añicos el edificio de toda una vida. Sabían que la historia de las familias y de las comunidades está llena de desilusiones. Habían descubierto que el carácter es inmutable, irreprimible, incurable. Eran conscientes del asombroso hecho, que se tarda al menos treinta años en aprender, de que un superintendente de escuela dominical es un hombre. Y el suicidio de Titus Price, cuando se dieron cuenta de ello, solo sirvió para confirmar su estimación más secreta y honesta de la humanidad, esa estimación que nunca confiaron a nadie. Los jóvenes pensaron que la Sociedad Metodista estaba avergonzada y marcada por el trágico incidente, e imaginaron que debían pasar años antes de que pudiera volver a levantar la cabeza en la ciudad. Los ancianos eran más sabios, previendo con certeza que en solo unos pocos días este fenómeno absorbente perdería su significado y sería como si nunca hubiera sido. Incluso en dos días, el tiempo ya había comenzado su trabajo, pues para el martes por la mañana el interés del asunto —el domin-

go en su punto más alto— había disminuido tanto que el pensamiento de la investigación judicial era capaz de revivirlo. Aunque todos sabían que el caso no presentaba características inusuales, y que la investigación del forense no sería más que una ceremonia formal, la curiosidad casi codiciosa de los círculos metodistas lo elevó al nivel de una *cause célèbre*. La sala del tribunal estaba llena de una respetabilidad irreprochable cuando el forense llegó a la ciudad, y cada rostro animado le decía a su compañero: «¿Así que tú también estás aquí?». Los recién llegados del mundo oficial —concejales, guardianes de los pobres, miembros de la junta escolar y una o dos de sus damas— se vieron obligados a intrigar por un sitio con la policía y el conserje del ayuntamiento y, habiéndolo conseguido, se hundieron en sus estrechos asientos con un suspiro de expectación y triunfo. Los recién llegados con menos influencia tuvieron que retirarse, y por una especie de fascinación siniestra se quedaron deambulando por el pasillo antes de poder decidirse a irse a casa. La plaza del mercado estaba ocupada por cientos de holgazanes, que parecían encontrar una satisfacción mística en contemplar el coche del forense y el exterior del edificio que ahora albergaba el cadáver.

Fue por accidente que Anna estaba en la ciudad. Sabía que la investigación judicial tendría lugar esa mañana, pero no había soñado con asistir a ella. Sin embargo, cuando vio el revuelo de excitación en la plaza del mercado y a la policía custodiando las entradas del ayuntamiento, cruzó directamente la calle, pasó junto a los dos agentes de la puerta este y entró en el oscuro pasillo principal del edificio, que estaba salpicado de pequeños grupos que conversaban ociosamente. Era consciente de dos cosas: una vehemente curiosidad y la existencia en algún lugar del recinto de un cuerpo muerto, antiestético, monstruoso, tranquilo, silencioso, indiferente, el origen insensible de todo este fermento hirviente que la disgustaba incluso mientras lo compartía. En una pequeña puerta, medio oculta por una cortina, se sobresaltó al ver a Mynors.

—¡Tú aquí! —exclamó, como dolorosamente sorprendido, y le estrechó la mano con aire preocupado—. Están interrogando a Willie. Salí mientras estaba en el estrado de los testigos.

—¿La investigación judicial se está llevando a cabo ahí dentro? —preguntó, señalando la puerta. Cada uno parecía ocultar un cierto resentimiento contra el otro; pero esta apariencia se debía solo a la agitación nerviosa.

Un policía por el pasillo llamó:

— Señor Mynors, un momento. — Henry se apresuró a marcharse, respondiendo a la pregunta de Anna mientras se iba —: Sí, ahí dentro. Esa es la puerta de los testigos y los jurados; pero, por favor, no entre. No me gustaría que lo hiciera, y seguro que la afectará.

Abrió la puerta y entró. Nadie dijo que no, y encontró unos pocos centímetros de espacio para estar de pie detrás del palco del jurado. Un hedor terrible la nauseó; la cámara estaba abarrotada y ni una sola ventana abierta. Había silencio en la sala —nadie parecía estar haciendo nada—; pero finalmente percibió que el forense, entronizado en el estrado de la justicia, estaba escribiendo en un libro de hojas azules. En el estrado de los testigos estaba William Price, vestido de negro, con guantes de cabritilla, no holgazaneando en una actitud desgarbada, como podría haberse esperado, sino perfectamente erguido; mantenía los ojos fijos en la cabeza del forense. Sarah Vordrey, el ama de llaves anciana de Price, estaba sentada en una silla cerca del estrado de los testigos, llorando en un pañuelo con borde negro; a intervalos levantaba su rostro pequeño, arrugado y rojo, con sus ojos brillantes e inflamados, y luego lo volvía a hundir en el pañuelo. Los miembros del jurado, a quienes Anna solo podía ver de perfil, se movían de un lado a otro en sus largos asientos parecidos a bancos —eran en su mayoría obreros, vestidos con ropas raídas—; pero el presidente era el señor Leal, el tendero, masón y sacristán de la iglesia parroquial. El público en general estaba sentado, atento y vacío; sus mentes boquiabiertas, si no sus bocas; ocasionalmente uno susurraba inaudiblemente a otro; el jurado, consciente de su estatus oficial, intercambiaba comentarios en un susurro valientemente alto. Varios policías altos, con el casco en la mano, estaban de pie en varios rincones de la sala, y el oficial del forense estaba sentado cerca del estrado de los testigos para administrar el juramento. Finalmente, el forense levantó la cabeza. Era un hombre bastante joven, con un rostro grande e inteligente; llevaba gafas y su barbilla estaba cubierta por una barba corta y ondulada. Su manera de actuar demostraba que, aunque secretamente orgulloso de su posición suprema en esa asamblea, estaba tratando deliberadamente de hacer parecer que este ejercicio de autoridad judicial no era nada para él, que en verdad estas eternas investigaciones, que tanto interesaban a otros, eran para él un cansancio soportado con conciencia.

—Ahora, señor Price —dijo el forense con amabilidad, y era evidente que estaba siendo ceremoniosamente educado con un inferior, en obediencia a las reglas de la buena educación—, debo hacerle algunas preguntas más. Pueden ser inconvenientes, incluso dolorosas; pero yo estoy aquí simplemente como instrumento de la ley, y debo cumplir con mi deber. Y estos señores de aquí —hizo un gesto con la mano en dirección al jurado— deben conocer todos los hechos del caso. Sabemos, por supuesto, que el fallecido se suicidó —eso ha quedado probado más allá de toda duda—; pero, como digo, tenemos derecho a saber más. —Hizo una pausa, muy satisfecho con el sonido de su voz, y evidentemente pensando que había dicho algo muy weighty e impresionante.

—¿Qué quiere saber? —exigió Willie Price, su amplio acento de las Cinco Villas contrastando con los acentos kensingtonianos del forense. Este último, que era originario de Manchester, se irritó por la brusca interrupción; pero controló su molestia, al mismo tiempo que miraba al público como para significarles que había aprendido a no tomar demasiado en serio la rudeza involuntaria característica de su distrito.

—¿Dice usted que probablemente fueron problemas de negocios lo que causó que su difunto padre cometiera el acto precipitado?

—Sí.

—¿Está seguro de que no había nada más?

—¿Qué otra cosa podría haber?

—¿Su difunto padre era viudo?

—Sí.

—Ahora, en cuanto a estos problemas de negocios, ¿cuáles eran?

—Estábamos siendo presionados por los acreedores.

—¿Era usted socio de su difunto padre?

—Sí.

—¡Oh! ¡Era usted socio de él!

El jurado pareció sorprendido, y el forense escribió de nuevo:

—¿Cuál era su participación en el negocio?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? ¿Seguramente eso es bastante singular?

—Mi padre me asoció hace poco. Firmamos una escritura, pero no recuerdo lo que decía. Mi lugar estaba principalmente en la fábrica, no en la oficina.

—¿Y así estaban siendo presionados por los acreedores?

—Sí. Y estábamos atrasados con el alquiler.

—¿El propietario también los presionaba?

Anna bajó la vista, temerosa de que todas las cabezas se hubieran vuelto hacia ella.

—Entonces no; lo había estado... ella, quiero decir.

—¿El propietario es una dama? —Aquí el forense sonrió débilmente—. Entonces, en lo que respecta al propietario, ¿la presión era menor de lo que había sido?

—Sí; habíamos pagado algo de alquiler y saldado otras deudas.

—¿No le parece extraño...? —comenzó el forense, con un aire suave de sugerir una idea.

—Si tiene que saberlo —estalló Willie sorprendentemente—, creo que fue la quiebra de una empresa en Londres que nos debía dinero lo que causó que mi padre se ahorcara.

—¡Ah! —exclamó el forense—. ¿Cuándo se enteró de esa quiebra?

—Por el segundo correo del viernes. A las once de la mañana.

—Creo que ya hemos oído suficiente, señor forense —dijo Leal, levantándose en el palco del jurado—. Hemos decidido nuestro veredicto.

—Gracias, señor Price —dijo el forense, despidiendo a Willie. Añadió, en un tono de helada severidad al presidente del jurado—: Había concluido mi interrogatorio del testigo. —Luego escribió más en su libro.

—Ahora, señores del jurado —reanudó el forense, después de haberse aclarado la garganta—; creo que estarán de acuerdo conmigo en que este es un caso peculiarmente doloroso. Sin embargo, al mismo tiempo...

Anna salió apresuradamente del tribunal con la misma impulsividad con la que había entrado. No podía pensar en nada más que en el cadáver tranquilo, silencioso y lastimoso; y toda esta palabrería insípida la exasperaba más allá de lo soportable.

El jueves por la tarde, Anna estaba sentada sola en la casa, con el gato persa y un montón de medias en el regazo, remendando. Agnes había vuelto con tristeza a la escuela; Ephraim estaba fuera. Sonó violentamente el timbre, y Anna, pensando que quizás por alguna razón su padre había elegido entrar por la puerta principal, corrió a abrir. El visitante era Willie Price; llevaba el traje negro nuevo que había lucido en el tribunal del forense. Ella lo invitó al salón y ambos se sentaron, sin palabras. Ahora que se había enterado por su testimonio en la investigación judicial de que Ephraim no había estado presionando por el alquiler durante su ausencia en la Isla de Man, se sentía menos como una criminal ante Willie de lo que se habría sentido sin esa seguridad. Pero en el mejor de los casos estaba nerviosa, cohibida y avergonzada. Supuso que había venido a hacer algún arreglo con referencia al arrendamiento de la fábrica, o, más probablemente, a anunciar una quiebra y un cierre.

—Bueno, señorita Tellwright —comenzó Willie—, lo he enterrado. Se ha ido.

El dolor simple y profundo, y la amargura contenida contra todo el mundo, que se expresaban en estas palabras —el único epitafio de Titus Price— casi hicieron llorar a Anna. Habría llorado si el gato no hubiera saltado oportunamente de nuevo a su regazo; se controló a fuerza de acariciarlo. Simpatizó con él más intensamente en ese primer momento de su soledad de lo que había simpatizado jamás con nadie, ni siquiera con Agnes. Deseó apasionadamente protegerlo, albergarlo y consolarlo, hacer algo, por pequeño que fuera, para disminuir su dolor y su humillación; y esto a pesar de su tamaño, su torpeza, sus rasgos toscos, su voz áspera, su falta de todos los refinamientos convencionales. Una sola mirada de sus ojos inocentes y tímidos expiaba todas las deficiencias. Sin embargo, apenas podía abrir la boca. No sabía qué decir. No tenía frases para suavizar el espantoso golpe que la Providencia le había asestado.

—Lo siento mucho —dijo—. Debe sentirse aliviado de que todo haya terminado.

¡Si hubiera podido ser la señora Sutton por media hora! Pero era Anna, y sus sentimientos solo podían encontrar salida en sus ojos. Felizmente, el joven Price era de esos mansos que conocen por instinto el lenguaje de los ojos.

—Ha venido por la fábrica, supongo —continuó.

—Sí —dijo—. ¿Está su padre? Quiero verlo muy especialmente.

—No está ahora —respondió ella—; pero volverá a las cuatro.

—Eso es una hora. ¿No sabe dónde está?

Ella negó con la cabeza.

—Bueno —continuó—, debo decírselo, entonces. He venido a hacerlo, y debo hacerlo. No puedo volver a subir; tampoco puedo esperar. ¿Recuerda esa letra de cambio que le dimos hace unas semanas a cuenta del alquiler?

—Sí —dijo ella. Hubo una pausa. Él se levantó y se dirigió a la repisa de la chimenea. La mirada de ella lo siguió atentamente, pero no tenía idea de lo que iba a decir.

—Está falsificada, señorita Tellwright. —Volvió a sentarse, y pareció más tranquilo, más valiente, dispuesto a afrontar cualquier conjunto concebible de consecuencias.

—¡Falsificada! —repitió, sin captar de inmediato el significado de la confesión.

—La firma del señor Sutton está falsificada. Así que vine a decírselo a su padre; pero usted servirá igual. Siento como si quisiera contárselo todo —dijo, sonriendo tristemente—. El señor Sutton nos había dado realmente una letra por treinta libras, pero la habíamos pagado cuando el señor Tellwright mandó recado —recordará— de que embargaría si no recibía veinticinco libras al día siguiente. Estábamos a punto de salir adelante entonces, me dijo mi padre. Teníamos una buena suma que cobrar de una empresa de Londres en un mes, y si podíamos aguantar hasta entonces, mi padre dijo que veía la luz al final del túnel. Pero sabía que no había forma de convencer al señor Tellwright. Así que se le ocurrió la idea de usar el nombre del señor Sutton, solo temporalmente. Me mandó a la oficina de correos a comprar un sello de letra, y escribió la letra entera, menos el nombre. «Lleva esto a casa de los Tellwright», me dice, «y pídeles que la acepten y la

guarden, y la rescataremos, y todo estará bien. ¡No se habrá hecho ningún daño, Will!», me dice. Luego prueba la firma de Sutton en el reverso de un sobre. Es una firma fácil, como sabe; pero no pudo hacerla. «Toma, Will», me dice, «mi vieja mano tiembla; prueba tú», y me da una carta de Sutton para que la copie. Lo hice bastante fácil después de un par de intentos. «Estará bien, Will», me dice, y me pongo el sombrero y traigo la letra aquí. Esa es la verdad, señorita Tellwright. Fue la quiebra de esa empresa de Londres lo que acabó con mi pobre padre.

Su único sentimiento era el de ser ella misma una culpable. Después de todo, fue la acción de su padre, más que cualquier otra cosa, lo que condujo al suicidio, y él era su agente.

— ¡Oh, señor Price! —dijo tontamente—, ¿qué va a hacer?

—No hay nada que hacer —respondió—. Estaba destinado a ser. Es nuestra suerte. No pensamos más que en traerle treinta libras en efectivo y recuperar ese trozo de papel, y romperlo, y que nadie saliera perjudicado. Pero siempre tuvimos mala suerte, él y yo. Todo lo que tiene que hacer es decírselo a su padre, y decirle que estoy listo para ir a la comisaría cuando él dé la orden. Es un mal asunto, pero estoy listo para ello.

—¿No podemos hacer algo? —inquirió ingenuamente, con la visión de un juicio y una sentencia, y años de prisión.

—Su padre guarda la letra, ¿no? ¿No usted?

—Podría pedirle que la destruyera.

—No lo haría —dijo Willie—. Disculpe que le diga eso, señorita Tellwright, pero no lo haría.

Se levantó como para irse, amargamente. En cuanto a Anna, sabía bien que su padre nunca permitiría que se destruyera la letra. Pero a toda costa tenía la intención de consolarlo entonces, de aliviar su suerte, de despedirlo menos afligido de lo que había llegado.

— ¡Escuche! —dijo, poniéndose de pie y abandonando al gato—, veré qué se puede hacer. Sí. *Se hará* algo, algo u otro. Iré a verlo a la fábrica mañana por la tarde. Puede confiar en mí.

Vio la esperanza brillar en sus ojos ante la seriedad y la resolución de su tono, y se sintió ricamente recompensada. Él no dijo ni una palabra más,

sino que le apretó la mano con tal fuerza que ella se estremeció de dolor. Cuando se hubo ido, ella percibió claramente el terrible dilema; pero no le importó nada, en la primera dicha de haberlo tranquilizado.

Durante el té, se le ocurrió que tan pronto como Agnes se acostara, le plantearía la situación claramente a su padre y, por primera y última vez en su vida, se impondría. Le diría que el asunto era, después de todo, enteramente suyo, exigiría firmemente la posesión de la letra de cambio e insistiría en que fuera destruida. Le señalaría al anciano que, habiendo dado su promesa a Willie Price, no era posible otro curso que este. Al planificar este ataque nocturno a la obstinación de su padre, encontró argumento tras argumento auspicioso de su éxito. El formidable tirano iba a encontrar por fin a su igual, en fuerza, en resolución y en pugnacidad. La rapidez de su embestida lo barrería, por una vez, de sus pies. A cualquier costo, estaba destinada a ganar, aunque la victoria resultara en una enemistad eterna entre padre e hija. Se vio a sí misma elevándose sobre él, moralmente, con ojos llameantes y fosas nasales desdeñosas. Y, meditando así sobre la grandeza de su aventura, alimentó su coraje con indignación. Con el acto de la muerte, Titus Price había puesto a su padre para siempre en el error. Su cadáver acusaba al avaro, y Anna, incapaz ahora de ver otra cosa que el patetismo del suicidio, asintió a la acusación con toda la fuerza de su remordimiento. No razonaba, sentía; la razón se había consumido en el fuego de la emoción. Casi temblaba con la urgencia de su deseo de proteger de más vergüenza la figura de Willie Price, tan franco, sencillo, inocente y grande; y de proteger también el cuerpo sin vida y deshonorado de su padre. Repasó todas las circunstancias una y otra vez, encontrando cada vez menos excusas para la crueldad implacable y fatal de su padre.

Así corrían sus pensamientos hasta la hora señalada para que Agnes se acostara. Siempre era necesario recordarle a Agnes esa hora; dejada a su suerte, la niña se habría quedado levantada hasta el mismo Día del Juicio. El reloj dio la hora, pero Anna guardó silencio. Pronunciar la palabra «a la cama» a Agnes era abrir el ataque a su padre, y se sintió como se siente el director de una ópera antes de poner en marcha una actividad complicada que puede terminar en un triunfo o en un fiasco indescriptible. La niña estaba leyendo; Anna la miró y la miró, y finalmente sus labios se dispusieron para la frase, «Ahora, Agnes», cuando, de repente, el anciano se le adelantó:

—¿Va a sentarse esa muchacha aquí toda la noche? —preguntó a Anna, amenazadoramente.

Agnes cerró su libro y se escabulló.

Este accidente fue la ruina del plan de Anna. Su padre, siempre el favorito de la circunstancia, había asestado por casualidad el primer golpe; ignorante de la batalla que le esperaba, la había ganado sin querer, poniéndola a ella en el error, como Titus Price lo había puesto a él en el error. Supo en un instante que su empresa era desesperada; supo que la posición de su padre con respecto a ella era inexpugnable, que ninguna fuerza moral, ninguna conciencia de derecho, bastaría para derrocar esa autoridad que ella misma había hecho absoluta con una sumisión de toda la vida; supo que cara a cara con su padre era, y siempre sería, una cobarde. Y ahora, en lugar de encontrar argumentos para el éxito, encontraba argumentos para el fracaso. Adivinó todas las réplicas que él le lanzaría. ¿Y el señor Sutton, en cierto sentido la víctima de este fraude? No era simplemente una cuestión de treinta libras. Se había usado el nombre de un hombre. ¿Debían él, Ephraim Tellwright, y ella, su hija, ser cómplices de un delito grave? El delito estaba hecho y no podía deshacerse. ¿Debían hacerse responsables, incluso en teoría, de un proceso penal? Si Titus Price se había suicidado, ¿qué importaba? Si Willie Price estaba amenazado de ruina, ¿qué importaba? Los que hicieron la cama deben acostarse en ella. En el mejor de los casos, y aparte de cualquier falsificación, los Price habían estafado a sus acreedores; incluso al morir, el viejo Price había sido culpable de una estafa comercial. ¿Y el hecho de que padre e hijo entre ellos hubieran cometido un crimen directo y flagrante iba a servir de excusa para simpatizar con el superviviente? ¿Por qué estaba Anna tan ansiosa por proteger al falsificador? ¿Qué derecho tenía? Un falsificador era un falsificador, y ese era el final del asunto.

Se fue a la cama sin abrir la boca. Irresoluta, avergonzada y desesperada, intentó orar pidiendo guía, pero no pudo encontrar ninguna sinceridad de súplica en esta oración; parecía una forma vacía. ¿Dónde, de hecho, estaba su religión? Se vio obligada a reconocer que el fervor de sus aspiraciones se había ido enfriando constantemente durante semanas. No era ni un ápice más una verdadera cristiana ahora de lo que lo había sido antes del Avivamiento; parecía que era incapaz de una religión real, posiblemente una de esas almas predestinadas a la condenación. Esta admisión se sumó a la sensación general de futilidad y aumentó su miseria. Permaneció despierta du-

rante horas, enfrentando su promesa deliberada a Willie Price. *Se hará algo. Confía en mí.* Él confiaba en ella, entonces. Pero, ¿en quién podía confiar ella? ¿A quién podía recurrir? Es significativo que la idea de confiar en Henry Mynors no se le presentara ni por un solo momento como práctica. Mynors había sido amable con Willie en su problema, pero Anna casi resentía esta amabilidad debido a la superioridad condescendiente que creyó detectar en ella. Era como si hubiera oído a Mynors decirse a sí mismo: «Aquí está este pobre gusano aplastado. Es mi deber como cristiano compadecerlo y socorrerlo. Lo haré. Soy un hombre justo». La idea de que alguien se rebajara ante Willie le resultaba odiosa. Se sentía igual a él, como una madre se siente igual a su hijo cuando llora y ella lo consuela. Y sentía, de otra manera, que él era igual a ella, al pensar en su confesión firme y sencilla, y en el amor leal de su voz cuando hablaba de su padre. Le gustó que le hiciera daño en la mano y que se negara a aferrarse a la escasa posibilidad de la clemencia de su padre. Nunca podría revelar el pecado de Willie, si era un pecado, a Henry Mynors, ese símbolo de la corrección y del éxito. Había fraternizado con los pecadores, como Cristo; y, con una asombrosa injusticia, era capaz de considerar a Mynors un fariseo porque no podía encontrarle defectos, porque vivía y amaba de manera tan impecable y tan triunfante. Solo había una persona a la que podría haber pedido consejo y ayuda, y ese corazón sabio y consolador estaba muy lejos, en la Isla de Man.

—¿Por qué no quiere mi padre entregar la letra? —exigió, medio en voz alta, con una ira hosca. No podía formular la respuesta en palabras, pero sin embargo la sabía y la sentía. Tal acto de gracia habría sido imposible para la naturaleza de su padre, eso era todo.

De repente, la expresión de su rostro cambió de un disgusto absoluto a una sonrisa amarga y orgullosa. Sin pensar más, sin atreverse a pensar, se levantó de la cama y, en camisón y descalza, bajó las escaleras sigilosamente con infinita precaución. El hule de las escaleras le heló los pies; una luz fría y gris que entraba por el cristal cuadrado sobre la puerta principal indicaba que comenzaba a amanecer. La puerta del salón principal estaba cerrada; la abrió suavemente y entró. Cada objeto en la habitación era débilmente visible: el escritorio, la silla, los archivadores de papeles, los cuadros, los libros en la repisa de la chimenea y la caja fuerte en la esquina. El escritorio, sabía, nunca se cerraba con llave; el miedo a su padre siempre había mantenido su privacidad inviolable para Anna y Agnes, sin la ayuda

de una llave. Mientras Anna estaba de pie frente a él, una figura temblorosa con el pelo suelto, recordó vagamente haber visto un día un papel azul entre los blancos en los casilleros. Pero si la letra no estaba allí, juró que robaría las llaves de su padre mientras dormía y forzaría la caja fuerte. Abrió el escritorio y de inmediato vio el borde de un papel azul que correspondía a su recuerdo. Lo sacó y lo examinó. «Tres meses después de la fecha, pague a nuestra orden... Aceptado pagadero, *William Sutton*». ¡Así que aquí estaba la falsificación, aquí las dos palabras por las que Willie Price podría haber ido a la cárcel! ¡Qué nimiedad! Rompió el endeble documento en pedazos y arrugó los trozos en una pequeña bola. ¿Cómo se desharía de la bola? Después de un momento de reflexión, fue a la cocina, se estiró de puntillas para alcanzar la caja de cerillas de la alta repisa de la chimenea, encendió una cerilla y quemó la bola en la parrilla. Luego, con una risa contenida y siniestra, subió corriendo sigilosamente las escaleras.

—¿Qué pasa, Anna? —Agnes estaba sentada en la cama, completamente despierta.

—Nada; duérmete y no molestes —susurró Anna enfadada.

¿Había cerrado la tapa del escritorio? Se vio obligada a volver para asegurarse. Sí, estaba cerrada. Cuando finalmente se acostó en la cama, sin aliento, con el corazón latiendo violentamente, los pies como carámbanos, se dio cuenta de lo que había hecho. Había salvado a Willie Price, pero se había arruinado con su padre. Sabía bien que él nunca la perdonaría.

A la tarde siguiente, planeó ir apresuradamente a Edward Street y volver mientras Ephraim y Agnes estaban fuera de la casa. Pero por alguna razón, su padre se sentó persistentemente después del almuerzo, examinando un catálogo de venta. A las tres menos cuarto no se había movido. Decidió ir a pesar de los riesgos. Se puso el sombrero y la chaqueta, y abrió la puerta principal. Él la oyó.

—¡Anna! —llamó bruscamente. Ella obedeció la llamada aterrorizada—. ¿Vas a salir?

—Sí, padre.

—¿A dónde?

—A la ciudad a comprar algunas cosas.

— Parece que siempre estás comprando.

Eso fue todo; la dejó libre. En un indigno intento de apaciguar su conciencia, de hecho fue primero a la ciudad; compró un poco de lana; el truco fue despreciable. Luego se apresuró a Edward Street. La decrepita fábrica parecía no haber sufrido ningún cambio. Había esperado que el negocio estuviera suspendido y que Willie Price estuviera solo en la fábrica; pero la fabricación seguía como de costumbre. Fue directamente a la oficina, imaginando, mientras subía las escaleras, que cada ventana de todos los talleres estaba llena de ojos para discernir su propósito. Sin llamar, empujó la puerta sin pestillo y entró. Willie estaba recostado en la silla de su padre, sombrío, meditabundo, aparentemente ocioso. Estaba sin chaqueta y llevaba un delantal sucio; un sombrero abollado estaba en la parte posterior de su cabeza, y sus grandes manos, que descansaban en el escritorio frente a él, estaban sucias. Se levantó de un salto, sonrojándose, y ella cerró la puerta; estaban solos.

— Estoy todo sucio — murmuró a modo de disculpa. ¡Criatura simple y tonta, imaginar que a ella le importaba su suciedad!

— No te preocupes — dijo —; no tienes que preocuparte más. Todo está bien. — Eran palabras gloriosas para ella, y su rostro brilló.

— ¿Qué quiere decir? — preguntó él bruscamente.

— ¡Vaya! — sonrió, llena de felicidad —, ¡cogí ese papel y lo quemé!

La miró exactamente como si no hubiera entendido.

— ¿Lo sabe su padre?

Ella todavía le sonreía felizmente.

— No; pero se lo diré esta tarde. No te preocupes. Lo he quemado.

Se dejó caer en la silla y, apoyando la cabeza en el escritorio, rompió a llorar. Ella se paró sobre él y le puso una mano en la manga de la camisa. A ese toque, él sollozó con más violencia.

— Señor Price, ¿qué le pasa? — Le hizo la pregunta en un tono tranquilo y tranquilizador.

La miró, con el rostro mojado, pero aparentemente sin avergonzarse de las lágrimas. Ella no pudo encontrar su mirada sin llorar también, así que

volvió la cabeza.

— Solo estaba pensando — tartamudeó —, solo pensando... qué ángel es usted.

Solo los mansos, los tímidos, los silenciosos, pueden, en momentos de profundo sentimiento, usar este lenguaje de hipérbole sin parecer ridículos.

Era su gran niño, y sabía que la adoraba. ¡Oh, poder inefable, que de la desgracia puedes crear una felicidad divina!

Más tarde, comentó en su tono ordinario:

— Esperaba a su padre esta tarde por el arrendamiento. Va a haber un acuerdo con los acreedores.

— ¡Mi padre! — exclamó ella, y se despidió.

Al pasar bajo el arco, oyó una voz familiar:

— Me imagino que encontraré al joven señor Price en la oficina. — Ephraim, que había entrado en la casa de embalaje, se dio la vuelta y la vio a través de la puerta; un segundo de retraso y se habría escapado. Se quedó esperando la tormenta, y luego salieron juntos a la calle.

— Anna, ¿qué haces aquí?

No supo qué decir.

— ¿Qué haces aquí? — repitió él fríamente.

— Padre, yo... justo volvía a casa.

Dudó un instante.

— Iré contigo — dijo. Caminaron de regreso a Manor Terrace en silencio. Tomaron el té en silencio; excepto que Agnes, con una inoportunidad espantosa, molestaba continuamente a su padre para que le prometiera definitivamente que podría dejar la escuela en Navidad. La idea era absurda; pero Agnes, animada por su reciente éxito como ama de casa, se aferró a ella. Ignorante de su peligro inminente, y malinterpretando las señales de su rostro, finalmente llevó su insistencia demasiado lejos.

— Vete a la cama, ahora mismo — dijo él, con una voz repentinamente terrible. Ella percibió su error entonces, pero era demasiado tarde. Mirando melancólicamente a Anna, la niña huyó.

— Me dijeron esta mañana, señorita — comenzó Ephraim, tan pronto como Agnes se fue —, que se había visto al joven Price venir a esta casa ayer por la tarde. Pensé que era extraño que no hubieras dicho nada al respecto a tu padre; pero nunca sospeché que una hija mía estuviera tramando algo. Tenías una mirada culpable esta tarde cuando te pregunté a dónde ibas, pero no pensé que me estuvieras mintiendo.

— No lo estaba — comenzó, y se detuvo.

— ¡Lo estabas! Ahora, ¿qué es esto? ¿Qué es este tejemaneje entre tú y Will Price? Te lo sacaré.

— No hay ningún tejemaneje, padre.

— Entonces, ¿por qué tienes secretos? ¿Por qué vas a verlo a escondidas, a escondidas, a hurtadillas, como cualquier descarada?

El avaro fue herido en el único punto donde le quedaba algún sentimiento susceptible de ser herido: su fe en la irreprochable y absoluta castidad, en pensamiento y obra, de sus mujeres.

— Willie Price vino ayer — comenzó Anna, blanca y tranquila —, a verle. Pero no estaba. Así que me vio a mí. Me dijo que esa letra de cambio, ese papel azul, por treinta libras, estaba falsificada. Dijo que había falsificado la firma del señor Sutton. — Se detuvo, esperando el trueno.

— Sigue con tu cuento — dijo Ephraim, respirando con dificultad.

— Dijo que estaba dispuesto a ir a la cárcel en cuanto usted diera la orden. ¡Pero yo le dije: «Nada de eso»! Dije que debía arreglarse discretamente. Le dije que me lo dejara a mí. Se vio obligado a la falsificación, y pensé...

— ¿Quieres decir — gritó el avaro — que ese maldito sinvergüenza vino aquí y te dijo que había falsificado una letra, y tú le dijiste que te lo dejara a ti para arreglarlo? — Sin esperar respuesta, se levantó de un salto y se dirigió a la puerta, evidentemente con la intención de examinar el documento falsificado por sí mismo.

— ¡No está ahí... no está ahí! — le gritó Anna salvajemente.

— ¿Qué no está ahí?

—El papel. Más vale que te lo diga, padre. Me levanté temprano esta mañana y lo quemé.

El hombre quedó anonadado ante esta audaz y asombrosa impiedad.

—Era mío, en realidad —continuó ella—; y pensé...

—¡Tú pensaste!

Agnes, arriba, oyó ese rugido apasionado y consumidor.

—¡Vergüenza para ti, Anna Tellwright! ¡Vergüenza para ti por ser una descarada desvergonzada! ¡Una hija mía, y recién prometida a otro hombre! Eres cómplice de falsificación. ¡Ves al bribón a escondidas! Tú... —Hizo una pausa, y luego añadió, con furioso desdén—: ¿Hablarás de esto con Henry Mynors?

—Se lo diré si quiere —dijo ella con orgullo.

—¡Mira aquí! —siseó—, si respiras una palabra de esto a Henry Mynors, o a cualquier otro hombre, te cortaré la lengua. ¡Una hija mía! Si respiras una palabra...

—No lo haré, padre.

Había terminado; gris de una ira espantosa, Ephraim salió de la habitación.

CAPÍTULO XII: EN EL PRIORATO

No iba a ser perdonada: la ofensa era demasiado monstruosa, audaz y definitiva. Al mismo tiempo, la ira implacable del anciano tendía a debilitar el poder que ejercía sobre ella. Toda su vida la había aterrorizado el miedo a una cólera que nunca había alcanzado el grado superlativo hasta ese día. Ahora que había visto y sentido el límite de su enfado, se dio cuenta de que podía soportarlo; la maldición era pesada, y quizás más fastidiosa que pesada, pero sobrevivió; continuó respirando, comiendo, bebiendo y durmiendo; el poder de su padre se detenía justo antes de la aniquilación. Aquí también había una satisfacción: que las cosas no podían empeorar. Y un consuelo aún mayor residía en el hecho de que no solo había logrado la liberación de Willie Price, sino que también había asegurado un secreto absoluto sobre el episodio.

Al día siguiente era sábado, cuando, después del desayuno, era costumbre de Ephraim dar a Anna la soberana semanal para el mantenimiento de la casa.

—Toma, Agnes —dijo, girándose en su sillón para mirar a la niña y sacando una soberana del bolsillo de su chaleco—, hazte cargo de esto, y procura que te cunda lo más posible. —Su tono transmitía un mensaje secundario: «Estoy terriblemente enfadado, pero no estoy enfadado contigo. Sin embargo, compórtate».

La niña tomó mecánicamente la moneda, asustada por esta prueba de una convulsión doméstica sin precedentes. Anna, con los labios apretados, se levantó y fue a la cocina. Agnes la siguió, después de un intervalo discreto, y en silencio le entregó la soberana.

—¿De qué va todo esto, Anna? —se aventuró a preguntar esa noche.

—No importa —dijo Anna secamente.

La pregunta había requerido algo de valor, pues, en ciertos momentos, Agnes habría bromeado con la misma facilidad con su padre que con Anna. A partir de ese momento, con el fatalismo pasivo característico de su edad, el ánimo de Agnes comenzó a elevarse de nuevo al nivel normal. Aceptó la nueva situación y se adaptó a ella con la adaptabilidad de una niña. Si Anna sentía naturalmente un ligero resentimiento contra esta actitud demasiado imparcial y aparentemente insensible por parte de la niña, nunca lo demostró.

Casi una semana después, Anna recibió una postal de Beatrice anunciando su completa recuperación y el inmediato regreso de sus padres y de ella misma a Bursley. Esa misma tarde, un coche de caballos cargado con mucho equipaje subió por la calle mientras Anna colocaba cortinas limpias en el dormitorio de su padre. Beatrice, que estaba atenta, saludó con la mano y sonrió, y Anna respondió a las señales. Se alegró de que los Sutton hubieran vuelto, aunque durante varios días casi había olvidado su existencia. El sábado por la tarde, Mynors llamó. Anna estaba en la cocina; lo oyó forcejear con Agnes en el vestíbulo y luego hablar con su padre. Lo había visto tres veces desde su desgracia, y cada vez la amargura secreta de su alma, a pesar del esfuerzo concienzudo por reprimirla, había estropeado el encuentro; había sido evidente, de hecho, que estaba profundamente perturbada; él había fingido al principio no observar el cambio en ella, y ella, anticipándose a sus preguntas, insinuó brevemente que el problema era con su padre, que no tenía nada que ver con él y que prefería no discutirlo en absoluto; tranquilizado, y demasiado reciente en el cortejo como para arrogarse los derechos de un amante, él respetó su deseo y se esforzó por todos los medios en devolverle la ecuanimidad. Esta vez, mientras iba a saludarlo al salón, resolvió que no vería más esa sombra. Él notó al instante la diferencia en su rostro.

—He venido a llevarte a casa de los Sutton a tomar el té... y a pasar la noche —dijo con entusiasmo—. Debes venir. Tienen muchas ganas de verte. Se lo he dicho a tu padre —añadió. Ephraim se había desvanecido en su despacho.

—¿Qué dijo, Henry? —preguntó ella tímidamente.

—Dijo que hicieras lo que quisieras, por supuesto. Vamos, amor. ¿Verdad que sí, Agnes?

Agnes asintió y dijo que prepararía el té de su padre, y también su cena.

—Vendrás —insistió él. Ella asintió, sonriendo pensativamente, y él la besó, por primera vez delante de Agnes, que se llenó de orgullo ante esta prueba de la confianza que depositaban en ella.

—Estoy lista, Henry —dijo Anna, un cuarto de hora después, y cruzaron a casa de los Sutton.

—Anna, cuéntamelo todo —exclamó Beatrice cuando ella y Anna se refugiaron en su dormitorio—. Me alegro tanto. ¿Lo quieres de verdad, de verdad? Él está locamente enamorado de ti. Me lo dijo esta mañana; tuvimos una larga charla en el mercado. Creo que ambos sois muy afortunados, ¿sabes? —Besó a Anna efusivamente por tercera vez. Anna la miró sonriendo pero en silencio.

—¿Y bien? —dijo Beatrice.

—¿Qué quieres que diga?

—¡Oh! Eres la chica más rara que he conocido, Anna. «¿Qué quieres que diga?», ¡vaya! —Beatrice añadió en un tono diferente—: No te imagines que este asunto nos sorprendió lo más mínimo. No fue así. El caso es que Henry había... ¡oh!, bueno, no importa. ¿Sabes?, mamá y papá solían pensar que había algo entre Henry y yo. Pero no lo había, ¿sabes?, no de verdad. Te lo digo para que no puedas decir que te lo ocultaron. ¿Cuándo os casaréis, Anna?

—No tengo la menor idea —respondió Anna, y comenzó a preguntarle a Beatrice sobre su convalecencia.

—Estoy perfectamente bien —dijo Beatrice—. Siempre es lo mismo. Si cojo algo, lo cojo fuerte y lo supero rápidamente.

— Ahora, ¿cuánto tiempo vais a quedaros aquí, charlatanas? — Fue la señora Sutton quien entró en la habitación—. Bee, tienes que escribir esas cartas de la reunión de costura. ¡Ay, Anna, pero qué contenta estoy con esto! Le harás una buena esposa. Os complementaréis perfectamente.

Anna no pudo por menos que impresionarse por esta alegría sincera de sus amigas ante el compromiso. Su ánimo se levantó, y una vez más vio visiones de felicidad futura. En el té, el concejal Sutton añadió sus felicitaciones al resto, con ese aire halagador de íntima simpatía y comprensión que algunos hombres de mediana edad pueden adoptar hacia las jóvenes. El té, hecho especialmente magnífico en honor al compromiso, fue una comida como solo podría haberse concebido en Staffordshire o Yorkshire: una merienda-cena de la última riqueza y excelencia, exquisitamente grata al paladar, pero implacable en sus exigencias al estómago. En un extremo de la mesa, que brillaba con plata, cristal y porcelana de Longshaw, había un pollo que había sido hervido durante cuatro horas; en el otro, un pastel de cerdo caliente, bañado en su jugo, que podría haber satisfecho a un regimiento. Entre estos dos platos se encontraban todas las delicias que diferencian una merienda-cena de un té, y de cuya calidad depende realmente el éxito de la comida: *pikelets* calientes, *crumpets* calientes, tostadas calientes, sardinas con tomates, pan de pasas, pan de grosellas, bizcocho de semillas, lechuga, mermelada casera y confituras caseras. El festín duró más de una hora, e incluso entonces no se consumió ni una cuarta parte de la comida. Rodeada de toda esa buena comida y buena voluntad, con el concejal a su izquierda, Henry a su derecha y un fuego brillante frente a ella, Anna se contagió rápidamente de la alegría de los demás. Lo olvidó todo excepto la alegría del reencuentro, la alegría del momento, el lujoso confort de la casa. La conversación se centró en las andanzas de los Sutton en Port Erin después de que Anna y Henry se hubieran marchado. Un oyente habría captado fragmentos como este: «Ya sabes, tal y tal punto... No, no allí, sobre la colina. Bueno, alquilamos un coche y fuimos... El tiempo era simplemente... Tom Kelly dijo que nunca... Y ese pequeño revisor del tren bajó hasta el vapor... ¿Viste algo en el *Signal* sobre la actriz que se ahogó? ¡Oh! Fue terriblemente triste. Vimos el cadáver justo después... Beatrice, ¿quieres callarte?».

— ¿No fue terrible lo de Titus Price? — exclamó Beatrice.

— ¡Ay, Dios mío! — suspiró la señora Sutton, mirando a Anna—. Nunca se sabe lo que va a pasar. Siempre tengo miedo de irme por si ocurre algo.

Siguió un silencio. Cuando terminaron de tomar el té, Beatrice fue llevada por su madre para escribir las cartas relativas a la inmediata reanudación de las reuniones de costura, y durante un rato Anna se quedó sola en el salón con los dos hombres, que empezaron a hablar de los asuntos de los Price. Al parecer, se le había pedido al señor Sutton que fuera síndico de los acreedores en virtud de un convenio, y tenía esperanzas de poder vender el negocio en funcionamiento. Mientras tanto, necesitaría una gestión cuidadosa.

—¿Lo gestionará Willie Price? —inquirió Anna. La pregunta pareció divertir a Henry y al concejal, proporcionarles una diversión despectiva y un tanto hostil a expensas de Willie.

—No —dijo el concejal, en voz baja pero enfáticamente.

—El señorito William es bastante bueno en la fábrica —dijo Henry—; pero en la oficina, me imagino, es peor que inútil.

Afligida y confundida, Anna se inclinó y movió un escabel para ocultar su rostro. La actitud de estos hombres hacia Willie Price, esa víctima de las circunstancias y de su propia sencillez, hirió a Anna inexpresablemente. Percibió que solo podían ver en él a un deudor moroso, que su desgracia no apelaba a su caridad. Se preguntó cómo hombres tan bondadosos y amables en algunas relaciones podían ser tan duros en otras.

—Ayer hablé con su padre en la reunión de acreedores —dijo el concejal—. No perderán mucho. Por supuesto, tienen un crédito preferente por seis meses de alquiler. —Dijo esto tranquilizadamente, como si fuera a dar satisfacción. Anna no sabía qué era un crédito preferente, ni tenía conocimiento de ninguna reunión de acreedores. Deseó ardientemente perder lo más posible, cientos de libras. Se sintió aliviada cuando Beatrice entró de repente, seguida de su madre.

—Ahora, su señoría —dijo Beatrice a su padre—, siete sellos para estas cartas, por favor. —Anna levantó la vista inquisitivamente al oír la forma de dirigirse a él—. ¿No me digas que no sabías que papá va a ser alcalde este año? —preguntó Beatrice, como escandalizada por esta ignorancia de los asuntos—. Sí, todo se decidió bastante tarde, ¿verdad, papá? Y el alcalde electo finge que no le importa mucho, pero en realidad está lleno de orgullo, ¿no es así, papá? En cuanto a la alcaldesa...

— ¡Ay, Bee! — la detuvo la señora Sutton, sonriendo —; te vas a tropezar con esa lengua tuya algún día.

— Mamá dijo que no lo mencionara — dijo Beatrice —, para que no pensaras que nos estábamos dando aires.

— ¡No, yo no! — protestó la señora Sutton —. No dije tal cosa. Anna nos conoce demasiado bien para eso. Pero no estoy tan entusiasmada con este asunto de la alcaldía como algunas personas pensarán.

— O como Beatrice — añadió Mynors.

A las ocho y media, y de nuevo a las nueve, Anna dijo que debía irse a casa; pero los Sutton, ahora francamente absortos en el tema de la alcaldía, su preocupación secreta, no quisieron estropear la conversación confidencial que se había producido dejando marchar a los amantes. Eran casi las nueve y media cuando Anna y Henry se encontraron en la acera de fuera, y Beatrice, tras jocosas despedidas, había cerrado la puerta.

— Demos una vuelta por la Granja Manor — suplicó Henry —. No nos llevará más de un cuarto de hora.

Ella asintió obedientemente. El sendero corría perpendicular a Trafalgar Road, pasaba junto a una mina de carbón cuyos fuegos de motor brillaban en la oscura noche de otoño sin luna, y luego cruzaba un campo. Se detuvieron en una loma cerca de la vieja granja, esa extraordinaria y patética supervivencia de una agricultura desaparecida. Inmediatamente frente a ellos se extendían acres de mineral de hierro en combustión, una vasta alfombra trémula de llamas tejida en rojo, púrpura y extraños verdes. Más allá se veían las siluetas esqueléticas de las bocaminas y las formas sólidas de los hornos y las chimeneas. A lo lejos, un canal reflejaba las gigantescas iluminaciones de las fundiciones de Cauldon Bar. Era una escena lo suficientemente misteriosa y romántica como para encender los éxtasis del amor, pero Anna se sentía fría, melancólica y aprensiva de vagas penas. «¿Por qué estoy así?», se preguntó, e intentó en vano deshacerse de ese estado de ánimo.

— ¿Qué hará Willie Price si se vende el negocio? — preguntó de repente a Mynors.

— Seguramente — dijo él para tranquilizarla —, no sigues preocupada por esa desgracia. Ojalá nunca te hubieras acercado a la investigación judicial; parece que se te ha metido en la cabeza.

— ¡Oh, no! — protestó ella, con aire de alegría—. Pero me lo estaba preguntando.

— Bueno, Willie tendrá que arreglárselas como pueda. Conseguir un puesto en alguna parte, supongo. No será gran cosa, en el mejor de los casos.

Si hubiera adivinado lo que quizás dependía de esa respuesta, Mynors podría haberla dado en un tono menos insensible y superficial. Si hubiera podido ver cómo se apretaban los labios de ella, podría incluso haber reparado después su error con alguna seguridad voluntaria de que Willie Price sería vigilado con ojo benevolente y protegido con brazo fuerte. Pero, ¿cómo iba a saber él que, al menospreciar a Willie Price ante ella, estaba menospreciando a un niño ante su madre? Había hecho algo por Willie Price y consideraba que había hecho suficiente. Sus pensamientos, además, estaban en otros asuntos.

— ¿Recuerdas aquel día que subimos al parque? — murmuró con cariño —; ¿aquel domingo? Nunca te he contado que esa tarde salí de la capilla después del primer himno, cuando noté que no estabas, y subí por tu casa. No pude evitarlo. Algo me atraía. Estuve a punto de entrar a verte. Luego pensé que era mejor no hacerlo.

— Te vi — dijo ella tranquilamente. El ardor de él la entristeció—. Te vi detenerte en la verja.

— ¿De verdad? ¿Pero no estabas en la ventana?

— Te vi a través del cristal de la puerta principal. — Su voz se volvió más débil, más renuente.

— ¿Entonces estabas vigilando? — En la oscuridad, la agarró con tal violencia y la besó con tal vehemencia que la sacó de sí misma.

— ¡Oh, Henry! — exclamó.

— Llámame Harry — suplicó, con el brazo aún alrededor de su cintura—; quiero que me llames Harry. Nadie más lo hace ni lo ha hecho nunca, y nadie lo hará, ahora.

— Harry — dijo ella deliberadamente, preparando su mente para una determinación positiva. Debía complacerlo, y lo dijo de nuevo—: Harry; sí, tiene un sonido agradable.

Ephraim estaba sentado leyendo el «Signal» en el salón cuando ella llegó a casa a las diez menos cinco. Imbuida entonces de ideas de deber, sumisión y amabilidad sistemática, sintió el impulso de intentar una reconciliación con su padre.

— Buenas noches, padre — dijo —, espero no haberte hecho esperar.

Él estaba sordo.

Se fue a la cama resignada; triste, pero no sombría. No en vano durante toda su vida había estado acostumbrada a la infelicidad. La experiencia le había enseñado esto: a ser dueña de sí misma. Sabía que podía enfrentarse a cualquier hecho, incluso al hecho de su frígida impassibilidad bajo las caricias de Mynors. Con la firme, casi extasiada resolución de socorrer a Willie Price, si fuera necesario, se durmió.

El compromiso, que hasta entonces se había mantenido en privado, se convirtió en el tema del chismorre universal inmediatamente después del regreso de los Sutton de la Isla de Man. Dos palabras dejadas caer por Beatrice en el mercado cubierto de San Lucas el sábado por la mañana habían aumentado y se habían multiplicado hasta que toda la ciudad se hizo eco de la noticia. La fortuna privada de Anna ascendió hasta un cuarto de millón. En cuanto a Henry Mynors, se decía que Henry Mynors sabía lo que se hacía. Después de todo, era como los demás. ¡Dinero, dinero! Por supuesto, era inconcebible que un hombre apuesto y próspero, como Mynors, se hubiera acercado a *ella* si no hubiera estado nadando en dinero. Bueno, había una cosa que decir a favor del joven Mynors: daría buen uso al dinero; podías estar seguro de que no lo atesoraría como se había atesorado antes. Sin embargo, cuanto más se ahorrara, más para el joven Mynors, así que no tenía de qué quejarse. Era de esperar que la hiciera vestirse un poco mejor, aunque en realidad no había sido culpa suya que anduviera tan desaliñada; el viejo tacaño nunca le permitía un penique propio. Así corrían las lenguas.

El primer domingo fue una prueba tediosa para Anna, tanto en la escuela como en la capilla. «¡Vaya, no me lo puedo creer!» parecía estar escrito como un signo de exclamación en todas las frentes; la monotonía de las felicitaciones la fatigaba tanto como sus esfuerzos involuntarios por captar lo que cada hablante había dejado sin decir de insinuación, malicia, envidia o adulación. Incluso la gente de las tiendas, durante los días siguientes, no podía atenderla sin una referencia directa y curiosa a sus asuntos privados.

La opinión general de que era una criatura fría y sin sangre se fortaleció por su actitud en este período. Pero la apatía que mostraba no era ni afectada ni debida a una excesiva timidez. Como parecía, así se sentía. A menudo se preguntaba qué le habría pasado si ese vago «algo» entre Henry y Beatrice, que Beatrice había confesado, hubiera tomado alguna vez forma definida.

—Hancock volvió de Lancashire anoche —dijo Mynors, cuando llegó a Manor Terrace el sábado siguiente por la tarde. Ephraim estaba en la habitación, y Henry, evidentemente alegre y triunfante, se dirigió tanto a él como a Anna.

—¿Hancock es el viajante de comercio? —preguntó Anna. Sabía que Hancock era el viajante de comercio, pero sintió una compulsión nerviosa a hacer comentarios ociosos para ocultar la ruptura de la comunicación entre su padre y ella.

—Sí —dijo Mynors—; ha tenido un viaje magnífico.

—¿Cuánto? —preguntó el avaro.

Henry nombró la cantidad de pedidos tomados en un viaje de quince días.

—¡Hum! —exclamó el avaro—. Eso es mejor que un palo en el ojo. — De él, esto era el superlativo del elogio—. Estáis ganando buen dinero, en todo caso.

—Así es —dijo Mynors.

—Eso me recuerda —comentó Ephraim bruscamente—. ¿Cuándo pensáis casaros? No soy muy partidario de los compromisos largos, y os lo digo. —Lanzó una fría mirada de reojo a Anna. La idea penetró en su corazón como una puñalada: «¡Quiere echarme de la casa!».

—Bueno —dijo Mynors, sorprendido por la pregunta y el tono, y mirando a Anna como si buscara una explicación—: Apenas había pensado en eso. ¿Qué dice Anna?

—No lo sé —murmuró; y luego, con más valentía, en voz más alta y con una sonrisa—: Cuanto antes, mejor. —Pensó, en su amargo y doloroso resentimiento—: Si quiere que me vaya, me iré.

Henry, con tacto, pasó a otra fase del asunto.

—Ayer me encontré con el señor Sutton, y me habló de la casa de los Price, en Toft End. Pertenece al señor Price, pero, por supuesto, estaba hipotecada hasta los topes. Los acreedores hipotecarios han tomado posesión, y el señor Sutton dijo que estaría en alquiler barato para Navidad. Por supuesto, Willie y la vieja Sarah Vodrey, el ama de llaves, se marcharán. Estaba pensando que podría servirnos. No es una mala casa, o, mejor dicho, no lo será cuando esté reparada.

—¿Cuánto pedirán por ella? —inquirió Ephraim.

—Veinticinco o veintiocho. Es una casa grande y bonita, con cuatro dormitorios y un jardín muy bueno.

—¡Cuatro dormitorios! —exclamó el avaro—. ¿Para qué quieres cuatro dormitorios? Tendrías que tener una criada.

—Naturalmente, tendríamos una criada —dijo Mynors, con tranquila cortesía.

—Podrías conseguir una de esas casas nuevas junto al parque por quince libras que os vendría muy bien —protestó el avaro contra estos sueños de extravagancia.

—No me gusta esa parte de la ciudad —dijo Mynors—. Es demasiado nueva para mi gusto.

Después del té, cuando Henry y Anna salieron para el paseo del sábado por la noche, Mynors sugirió de repente:

—¿Por qué no subimos a echar un vistazo a esa casa de los Price?

—¿No parecerá que los echamos si la alquilamos? —preguntó ella.

—¡Echarlos! Willie tiene que irse. ¿De qué le sirve? Además, ahora está en manos de los acreedores hipotecarios. ¿Por qué no íbamos a alquilarla nosotros, si nos conviene, igual que cualquier otro?

Anna no tuvo respuesta, y se entregó con bastante placidez a su voluntad; sin embargo, no pudo desterrar por completo el recelo de que Willie Price iba a ser victimizado de nuevo. Infinitamente más perturbador que esta sensación ilógica, sin embargo, fue el conocimiento instintivo y seguro, revelado en un instante, de que su padre deseaba deshacerse de ella. ¡Tan implacable, entonces, era su animosidad contra ella! Nunca, nunca se había sentido

tan profundamente herida. La herida, de hecho, fue tan severa que al principio solo sintió un entumecimiento que redujo todo a la insignificancia, robándole la voluntad. Subió a Toft End como si caminara en sueños.

La casa de Price, a veces llamada Casa del Priorato, de acuerdo con una leyenda de que un priorato había ocupado una vez el sitio, se encontraba en medio del miserable y luchador suburbio de Toft End, que se extendía por la ladera como una bufanda raída. Construida de ladrillo rojo, hacia finales del siglo XVIII, de doble fachada, con ventanas pequeñas y dispuestas uniformemente, y una chimenea a cada lado, miraba hacia el oeste sobre el humo de la ciudad hacia un horizonte de colinas. Tenía un jardín largo y estrecho, que corría paralelo a la carretera. Detrás de ella, contigua, había una pequeña fábrica de cerámica en desuso, ya en avanzado estado de decadencia. En el lado norte, y rodeada por un muro de ladrillo que también rodeaba el jardín, había un pequeño huerto de árboles frutales estériles y marchitos. En algunas partes, el muro se había derrumbado bajo los asaltos de generaciones de muchachos, y desde el huerto, a través de los huecos, se podía ver una extensión de campo gris verdoso, con algunos pozos de mina abandonados esparcidos por él. Estos pozos, imperfectamente protegidos por una mampostería en ruinas, presentaban una apariencia extrañamente siniestra y desolada, evocando visiones en la mente de profundidades oscuras y misteriosas pobladas por los fantasmas miserables de aquellos que habían trabajado allí en los días en que ser minero era ser un esclavo. Todo el lugar, casa y jardín, parecía avergonzado y triste, con una melancolía desaliñada adquirida gradualmente de sus inquilinos durante muchos años. Pero, sin embargo, la casa era sólida, y el aire en esa altura, fresco y puro.

Mynors llamó en vano a la puerta principal, y luego rodearon la casa hasta el huerto y descubrieron a Sarah Vodrey recogiendo ropa de un tendedero: una figura diminuta y consumida, con escaso cabello gris, un rostro diminuto permanentemente agriado y manos huesudas contorsionadas por el reumatismo.

—Tengo el reuma tan mal —dijo en respuesta a los saludos—, que apenas puedo moverme, y esta casa es un verdadero cuartel para mantener limpia. No; Willie no está. Está en la fábrica, como de costumbre, sábado como cualquier otro día. Estoy sola aquí todo el día y todos los días. Pero me imagino que pronto nos mudaremos, ¡y yo que he vivido aquí veintio-

cho años! Alabado sea Dios, al fin hay una mansión allá arriba para mí. Y no me dará pena cuando Él me llame.

—Debe de ser muy solitario para usted, señorita Vodrey —dijo Mynors. Sabía exactamente cómo hablarle a esta dama que vivía su vida como una mosca entre dos cristales, y que solo podía albergar en su cabeza tres ideas: que Dios y ella estaban en términos de intimidad; que era, y siempre había sido, indispensable para la familia Price; y que su estatus social estaba muy por encima del de una sirvienta—. Es una pena que nunca se casara —añadió Mynors.

—¡Yo, casarme! ¿Qué habrían hecho *ellos* sin mí? No, no soy de casarme y nunca lo fui. Me avergonzaría ser como algunas de esas solteronas de la capilla, siempre rondando por el patio de la capilla por si hay algún servicio, para pescar a ese joven señor Sargent, el nuevo pastor. Es señal de un invierno duro, señorita Terrick, cuando la paja corre tras el caballo, eso es lo que digo.

—La señorita Tellwright y yo estamos buscando una casa —interrumpió Mynors suavemente el flujo, y le lanzó una mirada peculiar que ella apreció—. Oímos que usted y Willie se iban de aquí, así que subimos a echar un vistazo al lugar, si le viene bien.

—¡Eh, os entiendo! —dijo ella—; entrad. Pero tenéis que tomar las cosas como las encontréis, señorita Terrick.

Lúgubre y descuidado, el interior de la casa hacía juego con el exterior. Las alfombras estaban raídas, los papeles pintados descoloridos colgaban sueltos de las paredes, los techos estaban casi negros, la pintura casi había desaparecido de la carpintería; los muebles agotados parecían a punto de desmoronarse de desesperación si se veían obligados a afrontar la amenazante prueba de una subasta. ¡Pero para Anna las habitaciones eran sorprendentemente grandes y parecía haber tantas! Era como si estuviera explorando una inmensa morada, como un castillo, con extrañas cámaras que aparecían continuamente en lugares inesperados. El piso superior era aún menos acogedor que la planta baja: más desnudo, más frío, completamente desprovisto de comodidad.

—Este es el mejor dormitorio —dijo la señorita Vodrey—. ¡Y una habitación bien grande también! Ahora no se usa. *Él* dormía aquí. Willie

duerme en la parte de atrás.

—Una habitación muy bonita —convino Mynors con amabilidad, y la midió, como había hecho con todas las demás, con una regla de dos pies, anotando las cifras en su libreta.

La mirada de Anna vagó inquieta por la habitación, con su cama desmontada y su decrepita suite de caoba.

«Me alegro de que se ahorcara en la fábrica y no aquí», pensó. Luego miró por la ventana.

—¡Qué vista más espléndida! —comentó a Mynors.

Vio que a él le había gustado la casa. El sagaz individuo la estimaba, no como era, sino como sería, empapelada, repintada, reamueblada, con las paredes exteriores rejuntadas, el jardín plantado; todo limpio, abrigado, renovado. Y, en verdad, había mucho que decir a favor de su capricho. La casa era grande, con mucho terreno; el muro circundante aseguraba esa privacidad que los jóvenes maridos y las jóvenes esposas instintivamente demandan; la vista era ilimitada, el aire el más puro de las Cinco Villas. Y el alquiler era bajo, porque la gran mayoría de los que podían permitirse una casa así nunca se dignarían a existir en un barrio tan empobrecido y pasado de moda.

Después de dejar la casa, continuaron su paseo colina arriba y luego giraron a la izquierda por la carretera principal de Hanbridge a Moorthorne. La venerable pero no digna ciudad yacía debajo de ellos, una mezcla apiñada de ladrillo marrón bajo una espesa nube negra de humo. El ángel dorado del ayuntamiento brillaba a la luz de la tarde, y la torre oscura y achaparrada de la iglesia parroquial, única reliquia del pasado, se destacaba sombría y obstinada entre los edificios sin rasgos que la rodeaban. Al norte y al este, millas de páramos, desfigurados por minas de carbón y aldeas lúgubres, se extendían hasta el horizonte. A través del gran campo a sus pies, una figura se arrastraba, pasando junto a los pozos de mina abandonados. Ambos reconocieron al hombre.

—¡Ahí va Willie Price a casa! —dijo Mynors.

—Parece cansado —dijo ella. Se sintió aliviada de no haberse encontrado con él en la casa.

—Oye —comenzó Mynors seriamente, después de una pausa—, ¿por qué no nos casamos pronto, ya que el viejo señor parece esperarlo? Últimamente ha estado un poco difícil, ¿no?

Esta fue la única referencia que hizo Mynors al temperamento de su padre. Ella asintió.

—¿Cuán pronto? —preguntó.

—Bueno, estaba pensando. Supongamos, por poner un ejemplo, que esta casa resulta bien. No podría tenerla completamente arreglada hasta mediados de enero, no podría empezar hasta que esta gente se mudara. ¿Qué tal si decimos a principios de febrero?

—¡Sí!

—¿Podrías estar lista para entonces?

—Oh, sí —respondió ella—, podría estar lista.

—Bueno, ¿por qué no fijamos febrero, entonces?

—Está la cuestión de Agnes —dijo ella.

—Sí; y siempre estará la cuestión de Agnes. Tu padre tendrá que conseguir una ama de llaves. Tú y yo podremos cuidar de la pequeña Agnes, no temas. —Así, con ternura en la voz, la tranquilizó en ese punto.

«¿Por qué no febrero?», reflexionó. «¿Por qué no mañana, ya que mi padre quiere que me vaya de la casa?».

Quedó acordado.

—He alquilado el Priorato, sujeto a tu aprobación —dijo Henry, menos de quince días después. A partir de ese momento, se refirió invariablemente al lugar como el Priorato.

Fue en la misma noche después de este ansioso anuncio que la tragedia inminente se acercó un paso más. Beatrice, con un modesto vestido de noche, con una capa blanca —excitada, apresurada e importante—, entró corriendo a hablar con Anna. El carruaje esperaba afuera. Ella, su padre y su madre tenían que asistir a una cena muy importante en casa del alcalde en Hillport, en relación con la inminente alcaldía del señor Sutton. La vieja Sarah Vodrey acababa de enviar a una muchacha a decir que no se sentía

bien y que agradecería que la señora Sutton o Beatrice la visitaran. Era un momento muy poco razonable para tal llamada, pero Sarah era una vieja quisquillosa y sabía lo terriblemente bondadosa que era la señora Sutton. ¿Le importaría a Anna subir a Toft End? ¿Y saldría Anna al carruaje para asegurar personalmente a la señora Sutton que la vieja Sarah sería atendida? Si no, Beatrice temía que a su madre se le metiera en la cabeza hacer alguna estupidez.

—Es muy amable de tu parte, Anna —dijo la señora Sutton, cuando Anna salió con Beatrice—. Pero creo que será mejor que vaya yo misma. La pobre anciana podría sentirse menospreciada si no lo hago, y Beatrice puede ocupar mi lugar perfectamente en este asunto de Hillport, para el que no tengo ganas. —Ya estaba medio fuera del carruaje.

—Nada de eso —dijo Anna con firmeza, empujándola de nuevo hacia adentro—. Estaré encantada de ir y hacer lo que pueda.

—Eso es, Anna —dijo el concejal desde la oscuridad del carruaje, donde relucía el pechero de su camisa—; Bee dijo que irías, y te lo agradecemos mucho.

—Supongo que no será nada —dijo Beatrice, mientras el vehículo se alejaba—; Sarah ya le ha hecho esta jugarreta a mamá antes.

Al abrir Anna la verja del jardín del Priorato, distinguió una figura entre los espesos arbustos, que habían crecido hasta casi encontrarse sobre el estrecho sendero que conducía a la puerta principal de la casa.

Era una noche densa y misteriosa, una noche como la que elige la muerte; y Anna saltó con un vago terror ante la aparición.

—¿Quién anda ahí? —dijo una voz bruscamente.

—Soy yo —dijo Anna—. La señorita Vodrey mandó recado para que la señora Sutton subiera a verla, pero la señora Sutton tenía un compromiso, así que vine yo en su lugar.

La figura avanzó; era Willie Price.

La miró a la cara, y ella pudo ver la palidez mortal de sus mejillas.

—¡Oh! —exclamó—, es la señorita Tellwright, ¿verdad? ¿Quiere entrar, señorita Tellwright?

Lo siguió con el corazón palpitante, alarmada, aprensiva. La puerta principal estaba abierta de par en par, y al final del sombrío pasillo, una débil luz brillaba desde la puerta abierta de la cocina.

—Por aquí —dijo. En la cocina grande, desnuda y de suelo de piedra, Sarah Vodrey estaba sentada, lacia y con los ojos cerrados, en una vieja mecedora cerca de la cocina sin fuego. La ventana, que daba a la calle, estaba abierta; a través de esa ventana, Sarah, en su extremo, había llamado a la niña que corrió a casa de la señora Sutton. Sobre la mesa de pino había una taza y un platillo sucios, una tetera, pan, mantequilla y una vela encendida, única iluminación de la estancia.

—Llego a casa y me encuentro con esto —dijo.

Amilanada por un momento ante la escena de miseria, Anna no pudo decir nada.

—Me encuentro con esto —repitió, como acusando a Dios de malicia; y levantó la vela para mostrar la forma aparentemente insensible de la mujer. El rostro arrugado y surcado de Sarah tenía el rubor de la fiebre, y los rasgos estaban contraídos en la expresión de una terrible ansiedad; sus manos colgaban laxas; respiraba como un perro después de una carrera.

—Quería que viera al médico ayer —dijo—, pero no quiso. Desde que usted y el señor Mynors llamaron, ha estado limpiando la casa. Dijo que quizás volverían pronto y que el lugar no estaba en condiciones de ser visto. De nada sirvió que yo discutiera con ella.

—Será mejor que corra a buscar un médico —dijo Anna.

—Justo me iba cuando usted llegó. Últimamente se ha quejado más de su reumatismo y de un dolor en las caderas.

—Vaya ahora; busque al señor Macpherson, y pase por nuestra casa y diga que me quedaré aquí toda la noche. Espere un momento. —Viendo que estaba agotado por falta de comida, le cortó un grueso trozo de pan con mantequilla—. Coma esto por el camino —dijo.

—No puedo comer; se me atragantará.

—Que se le atragante —dijo—. Tiene que tragarlo.

Hijo de cien penas, debía ser tratado como un niño. Tan pronto como Willie se fue, se quitó el sombrero y la chaqueta, y encendió una lámpara; no había gas en la cocina.

—¿Qué es esa luz? —preguntó la anciana con irritación, despertándose y sentándose—. Me temo que llegaré tarde con el té de Willie. ¡Eh, señorita Terrick, qué pasa?

—No se encuentra muy bien, señorita Vodrey —respondió Anna—. Si me enseña su habitación, la ayudaré a acostarse. —Sin darle un momento para dudar, Anna tomó a la frágil criatura por debajo de los brazos y así, engatusándola, sosteniéndola, llevándola, la acostó. Finalmente, yacía en el estrecho colchón, jadeando, agotada. Fue el último esfuerzo de Sarah.

Anna encendió fuegos en la cocina y en el dormitorio, y cuando Willie regresó con el doctor Macpherson, el agua estaba hirviendo y el té, preparado.

—Será mejor que traiga a una mujer —dijo el médico bruscamente, en la cocina, cuando terminó su examen de Sarah—. Alguna vecina para esta noche, y yo enviaré a una enfermera del hospital de beneficencia mañana temprano por la mañana. Aunque no servirá de nada. Debe de llevar muriéndose al menos los últimos dos días. Tiene pericarditis y pleuresía. Respira no sé cuántas veces por minuto, y su temperatura está casi tan alta como puede estar. Todo se deriva del reumatismo, y luego de coger un resfriado. ¡Negligencia y descuido graves en todo! No tengo paciencia con este tipo de trabajo. —Se volvió enfadado hacia Willie—. No sé en qué demonios estaba pensando, señor Price, para no llamarme antes.

Willie, avergonzado y culpable, no encontró nada que decir. Sus ojos tenían la mansa melancolía del «Chivo Expiatorio» de Holman Hunt.

—El señor Price quería que viera al médico —dijo Anna, defendiéndolo con calor—; pero ella no quiso. Él está en la fábrica todo el día hasta tarde por la noche. ¿Cómo iba a saber él cómo estaba? Ella podía caminar.

El alto doctor miró a Anna con sorpresa, y de inmediato modificó su tono.

—Sí —dijo—, eso es lo curioso. Me supera cómo se las arreglaba para moverse. Pero no se sabe a qué no se forzaría una mujer obstinada. Enviaré

la medicina esta noche, y vendré yo mismo con la enfermera mañana temprano. Mientras tanto, sigan mis instrucciones cuidadosamente.

Esa noche permanece para siempre grabada en la memoria de Anna: las habitaciones sombrías, resonantes y umbrías; los innumerables viajes subiendo y bajando escaleras y pasillos oscuros; Willie sentado siempre inmóvil en la cocina, ocioso porque no había nada que hacer; Sarah jadeando incesantemente en la cama de campaña; la mujer contratada de la calle de arriba, rolliza, amable, útil, pero fatua en la monotonía interminable de sus compasiones.

Hacia la mañana, Sarah Vodrey dio señales de querer hablar.

—He peleado la buena batalla —murmuró a Anna, que estaba sola en el dormitorio con ella—, he peleado la buena batalla; he guardado la fe. En esa caja de ahí verás un monedero. Hay diecisiete libras con seis. Eso pagará el funeral, y Willie debe quedarse con lo que sobre. Habría habido más para el muchacho, pero no me pagó ningún salario estos dos últimos años. Nunca lo molesté.

—No le digas eso a Willie —dijo Anna impetuosamente.

—¡Eh, Dios te bendiga, no! —dijo la sirvienta moribunda, y luego pareció dormitar.

Anna fue a la cocina y mandó a la mujer arriba.

—¿Cómo está? —preguntó Willie, sin moverse. Anna negó con la cabeza—. Ni ella ni yo estaremos aquí mucho más tiempo, me parece —dijo, sonriendo cansadamente.

—¿Qué? —exclamó ella, sobresaltada.

—El señor Sutton ha arreglado la venta de nuestro negocio en funcionamiento; lo compra gente de Turnhill. Me iré a Australia; no hay sitio para mí aquí. Los acreedores han prometido darme veinticinco libras, y puedo conseguir un pasaje subvencionado. Bursley no me conocerá más. Pero... pero... siempre la recordaré a usted y lo que ha hecho.

Ansiaba arrodillarse a sus pies, consolarlo y gritar: «Soy yo quien te ha arruinado, quien ha llevado a tu padre a engañar a su sirvienta, al crimen, al suicidio; quien te ha llevado a la falsificación y te ha echado de tu casa, que

tu vieja sirvienta se mató limpiando para mí. Te he hecho daño y te quiero como una madre porque te he hecho daño y porque te salvé de la cárcel».

Pero no dijo nada excepto:

—Algunos de nosotros te echaremos de menos.

Al día siguiente murió Sarah Vodrey, ella que nunca había vivido salvo entre las cadenas de la esclavitud y el fanatismo. Después de cincuenta años de trabajo incesante, se había ganado el afecto de una persona y suficiente dinero para pagar su propio funeral. Willie Price alquiló una habitación barata con la mujer que había sido llamada la noche del colapso de Sarah. Antes de Navidad zarparía hacia Melbourne. El Priorato, abandonado, entregó sus destartalados muebles a una furgoneta de Hanbridge, donde, en una sala de subastas, los frágiles enseres perdieron su identidad en una mezcla de otros enseres y dejaron de ser. Luego, el albañil, el yesero, el pintor y el empapelador llegaron al Priorato, y silbaron y cantaron en él.

CAPÍTULO XIII: EL BAZAR

El Bazar Wesleyano, la mayor empresa de su tipo jamás conocida en Bursley, se convirtió gradualmente en una nube que llenó todo el horizonte social. La señora Sutton, organizadora del puesto de la Escuela Dominical, reclutó a todos sus amigos para el servicio, y quince días después de la muerte de Sarah Vodrey, Anna e incluso Agnes dedicaron gran parte de su tiempo libre al trabajo, que se llevó a cabo bajo una presión que aumentaba diariamente a medida que se acercaban los momentos finales. Esto fue bueno para Anna, en el sentido de que desvió sus pensamientos al mantener sus energías plenamente ocupadas. Una mañana, sin embargo, a la señora Sutton se le ocurrió reflexionar que Anna, en tal período de su vida, debería estar ocupada en otras cosas. Anna había llamado a casa de los Sutton para entregar unas prendas terminadas.

— Querida —dijo—, te estoy muy agradecida por toda esta laboriosidad. Pero he estado pensando que, como te vas a casar en febrero, deberías estar preparando tus cosas.

— ¡Mis cosas! —repitió Anna ociosamente; y entonces recordó la frase de Mynors, en la colina: «¿Podrías estar lista para entonces?».

— Sí —dijo la señora Sutton—; pero posiblemente las has estado adelantando a escondidas.

— Dígame —dijo Anna, con aire de interés—; he querido preguntárselo antes: ¿es obligación de la novia proporcionar toda la ropa de casa y ese tipo de cosas?

—Lo era en mi época; pero esas cosas cambian tanto. La novia llevaba toda la ropa de casa a su marido, y tanta ropa para ella como para que le durara un año; esa era la regla. Solíamos coser todo en casa en aquellos días, todo; y teníamos lo que llamábamos un «cajón de ajuar» para guardarlas. Tan pronto como una muchacha cumplía los quince años, empezaba a coser para el «cajón de ajuar». Pero todas esas cosas cambian tanto, que me atrevo a decir que ahora es diferente.

—¿Cuánto costará comprar todo, cree usted? —preguntó Anna.

Justo en ese momento, Beatrice entró en la habitación.

—Beatrice, Anna pregunta cuánto costará comprar su ajuar y la ropa de casa. ¿Qué dices?

—¡Oh! —respondió Beatrice, sin dudar—, un par de cientos como mínimo.

La señora Sutton, leyendo el rostro de Anna, sonrió tranquilizadamente.

—¡Tonterías, Bee! Me atrevo a decir que podrías hacerlo con cien con cuidado, Anna.

—¿Por qué iba a querer Anna hacerlo con cuidado? —preguntó Beatrice bruscamente.

Anna fue directamente al otro lado de la calle, a casa de su padre, y le pidió cien libras de su propio dinero. No le había hablado, salvo por necesidad, desde la noche que pasó en casa de los Sutton.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó él con saña.

—Debo comprar cosas para la boda: ropa y demás, padre.

—¡Ay, ropa! ¡ropa! ¿Qué ropa necesitas? Unas pocas libras bastarán.

—Estará toda la ropa de casa.

—Ropa de... No es tu obligación comprar eso.

—Sí, padre, lo es.

—Digo que no lo es —gritó.

—Pero le he preguntado a la señora Sutton, y dice que sí.

—¿Qué asunto tienes tú para ir aireando tus asuntos por todo Bursley? Digo que no es tu obligación comprar la ropa de casa, y que eso sea suficiente. Ve a preparar la comida. Ya son casi las doce.

Esa noche, cuando Agnes se había acostado, reanudó la lucha.

—Padre, necesito esas cien libras. De verdad que las necesito. Lo digo en serio.

—¡Lo dices en serio! ¿Qué?

—Quiero decir que necesito cien libras.

—Te aconsejaría que tuvieras cuidado con tu lengua, muchacha. *¡Lo dices en serio!*

—Pero no tienes que dármelo todo de una vez —prosiguió.

La miró, ceñudo.

—No te lo daré. Es obligación de Henry comprar la ropa de casa.

—Padre, no lo es. —La voz se le quebró, pero solo por un instante—. Te estoy pidiendo mi propio dinero. Parece que quieres hacerme desgraciada justo antes de mi boda.

—Ojalá nunca hubieras conocido a Henry Mynors. Te ha dado orgullo y te ha hecho desobediente.

—Solo te estoy pidiendo mi propio dinero.

Su tranquila insistencia lo enloqueció. Levantándose de un salto de su silla, salió de la habitación, y ella lo oyó encender una cerilla en su despacho. Al poco tiempo regresó y arrojó con enfado sobre la mesa frente a ella un talonario de cheques y una libreta de ahorros. La libreta de depósitos siempre la había guardado ella por conveniencia para ingresar en el banco.

—Toma —dijo con desdén—, coge tus trastos y no vuelvas a hablarme. Me lavo las manos contigo. Cógelos y haz lo que te dé la gana. Tira tu dinero al canal, por lo que a mí respecta.

A la noche siguiente, Henry subió. Ella observó que su rostro tenía una expresión grave, pero, absorta en sus propias dificultades, no lo comentó y procedió de inmediato a hacer lo que había resuelto hacer. Era una noche

fría de noviembre, pero el avaro, malhumorado y hosco, eligió sentarse en su despacho sin fuego. Agnes hacía cuentas en la cocina.

—Henry —comenzó Anna—, he tenido una dificultad con mi padre, y debo contártelo.

—Espero que no sea sobre la boda —dijo él.

—Fue por dinero. Por supuesto, Henry, no puedo casarme sin mucho dinero.

—¿Por qué no? —inquirió.

—Tengo que comprar mis propias cosas —dijo—, y tengo que comprar toda la ropa de casa.

—¡Oh! ¿Tú compras la ropa de casa? —Vio que se sentía aliviado por esa información.

—Por supuesto. Bueno, le dije a mi padre que necesitaba cien libras, y no quiso dármelas. Y cuando insistí, se enfadó... ya sabes que no soporta ver gastar dinero... y al final se puso un poco salvaje y me dio mis libretas del banco, y dijo que no tendría nada más que ver con mi dinero.

El rostro de Henry estalló en una carcajada, y Anna se vio obligada a sonreír.

—¡Estupendo! —dijo—. No podría ser mejor.

—Quiero que me digas cuánto tengo en el banco —dijo ella—. Solo sé que siempre estoy ingresando cheques sueltos.

Examinó los tres libros.

—Una suma considerable —dijo—; algo más de doscientas cincuenta libras. Así que puedes girar cheques a tu antojo.

—Gírame un cheque por veinte libras —dijo; y luego, mientras él escribía—: Henry, después de casarnos, quiero que te hagas cargo de todo esto.

—Sí, por supuesto; lo haré, querida. Pero tu dinero será tuyo. Debería haber un acuerdo de separación de bienes para ti. Aun así, si tu padre no dice nada, no me corresponde a mí decir nada.

— Mi padre no dirá nada... ahora — dijo ella—. Nunca has mostrado ningún interés en ello, Henry; pero ya que hablamos de dinero, más vale que te diga que mi padre dice que valgo cincuenta mil libras.

El hombre de negocios quedó asombrado y extasiado sin medida. Su semblante brilló de deleite.

— ¡Seguro que no! — protestó formalmente.

— Eso es lo que me dijo mi padre, y me hizo leer una lista de acciones, y demás.

— Iremos despacio, para empezar — dijo Mynors solemnemente. No había esperado más de quince o veinte mil libras, e incluso esta suma había deslumbrado su imaginación. Se alegró de haber tomado la casa de Toft End solo con un contrato de arrendamiento anual. Ahora se veía a sí mismo como la figura dominante en todas las Cinco Villas.

Más tarde, por la noche, reveló, superficialmente, el asunto que había sido un grave peso en su mente cuando entró en la casa, pero que esta revelación de vasta riqueza había reducido a una nimiedad. Titus Price había sido el tesorero del fondo de construcción que el bazar estaba destinado a ayudar. Mynors había asumido la posición del difunto y, ese día, al revisar las cuentas, había descubierto que faltaba una suma de cincuenta libras.

— Es algo terrible para Willie, si se sabe — dijo—; una historia de ese tipo lo seguiría hasta Australia.

— ¡Oh, Henry, lo es! — exclamó ella, afligida—, pero no debemos dejar que se sepa. Paguemos el dinero nosotros mismos. Debes anotarlo en los libros y no decir nada.

— Eso es imposible — dijo con firmeza—. No puedo alterar las cuentas. Al menos no puedo alterar la libreta del banco y los comprobantes. El auditor lo detectaría en un minuto. Además, no estaría cumpliendo con mi deber si ocultara algo así al pastor-superintendente. Él, al menos, debe saberlo, y quizás los mayordomos.

— Pero puedes instarles a que no digan nada. Diles que tú lo repondrás. Escribiré un cheque ahora mismo.

— Tenía la intención de encontrar yo mismo las cincuenta — dijo. Era una suma insignificante para él ahora.

—Déjame pagar la mitad, entonces —pidió ella.

—Si quieres —insistió él, sonriendo débilmente ante su entusiasmo—. El asunto tiene que mantenerse en secreto, crearía un escándalo espantoso. ¡Pobre viejo! —añadió, despreocupadamente—, supongo que andaba apurado y tenía la intención de devolverlo, como todos tienen la intención.

Pero era inútil que Mynors fingiera estar deprimido o sintiera una triste simpatía por los errores de un pecador muerto. Las cincuenta mil libras bailaban una giga en su cerebro esa noche.

Anna estaba absorta contemplando la desgracia de Willie Price. Rezó fervientemente para que nunca se enterara de la profundidad total de la caída de su padre. El miserable robo del salario de Sarah estaba enterrado para siempre, y esta nueva delincuencia, que todos considerarían un flagrante sacrilegio, también debía ser enterrada. Un alma menos leal que la de Anna podría haber temido que Willie, un falsificador confeso, hubiera sido parte del desfalco; pero Anna sabía que no podía ser así.

Era característico de la prudencia cautelosa de Mynors que, pasada la primera embriaguez, no hiciera más referencia de ningún tipo a la fortuna de Anna. Los arreglos para su vida de casados se planearon a una escala que ignoraba las cincuenta mil libras. Por el bien de ambos, deseaba evitar toda fricción con el avaro, al menos hasta que su estatus como esposo de Anna le permitiera hacer valer los derechos de ella, si fuera necesario, con dignidad y eficacia. No anticipaba problemas precisamente, pero no se le había escapado el hecho de que Ephraim todavía tenía en su poder todos los valores de Anna. No tenía prisa por ampliar sus fronteras. Sabía que había veinticuatro horas en cada día, trescientos sesenta y cinco días en cada año, y treinta buenos años de vida aún por delante; y por lo tanto, que habría tiempo de sobra, después de la boda, para la ejecución de sus propósitos con respecto a esas cincuenta mil libras. Mientras tanto, le dijo a Anna que había reservado doscientas libras para la compra de muebles para el Priorato, una suma modesta; pero la juzgó suficiente. Su método era comprar una pieza a la vez, siempre de segunda mano, pero siempre buena. La caza de gangas estaba en marcha, y Anna pronto cedió a sus leves satisfacciones. En cuanto a su ajuar y la ropa de casa, Anna, habiendo obtenido el dinero necesario —a un costo tan elevado—, encontró otro obstáculo en el inminente bazar, que ocupaba a la señora Sutton y a Beatrice tan completamente que no podían

encontrar ninguna oportunidad para ayudarla a ir de compras. Se decidió entre ellas que cada artículo se compraría ya hecho y cosido, y que la primera semana del Año Nuevo, si es que la señora Sutton sobrevivía al bazar, se dedicaría entera y absolutamente a los asuntos de Anna.

Por las noches, cuando tenía tiempo para pensar, a Anna le asombraba cómo durante el día había olvidado sus preocupaciones en las actividades previas al bazar, o en la elección de muebles con Mynors. Pero nunca se dormía sin pensar en Willie Price y esperar que no le sobreviniera ningún desastre más. El incidente de las cincuenta libras malversadas se había cerrado, y ella le había dado un cheque por veinticinco libras a Mynors. Él había puesto al corriente al pastor de los hechos, y el señor Banks había decidido que los dos mayordomos del circuito debían ser informados. Más allá de ellos, el escandaloso secreto no debía extenderse. Pero Anna se preguntaba si un secreto compartido por cinco personas podría seguir siendo un secreto por mucho tiempo.

El bazar fue un éxito triunfal e inigualable y, de los siete puestos, el de la Escuela Dominical fue el primero cada noche en las recaudaciones nocturnas. La escena en el ayuntamiento, en la cuarta y última noche, un sábado, fue tan delirante y alegre como un carnaval. Se habían recaudado cuatrocientas veinte libras hasta la hora del té, y el deseo apasionado de todos era alcanzar las quinientas. El precio de la entrada se había reducido a tres peniques, para que el artesano pudiera entrar y gastar su salario en una causa excelente. Los siete puestos, dispuestos alrededor de la sala como otros tantos cenadores de belleza, cubiertos de telas, con volantes y flores, y todavía cargados de innumerables artículos de uso y adorno, eran continuamente reforzados con compradores por emisarios que sondeaban a la multitud que llenaba el centro del suelo cubierto de papeles. No solo se llevaba al caballo al abrevadero, sino que se le obligaba a beber; y muchos hombres que, fuera, se habrían reído del riesgo de ser robados, fueron robados abiertamente, descaradamente, bajo la mirada de pastores y líderes de clase. Los ramos de flores se vendían a un chelín cada uno, y en el puesto de refrescos un vaso de leche costaba seis peniques. El ruido rivalizaba con el de una feria; no había tranquilidad en ninguna parte, salvo en el rincón más alejado de cada puesto, donde la dama a cargo supremo, como una araña en el centro de su tela, vigilaba a los clientes y la caja con igual codicia.

La señora Sutton, a las siete, no había regresado del té, y Anna y Beatrice, que se encargaban del puesto de la Escuela Dominical en su ausencia, temían que finalmente hubiera sucumbido a la tensión. Pero poco después regresó apresuradamente, sin aliento, a su lugar.

—¿Ves eso, Anna? Se contará en nuestras recaudaciones —dijo, exhibiendo un trozo de papel. Era el cheque de Ephraim por las veinticinco libras prometidas meses atrás, pero bajo una condición que no se había cumplido.

«Tiene el secreto para persuadirlo», pensó Anna. «¿Por qué no lo he encontrado yo nunca?».

Luego, Agnes, con un vestido blanco nuevo, se acercó con tres chelines, producto de la venta de ramos.

—Pero debes llevar eso al puesto de flores, mi amor —dijo la señora Sutton.

—¿No puedo dártelo a ti? —suplicó la niña—. Quiero que tu puesto sea el mejor.

Mynors llegó a continuación, con algo oculto en papel de seda. Quitó el papel y mostró, en un marco de felpa carmesí, un plato blanco común decorado con una simple banda y línea, y un monograma en el centro: «A.T.». Anna se sonrojó, reconociendo el plato que había pintado aquella tarde de julio en la fábrica de Mynors.

—¿Puedes vender esto? —preguntó Mynors a la señora Sutton.

—Intentaré —dijo la señora Sutton con duda, sin estar en el secreto—. ¿Para qué es?

—Intenta vendérmelo a mí —dijo Mynors.

—Bueno —rió ella—, ¿cuánto darás?

—Un par de soberanas.

—Que sean guineas.

Pagó el dinero y le pidió a Anna que le guardara el plato.

A las nueve en punto se anunció que, aunque las rifas estaban prohibidas, el bazar se animaría con una subasta. Se trajo a un subastador con licencia y comenzó la venta. El subastador, sin embargo, no logró sintonizar con el

espíritu salvaje de la hora, y sus esfuerzos profesionales habrían resultado en un fiasco si Mynors, percibiendo el peligro, no hubiera saltado a la plataforma y asumido magistralmente el martillo. Mynors se superó a sí mismo en el tipo de ingenio que divierte a una multitud excitada, y la subasta pronto monopolizó la atención de la sala; siempre se recordó después como el éxito culminante del bazar. El increíble hombre recaudó diez libras en veinte minutos. Durante este episodio, Anna, que se había quedado sola en el puesto, vio por primera vez a Willie Price en la sala. Su barco zarpaba el lunes, pero los pasajeros de tercera clase debían estar a bordo el domingo, y se estaba despidiendo de algunos conocidos. Parecía bastante alegre mientras caminaba con las manos en los bolsillos, charlando con uno y otro; era la alegría falsa e histérica que precede a una separación final. Tan pronto como vio a Anna, se acercó a ella.

— Bueno, adiós, señorita Tellwright — dijo alegremente —. Salgo para Liverpool mañana por la mañana. Deséeme suerte.

Nada más; ninguna palabra, ningún acento, para recordar el terrible pero sublime pasado.

— Te la deseo — respondió ella. Se dieron la mano. Al acercarse otros, él se alejó. La mirada de ella lo siguió como una influencia benéfica.

Durante tres días había llevado en el bolsillo un sobre que contenía un billete de cien libras, con la intención de forzarlo de alguna manera como regalo de despedida. Ahora la última oportunidad se había perdido, y ni siquiera había intentado esta difícil hazaña de caridad. Tal futilidad, reflexionó, despreciándose a sí misma, era propia de su vida. «Realmente no se ha ido. Realmente no se ha ido», se repetía, y sin embargo sabía bien que se había ido.

— ¿Sabes lo que dicen, Anna? — dijo Beatrice, cuando, pasadas las once, el bazar se cerró al público y los dueños de los puestos y sus ayudantes se preparaban para partir, sus movimientos apresurados por el aspecto severo del conserje del ayuntamiento.

— No. ¿Qué? — dijo Anna; y en el mismo momento lo adivinó.

— Dicen que el viejo Titus Price malversó cincuenta libras del fondo de construcción, y que Henry lo repuso, en privado, para que no hubiera un escándalo. ¡Imagínate! ¿Lo crees?

El secreto se había divulgado. Miró alrededor de la sala y lo vio en todos los rostros.

—¿Quién lo dice? —exigió Anna ferozmente.

—Está por todas partes. Me lo dijo la señorita Dickinson.

—Les alegrará saber, señoras —cantó la voz de Mynors desde la plataforma—, que los ingresos totales, hasta donde podemos calcularlos ahora, superan las quinientas veinticinco libras.

Hubo aplausos, que se extinguieron de repente.

—Ahora, Agnes —llamó Anna—, vamos, rápido; estás blanca como el papel. Buenas noches, señora Sutton; buenas noches, Bee.

Mynors todavía estaba ocupado en la plataforma.

El conserje del ayuntamiento apagó algunas de las luces. El bazar había terminado.

CAPÍTULO XIV: FIN DE UN ALMA SENCILLA

A la mañana siguiente, a las siete y media, Anna estaba de pie en la puerta del jardín del Priorato. El sol acababa de salir, el aire estaba frío; el tejado y el pavimento estaban húmedos; había llovido y más lluvia estaba por caer. Se abrió una puerta más arriba en la calle y salió Willie Price, llevando una pequeña maleta. Se volvió para hablar con alguien dentro de la casa y luego avanzó. Al pasar junto a Anna, ella se abalanzó.

— ¡Oh! — gritó —, justo subía para ver si los obreros habían cerrado bien. Tenemos algunos de nuestros muebles nuevos en la casa, ¿sabe? — Estaba tan roja como el sol sobre Hillport.

Él la miró.

— ¿Se ha enterado? — preguntó él con sencillez.

— ¿De qué? — susurró ella.

— De mi pobre padre.

— Sí. Esperaba... esperaba que nunca lo supiera.

Por un impulso común, entraron en el jardín del Priorato y él cerró la puerta.

— ¿Que nunca lo supiera? — repitió —. ¡Oh! Se aseguraron de decírmelo.

Siguió un silencio.

— ¿Es ese su equipaje? — inquirió ella. Él levantó el bolso y asintió.

— ¿Todo?

— Sí — dijo —. Solo soy un emigrante.

— Tengo una nota aquí para usted — dijo ella —. Debería haberla enviado por correo al vapor; pero ahora puede llevarla usted mismo. Quiero que no la lea hasta que llegue a Melbourne.

— Muy bien — dijo, y arrugó el sobre ofrecido en su bolsillo. No estaba pensando en la nota en absoluto. Al poco rato preguntó —: ¿Por qué no me contó lo de mi padre? Si tenía que enterarme, habría preferido enterarme por usted.

— Debe intentar olvidarlo — le instó —. Usted no es su padre.

— Ojalá no hubiera nacido — dijo —. Ojalá hubiera ido a la cárcel.

Ahora era el momento en que, si alguna vez, debía ejercerse la influencia de la madre.

— Sea un hombre — dijo ella suavemente —. Hice lo mejor que pude por usted. Siempre pensaré en usted, en Australia, prosperando.

Le puso una mano en el hombro.

—Sí —dijo de nuevo, apasionadamente—: Siempre lo recordaré... siempre.

La mano con la que él le tocó el brazo temblaba como la de un anciano. Al encontrarse sus miradas en una contemplación intensa y dolorosa, a ella, al menos, se le reveló que eran amantes. Lo que él aprendió en ese instante solo puede adivinarse por su siguiente acción...

Anna salió corriendo del jardín a la calle y así a casa, sin mirar atrás para ver si él seguía su camino hacia la estación.

Algunos podrían argumentar que Anna, sabiendo que amaba a otro hombre, no debería haberse casado con Mynors. Pero ella no razonó así; tal noción ni siquiera se le ocurrió. Había prometido casarse con Mynors, y se casó con él. Nada más era posible. Ella, que nunca había faltado a su deber, no faltó entonces. Ella, que siempre se había sometido e inclinado la cabeza, se sometió e inclinó la cabeza entonces. Había mamado con la leche de su madre la profunda verdad de que la vida de una mujer es siempre una renuncia, mayor o menor. La suya, por casualidad, fue mayor. Enfrentando el futuro con calma y amabilidad, juró para sí misma ser una buena esposa para el hombre a quien, con todas sus excelencias, nunca había amado. Sus pensamientos a menudo se detenían con cariño en Willie Price, a quien consideraba que seguía en Australia una carrera honorable y exitosa, impulsada al principio por sus cien libras. Esta visión de él era su sostén. Pero ni ella ni nadie en las Cinco Villas ni en ningún otro lugar volvieron a oír hablar de Willie Price. ¡Y bien podían no oír nada! El pozo de la mina abandonado no revela su secreto. Y así... el Banco de Inglaterra es cien libras más rico por un dinero no reclamado, y el mundo más pobre por un alma sencilla y mansa, empujada a la rebelión solo en su última hora.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB